El Hogar

ILUSTRACION SEMANAL ARGENTINA



"CABEZA DE ESTUDIO" por M. WASHINGTON.



EMPRESA HAYNES
CASA EDITORA
393, CALLE MAIPÚ, 393
UNIÓN TELEFÓNICA 1472, AVENIDA

El Hogar

ILUSTRACIÓN SEMANAL ARGENTINA
(FUNDADA EN 1904)
APARECE TODOS LOS VIERNES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN LA CAPITAL		EN EL INTERIOR		EN EL EXTERIOR	
Año	$ 9.— m/n	Año	$ 11.— m/n.	Año	$ oro 8.—
Semestre	„ 5.— „	Semestre	„ 6.— „	Semestre	„ 4.—
Trimestre	„ 2.50 „	Trimestre	„ 3.— „	Trimestre	„ 2.—
Núm. suelto	„ 0.20 „	Núm. suelto	„ 0.25 „		
„ atrasado	„ 0.40 „	„ atrasado	„ 0.50 „		

El importe de las subscripciones puede ser remitido a esta administración en giros postales, cheques, órdenes contra casas de comercio establecidas en ésta o estampillas de correo, bajo sobre certificado.

ANUNCIOS EN EL EXTERIOR. — Se aceptan anuncios de cualquier Agencia o Casa de publicidad de buena reputación. — No se acuerdan representaciones exclusivas. La Administración atiende todo pedido de ejemplares y tarifas.

Para evitar interrupciones en la recepción, conviene remitir la renovación de las subscripciones sin demora.

AGENTES PARA LA VENTA EN EL EXTERIOR:
CHILE, BOLIVIA — Alfredo Sánchez A.—C. de Correo 3530, Santa Mónica 2141, Santiago
URUGUAY.—A. Adami. Pza. Independ. 824, Montevideo
PARAGUAY.—R. D. Recalde, Bs. Aires 209, Asunción.

AÑO XVIII — Buenos Aires, 11 de Febrero de 1921 — NÚMERO 592

NOTAS Y COMENTARIOS DE ACTUALIDAD

La baja de las manufacturas

Los efectos de la competencia norteamericana en la construcción naval, agravados por las entregas de tonelaje alemán, han sido extraordinarios, y ahora, a los dos años de la campaña submarina, resulta que sobran barcos. Si Alemania consigue cumplir a satisfacción de los aliados el programa de reparaciones, lo cual no podrá llevar a cabo sin considerable aumento de su antigua producción "per cápita", ¿no ocurrirá en el orden de la producción fabril y manufacturera lo mismo que en el de la construcción naval? Además, si es exacto, cual se pretende, que sólo la "grippe" ha causado ya más víctimas que la guerra, no sería difícil que se hubiese restablecido el equilibrio de anteguerra entre las bocas improductivas y los brazos productivos. Si los alemanes aumentasen su producción "per cápita", estaría prácticamente demostrado que esto podría hacerse en todas partes, y no cabe dudar que lo harían. ¿Debemos ser optimistas, debemos creer, pues, que empezando por una baja de las manufacturas, estemos en vísperas de un reajuste económico que eleve considerablemente el nivel de vida en el mundo entero En todo caso, nos parece que la postguerra será para la economía política un período experiencial tan fecundo como el de la guerra lo fué para la cirugía.

Un campanazo de prensa en el mercado de trigos

Fué un ruidoso campanazo la publicación hecha en primera plana y con títulos alarmantes por uno de los grandes diarios de la mañana, de un telegrama especial suyo que comunicaba las más inquietantes versiones sobre la colocación de nuestra cosecha de trigos. Desde la aparición de los primeros de los mismos en el mercado, se hicieron sentir los esfuerzos de los bajistas para depreciarlos. El cable venía ahora en su ayuda. Las aseveraciones en que el telegrama fundaba sus lúgubres vaticinios, estaban en plena contradicción con todos los datos conocidos, pero a pesar de esto las cotizaciones experimentaron al día siguiente una notable depresión. Poco después el mismo diario publicaba un telegrama de los Estados Unidos comunicando en términos vejatorios para el país, que las cotizaciones argentinas habían sido eliminadas de las pizarras norteamericanas, porque la baja que acusaban era manifiestamente artificial.

Claro que era artificial...

Autocracia democrática

Los socialistas nos están dando el gran espectáculo. Ellos, los liberales, que se llenan la boca con ciertos principios de respeto al pensamiento ajeno y a la ajena palabra, han resuelto ahora —con un gesto formidablemente democrático— instaurar una nueva Inquisición en el partido Partido.

El moderno Santo Oficio no quema herejes; su labor es más simple y más fácil: expulsa a los heterodoxos de la secta y los heterodoxos —como es natural—son los que no acatan el parecer impuesto por el amable comité ejecutivo.

La lección es como para no perderla.

Hacemos votos, empero, para que no se siga partiendo el Partido. Ya son muchas escisiones: "argentinos", "internacionales" y, ahora, "terceristas". A seguir así, los socialistas de Justo serán veintitrés, como los unitarios de Rivarola y de Tarnasi, o treinta como los georgistas, o cuarenta como los adolescentes de Palacios.

A lo sumo.

Los "aprovechadores"

George Claretie ha relatado hace poco en qué forma tratan en Francia los tribunales a los "aprovechadores", a los que, durante la guerra y al finalizar la masacre, han esquilmado sin escrúpulo ni asco a la masa consumidora del país.

Nos cuenta, verbigracia, que el magistrado "cuando se halla frente a un inculpado que ha querido ganar ciento o doscientos por ciento en su comercio, lo condena sin piedad".

Después añade: "Vi días pasados condenar a un consignatario del mercado central de Les Halles, quien, precisamente, había telegrafiado a las provincias: "No envíen más mercadería, las cotizaciones bajan". El presidente del tribunal se contentó con decirle: "Usted ha procurado infligir hambre a París", y le impuso varios meses de prisión".

Es que en Francia están adelantados, según se ve. ¿Cuándo aprenderemos en nuestra tierra, donde los precios altos se mantienen artificialmente?...

Arte de hundir a los agricultores

En estos momentos es oportuno dar a conocer las maniobras bajistas de los especuladores norteamericanos del mercado de trigos. Tomamos los datos de "The Nation", de Nueva York, quien a su vez los toma del "Nonpartisan Leader", periódico de Minneápolis (Minnesota), y órgano de la "Nonpartisan League", organización política independiente de los agricultores norteamericanos. Los molineros y especuladores en granos, dominando los bancos de las ciudades, acreedores de los bancos rurales, pusieron en ejecución un plan para que estos últimos, cortando el crédito a los agricultores, los dejasen en la necesidad de vender sus cosechas a cualquier precio. A tal efecto, los bancos de las ciudades cortaron el crédito a los bancos rurales. El "Nonpartisan Leader", publicó en facsímil una circular dirigida a estos bancos por el First National Bank de Minneápolis, en la cual éste les apresuraba a cobrar cuanto antes sus préstamos a los agricultores, "para que a nuestra vez, y por medio de préstamos a todos los traficantes en granos, podamos cooperar al movimiento de productos agrícolas a los mercados". Un análisis del directorio del First National, dice "The Nation", muestra que cuatro de sus doce miembros son molineros, que otros cuatro están vinculados a compañías traficantes en granos, y que todos menos uno son miembros de la Cámara de Comercio de Minneápolis, donde está centralizada la especulación en la producción granera del noroeste. El directorio del First National, añade, no es una excepción, sino el tipo de casi todos los grandes bancos de Minneápolis y de St. Paul (otra ciudad de Minnesota).

Los anunciantes exigen la comprobación de los tirajes

Tenemos la satisfacción de hacer pública la favorable acogida que nuestros favorecedores han dispensado a la invitación que hicimos en nuestro número anterior para que los anunciantes y los agentes de publicidad pasaran por nuestras oficinas a fin de cerciorarse de la veracidad de nuestras aseveraciones respecto a circulación de los periódicos que editamos nosotros.

Consideramos un síntoma muy halagüeño el vivo interés que por este asunto han demostrado los anunciantes y agentes vinculados a asuntos de propaganda, quienes nos alientan para continuar nuestra campaña.

Como decíamos en nuestro número anterior, es indiscutible que el anunciante tiene perfecto derecho para controlar eficazmente los gastos que haga de propaganda. Cuando compra espacio, es para él como si comprara mercaderías, pues invierte su mismo dinero, y debe conocer la circulación que va a tener su anuncio en el espacio comprado. Sólo podrá saber esto teniendo el diario o revista pruebas irrefutables de su circulación normal.

Hemos dicho que en otros países este derecho es perfectamente reconocido y puesto en práctica, y estamos seguros de que aquí, en este país, también lo será más tarde.

En cuanto a los agentes de publicidad, actualmente, al aconsejar a sus clientes lo hacen con datos basados en conjeturas, aseveraciones verbales, con cifras fantásticas y muchas veces erróneas. Pudiendo proceder sobre bases fijas, ahorrarían, sin duda, mucho dinero a sus clientes y contribuirían a hacer del reclame lo que debe ser: una inversión de fondos provechosa.

Estamos persuadidos de que la iniciativa de nuestra campaña será de mucha utilidad para los propagandistas y que ella les facilitará la realización de sus negocios.

Referente a nuestra invitación, nos es grato notar que desde nuestro número anterior casi todos los agentes de publicidad han pasado por estas oficinas, aceptando nuestra oferta de controlar la circulación neta de nuestras publicaciones durante el último trimestre.

En nuestro próximo número daremos una nómina de los concurrentes.

EL MONOSAPIENTISMO

por MONO SABIO

Yo mismo no sé hasta ahora cómo así me encontraba en la plaza San Martín, al medio de aquellas multitudes afiebradas y clamorosas que pedían a gritos que hablara. Y lo peor del caso era que yo debía hablar a nombre de una candidatura a concejal que no había solicitado ni la deseaba, como tantos ingenuos que se pasan las noches vociferando estérilmente en las esquinas del municipio.

¿Era un caso de demencia popular? No. ¿Acaso un procedimiento extorsivo para sorprender mi palabra? Tampoco. ¿Un caso de amnesia, entonces? Menos.

Alguien dirá que era simplemente un caso clavado de cena con champagne y cama prematura, y quizás esté en lo cierto.

Lo evidente era que aquellas gentes, como si fueran Dios o el presidente de una sociedad de cualquier cosa, me otorgaban el don de la palabra, para que hiciera uso y abuso de ella.

Conocedor profundo de la psicología de las multitudes volubles, por referencias bastante fidedignas de don Gustavo Le Bon, sabía que si me rehusaba, mi pobre cabeza iría seguramente al puchero de algún maximalista. Y como me merece más respeto mi cabeza que mi palabra, muy empeñada ya, como mi reloj de oro, no tuve más remedio que trepar a una tribuna muy alta para un hombre, pero muy baja para un mono, y después de tocer cinco veces consecutivas y retorcerme los bigotes iniciales, dije al gran pueblo elector una serie de barbaridades, que él tomó como máximas de una honda y trascendental filosofía.

Así insinué que no era pesimista, sino vidente, y por eso pasaba por alto el balance de las finanzas nacionales. Me referí, en cambio, a un futuro cercano, en que las Cámaras suprimirían las carreras, la lotería y sus dietas, aumentando en compensación los sueldos a los empleados públicos; los propietarios, por un remordimiento de conciencia suicida, acordarían una rebaja general de alquileres; los acaparadores, con gesto demente, arrojarían sus provisiones por la ventana, y como complemento a esta transformación social, el intendente municipal, velando por la estética edilicia y la higiene urbana, convertiría los teatros nacionales en fábricas de fideos y alpargatas.

A esta altura del discurso, aparentemente improvisado como todos los discursos de ocasión, me ahogaba, no tanto por la emoción de los aplausos tributados como por el calor reinante.

Entonces, subiendo un tono más a mi voz, en un arranque de originalidad y buen gusto—así fuera mi testamento legado a la posteridad—expuse mi monografía *el monosapientismo*, o sea la ciencia de vivir de arriba, cómodamente, a expensas de los pocos sabios que nos precedieron en el uso de la palabra y del biberón, imitándolos fielmente.



La sociedad moderna — continué — con todos sus inventos y progresos, ha complicado de tal modo la vida humana, que el hombre resulta un ser absurdo, contradictorio, paradójico. Tan pronto se convierte en un volátil que surca impávido los espacios, como se transforma en un rana cualquiera que desciende a los bajos fondos acuáticos, sin dejar rastros de su personalidad, o ya es un pobre gato que, para despistar, busca ubicación en el presupuesto.

—¿Para qué esa precipitación, esa insensatez, esa vorágine de trenes, aeroplanos, teléfonos, si el hombre va a vivir menos tiempo y en peores condiciones que los primeros pobladores de la chacra terrenal?

Si no hubiéramos olvidado la sencillez de las costumbres primitivas, hoy seríamos sencillamente felices. Es cierto que en un principio el hombre debió luchar con las fieras para asegurar su tranquilidad y su comida, pero hoy ¿acaso no debemos luchar también con los caseros, el servicio doméstico y los acreedores?

El mal que azota a la humanidad está, pues, a mi modo de ver, en que el hombre trata de imitar únicamente lo malo, como un vulgar loro o un charlatán cualquiera. Ahí están las modas, el lujo, los parodistas, los gramófonos, las elecciones y esas mil manifestaciones ridículas de la vanidad humana.

Si alguna vez resulta grotesco el simio, es cuando imita servilmente al hombre, sabiendo que éste es un gran simulador, un hijo desnaturalizado que se aleja voluntariamente de su madre la naturaleza.

Volvamos, pues, resueltamente a los tiempos adánicos para salvar la raza. Obremos como los monos, imitando a la naturaleza en sus mejores manifestaciones, si posible es, al genio. Reformemos nuestras costumbres absurdas. Seamos parcos y sencillos. Que el hombre sólo lleve un modesto taparrabos y la mujer, como su mejor túnica, una hermosa cabellera. Que el sol no sólo sea la fuente de toda energía, sino también el foco de calefacción común y gratuito, así como la luna y las estrellas las lámparas votivas de la humanidad. Que las flores nos ofrenden su perfume, las aves su música y los paisajes su poesía y sus colores.

Así, en contacto íntimo con la naturaleza, sanos y fuertes, poblemos fecundamente los campos, y encaramados siempre en las alturas, como los simios, gritemos fuerte y recio, para imponer respeto a los escarabajos del llano.

Con una vida tan patriarcal y simple habremos eliminado también, por ley natural de selección, a los inútiles, toda esa manga de acridios que nos amargan la vida y que se titulan pomposamente caseros, sastres, modistos, terratenientes y demás bichos de la escala zoológica.

Y ahora — epilogué sentenciosamente, — ¡muchedumbres indoctas!, llevadme a la apoteósis o al patíbulo, pero, ¡por favor!, no me elijáis concejal porque me haríais muy desgraciado.

Ilust. de Pelayo.

LA CONFESIÓN DE UN CRIMEN

por Armando PALACIO VALDÉS

En el vasto salón del Prado aún no había gente. Era temprano; las cinco y media nada más. A falta de personas formales los niños tomaban posesión del paseo, utilizándolo para los juegos del aro, de la cuerda, de la pelota, pío campo, escondite, y otros no menos respetables, tan respetables, por lo menos, y por de contado más saludables, que los del ajedrez, tresillo, ruleta y siete y media con que los hombres se divierten. Y si no temiera ofender las instituciones, me atrevería a ponerlos en parangón con los del salón de conferencias del Congreso y de la Bolsa, seguro de que tampoco habían de desmerecer.

El sol aún seguía bañando una parte no insignificante del paseo. Los chiquillos resaltaban sobre la arena como un enjambre de mosquitos en una mesa de mármol. Las niñeras, guardianas fieles de aquel rebaño, con sus cofias blancas y rizadas, las trenzas del cabello sueltas, las manos coloradas y las mejillas rebosando una salud que yo para mí deseo, se agrupaban en la sombra sentadas en algún banco, desahogando con placer sus respectivos pechos henchidos de secretos domésticos, sin que por eso perdiesen de vista un momento (dicho sea en honor suyo) los inquietos y menudos objetos de su vigilancia. Tal vez que otra se levantaban corriendo para ir a socorrer a algún mosquito infeliz que se había caído boca abajo y se revolcaba en la arena con horrísonos chillidos; otras veces llamaban imperiosamente al que se desmandaba y le residenciaban ante el consejo de doncellas y amas de cría, amonestándole suavemente o recriminándole con dureza y administrándole algún leve correctivo en la parte posterior, según el sistema y el temperamento de cada juez.



Don Armando Palacio Valdés, ilustre literato y autor de este cuento, que acaba de ser nombrado miembro de la Real Academia Española.

Esperando la llegada de la gente, me senté en una silla metálica de las que dividen el paseo, y me puse a contemplar con ojos distraídos el juego de los chicos. Detrás de mí estaban sentadas dos niñas de once a doce años de edad, cuyos perfiles—lo único que veía de ellas—eran de una corrección y pureza encantadoras. Ambas rubias y ambas vestidas con singular gracia y elegancia. En Madrid esto último no tiene nada de extraordinario porque las mamás, que han renunciado a ser coquetas para sí, lo continúan siendo en sus hijas y han convenido en hacerse una competencia poco favorable a los bolsillos de los papás. Me llamó la atención desde luego la gravedad que las dos mostraban y el poco o ningún efecto que les causaba la alegría de los demás muchachos. Al principio creí que aquella circunspección procedía de considerarse ya demasiado formales para corretear, y me pareció cómica; pero observando mejor, me convencí de que algo serio pasaba entre ellas, y como no tenía otra cosa que hacer, cambié de silla disimuladamente y me acerqué cuanto pude a fin de averiguarlo.

La una estaba pálida y tenía la vista fija constantemente en el suelo: la otra la miraba de vez en cuando con inquietud y tristeza. Cuando me acerqué guardaban silencio, pero no tardó en romperlo la primera exclamando en voz baja y con acento melancólico:

—¡Si lo hubiera sabido, no saldría hoy a paseo!

—¿Por qué?—repuso la segunda.—De todos modos algún día os habíais de encontrar.

La primera no replicó nada a esta observación y callaron un buen rato. Al cabo la segunda dijo poniéndole una mano sobre el hombro:

—¿Sabes lo que estoy pensando, Asunción?

—¿Qué?

—Que debías decírselo todo. Lola es buena niña, aunque tenga el genio vivo. ¿No te acuerdas cuando nos pegamos y nos arañamos porque le quité de ser la mamá?... Ya ves que le pasó en seguida...

—Sí, pero esto es muy distinto.

—Ya lo sé que es distinto... pero debes decírselo.

—¡Ay! No me mande seso, por Dios, Luisa... De seguro no me vuelve a decir adiós, y se lo cuenta en seguida a sus papás.

—¿Y no será peor que se lo cuente otra persona?... ¡Hay niñas tan malintencionadas!... Elvira lo sabe ya... no sé quién se lo ha dicho...

Profunda debió ser la impresión que esta noticia causó en el ánimo de Asunción, porque no volvió a despegar los labios y siguió escuchando consternada las razones de su amiga, que las amontonaba de un modo incoherente, pero con resolución.

El paseo se iba poblando poco a poco. El sol no se enseñoreaba ya sino de uno de los ángulos del salón: al retirarse dejaba claro y nítido el ambiente, en el cual resaltaban con admirable pureza el obelisco del Dos de Mayo y las agujas del museo de Artillería y de San Jerónimo. Los pequeños retrocedían ante la invasión de los grandes a los parajes más apartados, donde establecían nuevamente sus juegos. Un chico rubio, vestido de marinero, se quedó fijo delante de nuestras niñas contemplándolas con insistencia, y no hallando al parecer conveniente la gravedad que mostraban, se puso a hacerles muecas en son de menosprecio. Luisa, al verse interrumpida en su discurso, se levantó furiosa y le tiró por los cabellos. El chico se alejó llorando.

Al cabo de un rato, cuando ya me disponía a dejar la silla para dar algunas vueltas, oí exclamar a Luisa:

—¡Calla... calla... me parece que ahí viene Lola!

Asunción se estremeció y levantó la cabeza vivamente.

—Sí, sí, es ella—continuó Luisa.—Viene con Pepita y con Concha y Eugenia... Es el primer domingo que viene después de la muerte de su hermano... ¡No te pongas así, niña!... No te asustes... Verás, yo lo voy a arreglar todo.

Asunción, en efecto, había empalidecido y estaba clavada e inmóvil en la silla como una estatua. Pronto divisé un grupo de niñas de su misma edad que se aproximaba; en el centro venía una completamente enlutada, morenita, con grandes ojos negros y profundos que debía ser la causante de los temores de Asunción. Luisa se levantó a recibirlas y echó una carrerita para cambiar con ellas buena partida de besos cuyo rumor llegó hasta mis oídos. Asunción no se movió. Al llegar, todas la saludaron con efusión, no siendo por cierto la menos expansiva la enlutada Lolita. Después de cambiadas las primeras impresiones, observé que Luisa hacía señas a Asunción en ademán de pedirle algo, y que Asunción lo negaba, también por señas, pero con energía. Luisa, sin embargo, se resolvió a hacer lo que pretendía a despecho de su amiga, y llegándose a Lola, le dijo:

—Mira, Asunción tiene que decirte una cosa; ve a sentarte junto a ella.

Lolita se vino hacia la melancólica niña y le preguntó cariñosamente tocándole la cara:

—¿Qué tienes que decirme, Chonchita?

La pobre Asunción, completamente abatida, no contestó nada; visto lo cual por su amiga, tomó asiento al lado, y la instó con mucha viveza para que le contase lo que la ponía tan triste.

—Mira, Lola—comenzó con voz temblorosa y casi imperceptible,—después que te lo diga ya no me querrás.

Lola protestó con una mueca.

—No, no me querrás... Dame un beso ahora... Después que te lo diga, no me darás ningún otro...

Lolita se manifestó sorprendida, pero le dió algunos besos sonoros.

—Mañana hace un mes que murió tu hermano Pepito... Yo sé que has tenido una convulsión por haber visto el ataúd... A mí no me han dejado ir a tu csaa porque decían que me iba a impresionar, pero toda la tarde la pasé llorando... Luisa te lo puede decir... Lloraba porque Pepito y yo éramos novios... ¿no lo sabías?

—¡No!

Pues lo éramos desde hacía dos meses. Me escribió una carta y me la dió un día al entrar en tu casa: salió de un cuarto de repente, me la dió y se echó a correr. Me decía que desde la primera vez que me había visto le había gustado, que podríamos ser novios si yo le quería, y que en concluyendo la carrera de abogado, que era la que pensaba seguir, nos casaríamos. A mí me daba mucha vergüenza contestarle, pero como a Luisa le había escrito también Paco Núñez declarándose, yo por encargo de ella le dije un día en el paseo: "Paco, de parte de Luisa, que sí", y a

(Continúa en la siguiente página.)

La confesión de un crimen

(Continuación de la página anterior)

la otra vuelta Luisa le dijo a Pepito: "Pepito. de parte de Asunción, que sí". Y quedamos novios. Los domingos cuando bailábamos en tu casa o en la mía, me sacaba más veces que a las demás, pero no se atrevía a decirme nada... A pesar de eso, una vez bailando, como estaba triste y hablaba poco, le pregunté si estaba enfadado, y él me contestó: "Yo no me enfado con nadie, y mucho menos contigo". Yo me puse colorada... y él también... Todos los días por la tarde iba a esperarme a la salida del colegio; se estaba paseando por delante hasta que yo salía y después me seguía hasta casa...

Aquí Asunción dejó de hablar, y Lola, que la escuchaba con tristeza y curiosidad, aguardó un rato a que continuase, y viendo que no lo hacía, le preguntó:

—Pero, ¿por qué me decías que después de contármelo no iba a darte más besos y todas aquellas cosas?... Al contrario, ahora te quiero más... Mira cómo te quiero.

Y Lolita al decir eso le daba apasionados besos.

—Espera, espera... no me beses... ¿De qué murió tu hermano? ¿No dijeron los médicos que había muerto de una mojadura que había cogido?

—Sí.

—Pues esa mojadura, Lola... la cogió por causa mía... Sí, la cogió por causa mía... Una tarde en que estaba lloviendo a cántaros, fué a esperarme al colegio... Le vi por los cristales metido en un portal... en el portal de enfrente... No traía paraguas. Cuando salimos yo me tapé perfectamente porque la criada había traído uno para mí y otro para ella... Pepito nos siguió al descubierto... llovía atrozmente... y yo en vez de ofrecerle el paraguas y taparme con el de la criada, le dejé ir mojándose hasta casa... Pero no fué gusto mío, Lola..., por Dios, no lo creas... fué que me daba vergüenza...

Al decir estas palabras, le embargó la emoción, se le anudó la voz en la garganta y rompió a sollozar fuertemente. Lolita se la quedó mirando un buen rato, con ojos coléricos, el semblante pálido, las cejas fruncidas; por último se levantó repentinamente y fué a reunirse con sus amigas que estaban algo apartadas formando un grupo. La vi agitar los brazos en medio de ellas narrando, al parecer, el suceso con vehemencia, y observé que algunas lágrimas se desprendían de sus ojos, sin que por eso perdiesen la expresión dura y sombría. Asunción permaneció sentada, con la cabeza baja y ocultando el rostro entre las manos.

En el grupo de Lolita hubo acalorada deliberación. Las amigas se esforzaban en convencerla para que otorgase su perdón a la culpable. Lolita se negaba a ello con una mímica (lo único que yo percibía) altiva y violenta. Luisa no cesaba de ir y venir consolando a su triste amiga y procurando calmar a la otra.

El sol se había retirado ya del paseo, aunque anduviese todavía por las ramas de los árboles y las fachadas de las casas. La estatua de Apolo que corona la fuente del centro, recibía su postrera caricia; los lejanos palacios del paseo de Recoletos resplandecían en aquel instante como si fuesen de plata. El salón estaba ya lleno de gente.

Después de discutir con violencia y de rechazar enérgicamente las proposiciones conciliadoras, Lolita se encerró en un silencio sombrío. Al ver esta muestra de debilidad, las amigas apretaron el asedio, enviando cada cual un argumento más o menos poderoso; sobre todo Luisa, era incansable en formar silogismos, que alternaba sin cesar con súplicas ardientes.

Al fin Lolita volvió lentamente la cabeza hacia Asunción. La pobre niña seguía en la misma postura, abatida, ocultando siempre el rostro con las manos. Al verla, debió pasar un soplo de enternecimiento por el corazón de la irritada hermana; destacóse del grupo, y viniendo hacia ella, le echó los brazos al cuello diciendo:

—No llores, Chonchita, no llores.

Pero al pronunciar estas palabras lloraba también. La cabecita rubia y la morena estuvieron un instante confundidas. Rodeáronlas las amigas, y ni una sola dejó de verter lágrimas.

—¡Vamos, niñas, que nos están mirando! —dijo Luisa. — Enjugad las lágrimas y vamos a pasear.

Y en efecto, llevándose el pañuelo a los ojos, ella la primera, con rostro sereno y risueño se mezclaron agrupadas entre la muchedumbre; y las perdí pronto de vista.

El juego de pelota.—*En tiempos de Carlos VI y Carlos VII se jugaron famosos partidos. No se conocía todavía otro instrumento para el juego que un guante forrado de cuero, parecido al que hoy usan nuestros jugadores, y casi todas las partidas eran a mano y a "blé", generalmente; es decir, en recinto cerrado, y lanzando la pelota contra un frontis.*

Francisco I tenía gran afición a este juego, y era, según cuentan, jugador de no escasa habilidad.

Interesábase mucho en los partidos que jugaba, y no ocultaba su satisfacción cuando vencía, ni su descontento cuando era derrotado.

Un día jugaba en compañía de un monje contra dos señores de la corte.

La lucha era reñida, y los cuatro jugadores se disputaban con encarnizamiento el último tanto, cuando su reverendísima decidió la victoria cortando la pelota con precisión matemática.

—Esa es una jugada de fraile—exclamó entusiasmado el rey.

—Señor — respondió maliciosamente el fraile,— será jugada de abad cuando vuestra majestad quiera.

El rey sonrió y le concedió la primera abadía vacante.

Enrique IV tenía también mucha afición a este juego, por más que era bastante mal jugador.

Sabido es el desgraciado fin de Federico el Hermoso; y sabido también que la causa probable de su muerte el haber bebido un vaso de agua estando jugando un partido de pelota en Burgos con otros señores de la corte.

Por último, y para terminar esta especie de ejecutoria de nobleza, del de pelota, diremos que en el juego de Versalles fué donde los diputados de la asamblea nacional, capitaneados por su presidente Bailly, prestaron el famoso juramento que la historia conoce con el nombre de "El juramento del juego de pelota".

Acotaciones a un concurso

LA POPULARIDAD CINEMATOGRÁFICA

por Jack MOREIRA

La empresa editora de las revistas cinematográficas más difundidas de todo Norte América acaba de efectuar un concurso para establecer cuáles son los artistas más populares de la pantalla.

Por supuesto que en estos concursos no puede llegarse a conclusiones absolutas, y que, más que el complejo e innumerable público cinematográfico, lo que pueden representar los que intervienen en ellos es la propia opinión personal, o la del núcleo lector de las revistas aludidas. Sólo que, dada la difusión de esas revistas y su importancia en el mundo del cine, no pueden menos de considerarse los resultados del referido concurso como un indicio fidedigno de las preferencias y antipatías de los aficionados a la escena muda. Y en ningún caso deben menospreciarse—sea cual sea la significación que se les atribuya,—predilecciones que se presentan refrendadas, en algunos casos, por más de cien mil votos.



Lillian Gish una de las mejores actrices del arte mudo, aunque no haya resultado así en el concurso a que nos referimos.

Según ese concurso—aun no cerrado, pero cuyas conclusiones generales no pueden ser ya fundamentalmente rectificadas, — Mary Pickford es, por 158.257 hasta el presente, la estrella más popular del arte mudo; en tanto que William S. Hart, su rival viril más favorecido, no ha alcanzado sino un total de 104.556 sufragios. Ambos triunfadores llevan sobre los concurrentes que les siguen más de cerca una ventaja de alrededor de cincuenta mil votos, y es por lo tanto muy probable que se mantengan hasta el fin del concurso en el puesto descollante en que han sido colocados por sus admiradores.

Para dar una idea más completa de esta prueba, transcribiremos algunos de los cómputos a que se ha arribado.

Entre las estrellas, las que ocupan los primeros puestos, son las siguientes: Mary Pickford, con los 158.257 votos ya apuntados; Norma Talmadge, con 94.142; Perla White, con 38.925; Nazimova, con 21.316, y otras, entre las cuales anotamos a Lillian Gish, 8.ª, con 7.521 votos; Elsie Ferguson, 14.ª, con 5.928 votos; Betty Compson, 55.ª, con 833 votos; Enid Bennett, 58.ª, con 746 votos; Mae Marsh, 78.ª, con 462 votos. Y allá, hacia el fin, como si no hubiesen tenido otros votos que los propios o los de amigos compasivos, surgen los nombres de Mabel Normand, con 264; Jewel Carmen, con 102 votos; Lillian Walker, con 98 votos, y Bessie Barriscale, con 65.

La situación respectiva creada a los astros por el sufragio popular, es la siguiente: William S. Hart, 1.º, con 104.556 votos; Wallace Reid, 2.º, con 59.824 votos; 3.º Richard Barthelmess, con 37.460 votos; 4.º Douglas Fairbanks, con 18.372 votos; 5.º Eugenio O'Brien, y salteando algunos nombres cuya ubicación es difícil explicarse, se encuentran los de Charles Ray, 11.º; Ben Alexander, 19.º; John Barrymore, 21.º; Charles Chaplin, 23.º y, más allá del nonagésimo, los de Frank Kunan y Henry B. Walthall.

Sabemos perfectamente que el concurso a que nos referimos se ha hecho para decidir la popularidad (Popularity Contest), y no el mérito; pero, tratándose de la popularidad de actores y de actrices, no puede ésta separarse indisolublemente de sus quilates estéticos y, sino lo que ellos valen, un concurso como éste no puede menos de evidenciar lo que a buena parte del público le complace en mayor grado.

Comentemos, pues, por ligeramente que lo hagamos, estas complacencias y preferencias.

De las actrices cinematográficas, la que reune el mayor número de los sufragios es Mary Pickford.

No desconocemos ni por un momento lo que Mary Pickford representa de encanto y de arte, dentro del mundo del cine; pero nos parece innegable que, al votarla por esa mayoría abrumadora, el público ha cometido una injusticia.

Pese a su arte y encanto indiscutibles, Mary Pickford representa una influencia perniciosa para el teatro silencioso: la de la estrella que se inmoviliza en un papel y lo reedita hasta el cansancio. Mary Pickford es desde hace diez años el prototipo de esas ingenuas empalagosas, de cabello ensortijado y mirada inocente, a las que se les busca con una vaga impaciencia las alas, y a las que es tan difícil encontrarles una sombra de humanidad, un atisbo de psicología, uno de esos rasgos que no faltan nunca en los seres de carne y hueso y de que están únicamente desprovistos los engendros noveleros y las sombras chinescas.



Mary Pickford, que ha obtenido en el concurso que comentamos, cincuenta mil votos más que cualquiera de sus colegas del arte cinematográfico.

Menos bien dotadas que ella, dos de las artistas que en este concurso la siguen más o menos de lejos—Norma Talmadge y Lillian Gish,—han tenido en la pantalla una actuación menos vistosa y bien remunerada que la de Mary, pero seguramente más meritoria y proficua. Mientras Mary Pickford—salvo dos o tres veleidades de consagración estudiosa, como "Stella Maris" o "Los modernos galeotes"—reproducía hasta estereotiparlos, sus gestos y sus sonrisas más o menos auténticamente infantiles, Norma Talmadge y Lillian Gish estudiaban concienzudamente papeles heterogéneos y superaban por la ductilidad y el vigor de sus caracterizaciones los resultados artísticos que Mary perseguía con la candidez sempiterna de sus ojos y la infantilidad automática de su sonrisa. A pesar de su prestigio pecuniario y de sus votos, no creemos que Mary Pickford cuente en su haber escénico interpretaciones, como las de Lillian Gish en "Pimpollos rotos" y en "Sonriamos a la vida".

Y basta advertir que en este concurso Elsie Ferguson viene después de Theda Bara, y Betty Compson de Lila Lee, para percatarse de que no tan sólo aquí la popularidad es independiente del mérito, sino también contraria a él, en no pocos casos.

¿Qué no decir de los cómputos obtenidos por los "astros"?

Wallace Reid, ese actor anfibio que ha sido la sombra obstinada de todos sus colegas favorecidos por el éxito, encabezó, por un momento, la lista masculina del concurso y precede actualmente al empeñoso y expresivo Barthelmess, como Harold Lloyd prima, poco después, sobre Chaplin y Jack Dempsey—actor a fuerza de puños,—sobre Frank Keenan y Henry B. Walthall.

Este último resultado basta y sobra para desprestigiar artísticamente todo el concurso: el admirable, el célebre e insuperado intérprete de "El nacimiento de una nación" es pospuesto, por S. M. la popularidad, a un pugilista que ni siquiera sería actor si no fuese campeón mundial de box...

Nada podría demostrar mejor que la popularidad no es el mérito, la pluralidad de votos buen juez y, en resumen, que cuando la voz de Dios elige como órgano de emisión la garganta del pueblo, desafina estrepitosamente.

Margarita Clark anuncia que no piensa dejar el cine; pero que ha abandonado la Paramount y que formará compañía propia, si encuentra libretos aceptables.

Sydney Chaplin ha completado por fin su primer película, después de "El submarino pirata".

H. B. Warner ha sido contratado por la Pathé.



Henry B. Walthall, que, a pesar de la aritmética, es uno de los mejores artistas de cine.



William S. Hart, proclamado el actor más popular del cine, por más de cien mil votos.

LAS INGENUAS

Discurre aquí el cronista sobre el tipo de mujer ingenua, haciéndolo con acierto que recomienda la lectura del artículo.

Se cree, en general, que las ingenuas son las bobaliconas, las inocentonas, las que no se dan cuenta de un guiño, de un tosido, de una frase "con segunda intención".

Es decir, que la mayoría de la gente, no concibe que una mujer, iniciada ya en los secretos del amor, de la naturaleza y de la vida, pueda ser una ingenua.

Hasta hay quien, confundiendo la ingenuidad con la castidad, ha pretendido, con psicología de primer año, vincular la ingenuidad en la doncellez, considerando que Eva perdió su ingenuidad al morder la manzana del Paraíso.

A poco que meditemos sobre el punto, veremos que un concepto tan estrecho y tan rigorista es absolutamente equivocado. Porque ¿qué es la ingenuidad? ¿Es la ignorancia, acaso? ¡De ningún modo! Hay muchas ignorantes que tienen mucha picardía, y muchas iniciadas que suelen ser ingenuas en todo y por todo.

Si la ingenuidad fuese inocencia, habríamos excluído de ser ingenuas a gran parte de las mujeres...

No es ni inocencia, ni ignorancia. La ingenuidad—dice Littré—consiste en la naturalidad. Ser natural, es ser ingenua. Y como la mujer es natural muy pocas veces, de ahí que haya pocas ingenuas y de ahí también la limitación y la confusión.

Debemos decir, pues, en primer término, que la ingenuidad, aun cuando esté en poder de pocas mujeres, puede ser cualidad común a todas: a las jóvenes, como a las maduras; a las iniciadas, como a las ignorantes; a las honestas, como a las pecadoras. La ingenuidad no es un estado exclusivamente físico, ni un estado exclusivamente moral. Es un estado fisiológico, es un estado natural, como decía Littré. Puede no ser ingenua una muchacha de catorce años, y puede serlo una mujer "crepuscular". La ingenuidad es todo lo contrario del disimulo, de la hipocresía, del fingimiento. Como ha dicho Adolfo Brisson "no consiste únicamente en la ignorancia absoluta de la vida, sino en la espontaneidad de los sentimientos, en la lealtad del carácter".

Moliére, en su "Escuela de las mujeres", nos presenta en Inés a la ingenua tipo. Honesta, sin gazmoñerías; franca, sin altivez ni alarde; espontánea, natural, ingenua, en fin.

Los clásicos españoles encerraron a las ingenuas en el convento de "La buena guarda", de Lope. Y cuando alguna de ellas alternó en el siglo, pasa de ingenua a perfidilla, como "La niña boba".

Las ingenuas de Moratín caen en la gazmoñería; las de Valera, en la dialéctica y en el casuismo; las de Galdós, en el apostolado societario.

La ingenuidad tiene diversos tonos y matices. A este respecto decía Adolfo Brisson, que las ingenuas podrían dividirse en tres grupos: ingenuas incultas y asalvajadas, como la Inés de "La escuela de las mujeres"; ingenuas avisadas y leídas, como la Enriqueta de "Las mujeres sabias", e ingenuas tristes y desencantadas, como la Angélica de "El aprensivo".

Todas estas ingenuas de Molière encarnan, al decir del director de "Los Anales", aspectos particularísimos y encantadores de la ingenuidad. Inés, la asalvajada, tiene algo de la energía rústica, de la franqueza pastoril que nos atrae en Teócrito y en Virgilio. Su ingenuidad no excluye una cierta malicia y penetración, que es como su penacho femenino. La espontaneidad de su carácter es agresiva, si se quiere; pero sin mixtificación, completamente natural.

Enriqueta, la avisada y leída, también es siempre franca; pero su franqueza es amable, pulida por la educación.

Sabe cosas que no querría saber; que le valdría más no saberlas; tiene, según la frase de Julio Lemaitre, "clartés de tout". Esta mezcla de sensibilidad, de inteligencia, de prudencia, de tacto, nos da el tipo de la ingenua culta y educada. Será ingenua hasta cuando tenga el pelo blanco. La ingenua desencantada y triste, encarnada en la Angélica de "El aprensivo", es un compuesto de melancolía y de bondad. Su natural rectitud — dice Brisson — resiste a las desgracias y adversidades que se conjuran contra ella.



Las ingenuas contemporáneas, tienen, a su pesar, la marca de fábrica del clasicismo. No se deforman ni se alteran más que en las apariencias de frivolidad.

Brisson las cataloga como un entomólogo sus insectos, clavando en cada una su etiqueta amable y sutil.

La ingenua de Emilio Augier, valerosa, prudente y culta, deriva de Enriqueta; las ingenuas quiméricas y románticas de Octavio Feuillet, de Silvia; la ingenua vaudevillesca de Meilhac, de Rosina; la ingenua combatida y dolorosa, oprimida y desencantada, de Enrique Becque, desciende en línea recta de la Angélica de Molière.

Historieta Muda



De la vida española

PEYUS, EL BOHEMIO

por Eduardo GOMEZ DE BAQUERO (ANDRENIO)

(Para "El Hogar")

Pompeyo Gener, cuando le conocí, hará más de veinte años, parecía un personaje de "La Bohème". Con su chambergo, su barba, su chalina flotante, se le podía tomar por uno de los compañeros de Rodolfo, por un pintor, un poeta o un músico escapado del Barrio Latino. Por el Barrio Latino había pasado en verdad; vivió en él sus mejores años, años de ilusiones y esperanzas. Y no escapó de él; siguió preso en el encanto del Barrio Latino cuando volvió a su Barcelona. Lo llevaba dentro.

Había empezado estudiando en la ciudad condal la pacífica carrera de farmacia y estuvo a punto de ser un M. Homais, aunque le salvó su ingenio. Homais, el personaje de Flaubert, no bromeaba. Lo tomaba todo en serio. Pompeyo Gener, el gran "Peyus" como le llamaban sus amigos, estudió en París de todo un poco: lenguas orientales, historia de las religiones, filosofía. Era la hora triunfal del positivismo. Aun no habían vuelto las cigüeñas a los campanarios. No se había iniciado el renacimiento espiritualista y cristiano que puso al siglo XIX un final muy distinto del comienzo. Pompeyo se entregó a la corriente de las ideas dominantes. Oía con devoción a sus maestros; se prometía probablemente ser en España el sembrador de la buena nueva científica. España estaba entonces en el krausismo que trajo de Alemania don Julián Sanz del Río y que subsistió entre nosotros, cuando ya nadie hacía caso de él en el mundo, porque Sanz del Río tuvo la fortuna de dejar una generación de discípulos como Salmerón, Giner de los Ríos, Azcárate, etc., inteligencias privilegiadas y grandes caracteres.

Pompeyo Gener era un bohemio, no en el sentido que hoy se da a esa palabra degenerada, sino en el espíritu de Murger: un artista, despreocupado de las realidades de la vida, lleno de proyectos, de ensueños, de aspiraciones, que ignora el valor del tiempo y corre el peligro de pasarse la vida proyectando y dilapidando el ingenio en peñas de ateneos y cafés, sin dejar tras de sí una obra duradera.

Obras sí deja Pompeyo Gener, pero no la obra a que hubiese podido aspirar con su talento. Soñador, imaginativo, al volver de París, en una época en que era mucho menos frecuente que ahora que los universitarios españoles fuesen a completar sus estudios en el extranjero, se figuraba haber vivido en estrecha comunicación espiritual con las grandes figuras intelectuales de la época, con Littré, con Víctor Hugo, con Renán, los cuales quizás no se acordaban del "petit catalán" con quien cruzaron distraídos la palabra, después de una presentación trivial. Littré, sin embargo, puso prólogo al primer libro importante de Pompeyo Gener: "La muerte y el diablo", que se publicó en francés, antes de ser impreso en castellano.

En realidad, Pompeyo Gener llegaba tarde. La España de la Restauración volvía a sus amores tradicionales. Ser positivista y agnóstico no conducía a nada práctico, en un medio donde la cuestión religiosa, que había contribuído a mantener las guerras civiles, era mirada con alarma hasta por los liberales templados, que si les hubieran dado a escoger entre el positivismo y la tradición, es decir la unidad católica, hubieran optado por la última, haciendo algunos aspavientos. Por otra parte, Pompeyo Gener no era un verdadero científico, no se había especializado, había querido abarcar demasiadas cosas con la vivacidad, propia de los espíritus latinos. Su erudición era en gran parte de segunda mano. Carecía de la solidez que hizo respetable y terribles para sus adversarios, a los krausistas, pero su talento daba señales de que hubiera podido hacer mucho más en un medio más propicio y con un trabajo disciplinado y no disperso.

Otro libro interesante y curioso de Pompeyo Gener fué el que lleva el título de "Herejías", aplicado en sentido etimológico, o sea en el de opiniones disidentes del sentir general.

Este libro marca la etapa catalanista en la evolución del autor. Sostenía Gener la teoría singular de que la altitud de la meseta castellana, por la menor presión atmosférica, no consentía que se dieran cerebros tan buenos como los de las provincias del litoral. Los cerebros de Castilla tenían que ser de escaso peso específico; de ahí los errores y la incapacidad de la política centralista. Si en lo del positivismo llegó tarde Pompeyo, en esta interpretación de la influencia del medio físico, llegó demasiado temprano.

Quizás en las horas de auge del nacionalismo catalán hubiera hecho de él un personaje. La teoría del doctor Robert sobre la superioridad de los cráneos catalanes no era más fundada; dolicocéfalos y braquicéfalos están mezclados en toda la península. Los estudios de Oloriz no conducen a la localización de razas superiores e inferiores, basada en el estudio de los cráneos, y Oloriz fué el que hizo más serias y extensas investigaciones en este ramo de la antropología.

Después de "Herejías", publicó Pompeyo otro libro que tuvo cierta resonancia, en parte poco grata para el autor. Fué el titulado "Literaturas malsanas", especie de patología literaria, que por venir después del célebre libro "Dégénérescence" de Max Nordau, pareció a algunos inspirado por el del escritor alemán. Pompeyo Gener se defendía briosamente de ello, pero lo más grave era que su libro no igualaba en interés y amenidad al del autor de "Las mentiras convencionales".



Pompeyo Gener.

En sus últimos años, Pompeyo Gener fué quedando cada vez más eclipsado. Sin embargo, conservaba todavía cierta popularidad en los centros artísticos y literarios de Cataluña. Se hallaba recogido, al morir ya septuagenario, en un sanatorio u hospital. Hace algunos meses, el rey, en una visita a Barcelona, tuvo ocasión de verle y quizo estrechar su mano. Fué una atención delicada hacia el veterano escritor, vencido por los años y por la prosa de la vida que le había dejado muy por bajo de sus sueños.

Barcelona le ha hecho un entierro de mucha etiqueta, con piquete de guardia municipal y la banda catalana sobre el féretro de pino, como él dejó dispuesto. En realidad lo más que hizo por él, fué ese entierro.

LOS LIBROS

"Del teatro al libro", por Luis Rodríguez Acasuso.—Un vol. de 280 págs. Ed. de la Cooperativa Editorial. Buenos Aires, 1920.

La reimpresión y reunión en volumen de las críticas periodísticas de un autor, sólo puede justificarse si se trata de artículos en que el crítico ha expuesto su opinión sinceramente y si, por otra parte, hay en todos ellos una doctrina común que les dé cierto carácter orgánico, como pide el libro. Es, justamente, el caso del señor Luis Rodríguez Acasuso, crítico independiente, sin el reato que a menudo imponen las administraciones de los periódicos, y siempre con el deseo de juzgar las obras particulares dentro de un punto de vista genérico y consecuente consigo mismo. Su libro está, pues, justificado y no es un rimero más de hojas con opinioness insinceras o contradictorias, como la mayoría de las compilaciones de artículos que se hacen por aquí.

De la sinceridad del libro, no hace falta dar prueba, pues cualquiera que lea sus artículos severos, casi siempre desfavorables para las obras que comentan, advertirá en seguida que se encuentra ante un hombre capaz de exponer su opinión más íntima aun a despecho de las conveniencias o de la amistad, sin caer por eso en ninguna suerte de grosería. En cuanto a su afán de doctrina, es notable también fácilmente al ver que el crítico, en cada juicio que emite, se esfuerza por enlazar sus opiniones del momento con las anteriormente expuestas, y en establecer principios generales de cuya expresión, en realidad, las obras examinadas no son más que un pretexto.

Claro está, ni todas las veces se considera aceptable su juicio, ni, a pesar de su intención orgánica, está siempre exento de contradicción. Con respecto a lo primero, pueden mencionarse estas palabras de la pág. 47, sobre "El complot del silencio" de César Iglesias Paz: "Adivinamos a través de esta comedia—muy meritoria—al autor que en el futuro nos dará la obra intensa y de verdadera significación local." El futuro, acaso dé razón al crítico; pero lo presente sólo deja adivinar que ese autor no tiene sentido dramático y que, además, parece dispuesto a no hacer otra cosa que imitar a algunos dramaturgos contemporáneos extranjeros, lo más ajeno posible a la aptitud de observación necesaria para hacer obra de "verdadera significación local." Como ejemplo de contradicción, puede darse el siguiente: en la pág. 29, dice el señor Acasuso: "...el teatro, precisamente, de todos los géneros literarios, es el que exige una más rápida y espontánea rotación ideológica...", y en la pág. 26 ha dicho: "Es mucho más fácil sorprender a la crítica que al público, porque la crítica, aunque de buena fe, suele engañarse por un exceso de intelectualismo." ¿En qué quedamos? El teatro ¿exige o no más potencia intelectual que ningún otro género de literatura? Con todo, nada de eso desmiente la franqueza ni el anhelo doctrinario del crítico, títulos suficientes para asignarle un puesto de consideración en nuestro ambiente intelectual, especialmente en el terreno de la crítica, donde tan pocos son los que dicen lo que piensan y menos todavía los que se preocupan por mantener lógica y consecuencia en sus sanciones.

Si ahora quisiésemos adentrarnos en un análisis detallado del libro, dando ya por sentadas sus buenas cualidades, el resultado que podríamos obtener sería francamente desastroso para el señor Acasuso y como para hacer saltar de gozo a cualquiera de sus enemigos. No lo haremos así, porque sería injusto ensañarse en particular con quien tan excelente opinión nos ha merecido en general; sin embargo, tampoco podemos pasar por alto sus defectos más importantes.

Ante todo, he aquí un verdadero atentado a la historia de la filosofía: "No hay que olvidar—escribe el señor Acasuso, en la pág. 50,—que desde Kant hasta Bergson, la filosofía ha tendido a aclarar toda la parte esotérica de nuestro determinismo. Hoy, el espectador más simple, puede desmenuzar tranquilamente desde su platea las causas fisiológicas, psicológicas y éticas, que determinan la acción de un personaje." ¿Qué respuesta cabe ante este asunto, sino una exclamación de asombro? Primero, Kant, que ha sostenido la tesis determinista en el mundo fenomenal ("Crítica de la razón pura"), la ha rebatido ardientemente en el mundo noumenal ("Crítica de la razón práctica"), y cualquier estudiante de filosofía sabe muy bien, precisamente, todas las grandes controversias a que ha dado lugar hasta la fecha esa bifurcación de estados hecha por Kant con el fin de salvar el libre albedrío del ser y sentar los principios y la posibilidad misma de la moral; segundo, Bergson... pero Bergson ¿no sabe todo el mundo que es el filósofo que ha venido a negar terminantemente la legitimidad del paralelismo psico-fisiológico preconizado por todo el cienticismo moderno? El señor Acasuso, ¿no ha leído esas paginitas tan claras, tan sencillas, tan al alcance del más primitivo entendimiento que se titulan "El alma y el cuerpo", y en donde Bergson —¡véase qué casualidad!—habla del absurdo de querer adivinar lo que dicen los actores de teatro por sus acciones? Realmente, hay que creer que el señor Acasuso ha sufrido un lapsus, nada más, o que, sin querer, ha mencionado unos nombres por otros, porque el error es demasiado notable.

Son muchas las ocasiones en que el señor Acasuso se refiere a la filosofía o a la ciencia en su libro, y casi todas con la poca suerte de la que se acaba de señalar, bien sea alterando la verdad histórica, bien haciendo suposiciones en que no caería ningún estudioso enterado del estado actual de esas dos ramas de la cultura. "En el porvenir—dice en la página 21, con la ingenuidad del hombre que ignora que Haeckel ha sido inutilizado hace, por lo menos, un cuarto de siglo;—en el porvenir, la ontogenia, quién sabe, llegue al misterio psicoplasmático y se pueda precisar, tal vez por una manera especial de aglutinación celular, por qué se tiene o se carece de sentido teatral". Y en la pág. 49: "El artista—como está perfectamente probado en la pintura—para serlo, debe sufrir de un "daltonismo sensible". Es decir—añade,—que debe ver, no como ve la generalidad, que del fenómeno tiene una representación uniforme, sino con la exageración armónica que es el arte". Este párrafo confunde lamentablemente el fenómeno fisiológico descubierto por Dalton (que lo padecía) y que consiste, no en ver las cosas exageradas, sino, simplemente, en no ver el color rojo, por un defecto de la retina. En fin, en la pág. 155 asegura que el "monismo de Haeckel... es la filosofía contemporánea más sólida", en momentos en que no hay un solo gran filósofo ni una sola gran doctrina que no sean dualistas, y cuando los mismos biólogos (Minot, entre otros muchos) reconocen la "imposibilidad científica y experimental" (no ya metafísica) del monismo haeckeliano; y en la pág. 212 sostiene que Pascal reinventó la geometría con la mayor parte de los postulados de Euclides (anécdota que todos conocen y que el señor Acasuso cita también con error, hablando de "toda la geometría, desde sus generalidades hasta el postulado de Euclides"); sostiene que Pascal llegó a ese resultado por efectos del recuerdo de "ideas ancestrales, tal vez transmitidas por un fenómeno de anmifixia..." (anfimixia o anfimixis, habrá querido decir, seguramente); y en la pág. 240 dice que Ortega y Gasset "se arrodilla ante el laico altar de las categorías kantianas", afirmación completamente gratuita según se desprende de toda la obra de ese autor y según sus propias palabras cuando en el seminario de 1916 nos dijo a los pocos estudiantes que le escuchábamos, que "la prensa argentina lo definía erróneamente como un filósofo kantiano, pues se consideraba más afín con la filosofía de Leibniz y de Platón y sólo hablaba con respeto de Kant por la unción casi religiosa que le inspiraban todas las cuestiones de la filosofía", y basta de pruebas. El señor Acasuso, habiendo leído bastante, ha leído sin método y sin atención y apenas tiene información precisa de ninguno de los problemas filosóficos o científicos a que alude, ni de ninguna personalidad y su obra. ¿Qué duda cabe, sin embargo, en que todo esto, por erróneo que sea, revela también en el señor Acasuso un noble deseo de cultura amplia?

Análogamente, su estilo demuestra un loable afán de rehuir las formas trilladas del periodismo soso, buscando nuevos giros y nuevos términos; pero en esta tentativa de superación, el señor Acasuso pierde los estribos con gran facilidad y se hace casi todo él incomprensible o incorrecto en grado sumo. La frecuencia y la inoportunidad de sus incisos, en primer lugar, recargan inútilmente el período y traban el libre desarrollo de la frase, como puede verse en las líneas sobre la ontogenia que quedan transcriptas, donde, además, la sintaxis y la ortografía (las hemos copiado textualmente) no se encuentran ni con microscopio. Todo el libro se va leyendo como quien marcha por un camino riscoso: a tropezones, con necesidad de rodeos y con una gran fatiga final. Luego, las expresiones extravagantes abundan: "...expresión histérica de un porvenir lejano, dada su complicación intelectiva...", "...acontecimientos girantes a su alrededor", la "iteatralidad en las modernas corrientes del teatro", "el imparalelismo psicológico", la "situación penumbrosa", "psicologías aberrativas", "la sujectividad (sic) del silogismo individual", la "dinámica evolutiva", los "matices aberrativos", "exóticos retorismos", "esotérica y laberínticamente simbólica", "imaginación librescamente memorista", "expresiones formáticas", la "culminación palpitante es el punto coincidente con la genialidad", la "contagiabilidad peligrosa", "incoincidente con la servilidad de sus desatinos verbales"... ¿Es posible leer todas estas cosas sin sonreir?... Luego, todavía, el señor Acasuso se contradice en la misma oración o une dos miembros sin relación entre sí o sienta oposición donde no existe o repite en segundo término lo ya afirmado; ej.: "...afirma muy rara vez y no duda jamás", "tal vez esto, defecto o virtud, sea el único mérito indiscutible...", "Las más de las veces se equivoca, y acierta las menos", "Seremos gráficos, pero exactos", "la máxima culminación...". Por último (y no son más que un mínimo los defectos que señalamos), el autor, unas veces no conoce la significación de algunas palabras, y otras, ignora su ortografía; escribe "exceptico" por escéptico, "porque" por por qué, "desapercibido" por inadvertido, "apercibir" por percibir, "trepidar" por titubear, "sujectividad" por subjetividad, "anacrónica" por infiel ("si la memoria nuestra no es anacrónica"...), "innocua" por ineficaz, "urdimbrar" por urdir, "analgesia" por insensibilidad, "justeza" por justedad... Algo terrible, propio para restarle autoridad a cualquier crítico.—*José Gabriel.*

NUESTROS ÍDOLOS

por Mariano MACIA

Queredlas cual las hacéis.
o hacedlas cual las buscáis.'

Sor Juana Inés de la Cruz.

Resulta para muchos un tópico casi obligado el hablar de la mujer, como si de ella pudiera decirse más que del hombre. Y lo curioso es, que hasta las mismas mujeres, cuando escriben, se complacen más en hacer estudios femeninos que masculinos. Y lo peor del caso es que, tanto a ellos como a ellas les da por hacer de la mujer un como *enigma viviente.*

Y yo creo que con la misma indiferencia debe leerse a Schopenhauer anatematizándolo, que a Catalina bendiciéndola. Y casi me atrevo a decir que tanto Madame Stael, como Augusto Sebel, y como Mantegazza, diciendo lo inverso, vienen a probar lo mismo.

Tengo a la vista un artículo de autor anónimo quien, sintiéndose inspirado por el *eterno tema,* se deshace en elogios interminables de la *bella enemiga,* y con candidez de infante, se pregunta a sí mismo.

"¿Qué habré de decir yo? ¿Qué nuevo aporte podré llevar, que no complique más el escabroso asunto?"

"Preferible es callar, ya que no hay duda que la mujer, siempre discutida, cuanto más se cree penetrarla, descorriendo el velo de lo incognoscible, va resultando más misteriosa en ese su seguir impenetrable".

"Dígase lo que se diga, ¡loor a ella! por ella se lucha, se aspira, se vive, y se muere. Ella es principio y fin de la existencia. Ella es la causa de que haya habido otrora, y hayan siempre Otelos y Romeos."

"Ella, que lleva en su corazón la reliquia de todos los cariños y de todos los afectos. Ella, que es ternura, sabe ser heroica hasta el delirio por amor al delirio, por amor a la Humanidad, por esa Humanidad que representa y entroniza el hombre."

Esto que dice mi anónimo autor, y otras muchas cosas por el estilo, suelen decir también otros muchos con mayor o menor elocuencia, pero siempre con achaques de pecado de costumbre.

Parece como si el prurito de conocerla nos acicateara, e hiciera que quisiéramos sobresalir a los demás en nuestros juicios y en nuestras afirmaciones respecto de ella.

Quien, dándoselas de espadachín Tenoriesco y Despreocupado, se complace en remarcar sus defectos y en hacerla odiosa, cuando en el fondo, se muere por sus atractivos. Quien, con el desengaño todavía a ras del espíritu, describe, con rasgos apasionadísimos, las mil y una hechicerías de su indescifrable enigma. Quienes, más locos que Don Quijote con su Dulcinea, se complacen en ver sólo sublimidades donde palpan, hasta contra su voluntad, ruindades y pequeñeces. Y raro, rarísimo es quien, con sangre fría y sereno razonamiento, pretenda dilucidar el tema *mujeriego,* como debiera hacerlo todo hombre medianamente sensato.

La razón y el sentimiento deben hermanarse cuando se trate de la realización de un acto humano en su totalidad, nunca cuando sólo debemos limitarnos a la expresión de una idea.

Debiéramos prohibirnos siempre el mezclar el espíritu con la materia, tanto en nuestros juicios como en nuestros prejuicios. Precisamente de esa mezcla se originan los apasionamientos y la parcialidad en las apreciaciones. Juzgar a la mujer por lo que de ella se siente, es sencillamente *hablar de la feria según le ha ido en ella.*

Tengo a la vista dos libros de título eminentemente puesto. El uno se titula "Malditas sean las mujeres" y el otro "Benditas sean las mujeres". Por los títulos puede uno darse cuenta de las ideas desarrolladas en ellos por sus respectivos autores. ¿Cuál de los dos tiene razón? Ambos y ninguno. Tanto el que maldice a la mujer por todo lo bajo, como el que la bendice por todo lo alto, parte de un falso supuesto. Maldecir es vituperar, y bendecir es alabar. Y alabanzas y vituperios merecen las mujeres, y también los hombres, pero ni todos los hombres ni todas las mujeres. La generalización, en este como en cualquier otro tema, no es otra cosa que la prueba del absurdo. Al generalizar, atribuimos a todos los sujetos las condiciones de algunos tan solo, y sabido es, que lo que puede atribuirse a uno, puede repugnar esencialmente a otro. La mujer coqueta, por ejemplo, es la antítesis de la mujer gazmoña. La libre y descocada, de la tímida y llena de prejuicios. La bonita, de la fea. La ágil y esbelta, de la pesada e informe. Aquella que ha sido educada en un hogar honesto, y junto a una madre hacendosa y delicada, no se parecerá mucho a la que se haya criado poco menos que en el arroyo. La que desde jovencita se ha visto en la precisión de ganarse unos pesos en el taller, en la tienda, o en el escritorio, no puede tener la fina educación de la que no se ha movido del colegio hasta el momento de ser presentada en sociedad. La que halló en su camino zorros y gavilanes, no puede semejarse mucho a la que sólo hizo su vía cortando violetas, y persiguiendo mariposas... Y así de todas. Pues ¿para qué atribuir cualidades genéricas y únicas a ese ser al que a fuerza de idealizarlo se llega hasta a desrealizar? ¿Por qué hacer de ello un mito o una ficción, cuando no es más que simple realidad? ¿A qué, en una palabra, esas confusiones magnas y ese hablar insólito cuando de la mujer se trata?



...por ella se lucha, se aspira, se vive y se muere...

Si en algo necesitamos los hombres la serenidad, es precisamente en el juicio que *hemos de tener formado* de la mujer. Y digo que hemos de tener formado, porque creo que no son ni todos, ni siquiera muchos, los que de ella poseen un criterio sensato, y sobre todo, propio. Juzgamos a la mujer o por lo que leemos, o por lo que nos dicen, o por lo que vemos en apariencia, pero no por lo que es en realidad. Lo que leemos, como casi siempre es contradictorio, nos trastorna y desconcierta. Lo que nos dicen, como casi siempre es apasionado, nos equivoca y engaña. Y lo que vemos, como casi siempre es aparente y fingido, nos alucina y emboba. Y la mujer queda sin ser conocida, ni juzgada. ¿Culpa nuestra? ¿Culpa de ellas? Culpa de todos. Pues ni nosotros nos tomamos la debida molestia, consecuente para descifrar el enigma, ni ellas nos favorecen por su exceso de sinceridad, que casi nunca tienen. Mujeres sinceras, no abundan. La que no engaña en lo moral, lo hace en lo físico. Ellas entre sí suelen conocerse, pero nos lo ocultan a nosotros los hombres, pues o no les conviene, (nadie tira piedras al vecino, teniendo el techo de vidrio) o no tienen con nosotros la suficiente intimidad para ello. Los muchos desengaños de que tenemos noticia, suponen otros tantos anteriores engaños. ¡Es tan fácil y corriente el dejarse cegar por la pasión!... Y sobre todo para los que (y son los más) andan necesitados de cariño y de afecto femenino, que los trapitos, y el perfume, y los andares, y las languideces, y el mirar hondo, y los suspiros, y el paso breve, y todo cuanto es femenino, altera y desconcierta nuestros nervios y nuestra sensibilidad, y hace que circundemos a la mujer de una muy bien amada aureola, que a la par que a ella le transfigura y embellece, enceguece y trastorna nuestra mirada fría y serena.

"Queredlas cual las hacéis
o hacedlas cual las buscáis"...

Y eso lo ha dicho una mujer, como un solemne reproche hecho al hombre, quien, o baja de su pedestal para adorar a su ídolo, o lo encumbra y diviniza, poniéndose él mismo de pedestal.

Si quisiéramos a la mujer cual nosotros la hemos hecho, cual nosotros la hemos imaginado, cual en sueños divinos la hemos presentido y vislumbrado, sin duda alguna seríamos víctimas de un grave error. Y si la hacemos cual la buscamos, nos exponemos a hacerla como no es, ya que en esa búsqueda sentimental, juega más la ilusión que la realidad.

No hablo yo del hombre, quien o con su amor o con su desprecio ha hecho mala a una mujer. Este tal, si hombre fuera, debiera adorarla con el mismo fanatismo conque el idólatra adora a su ídolo; ni tampoco de quien busca en la mujer sólo un pasatiempo superficial y agradable, sin interesar ni su corazón ni su dignidad; sino de quienes, comprendiendo a la mujer como al complemento de su vida, y deseándola, y buscándola, como a compañera de su existencia, se llaman a error, o por vagas alucinaciones, o por falsos espejismos.

La mujer debe ser amada, respetada, adorada, si cabe la frase, pero con serenidad, con entusiasmo racional y sensato, surgido de la íntima convicción de su merecimiento, y nunca del pasajero ardor de los sentidos.

En vez de nuestros ídolos debieran ser nuestras diosas. Y la diferencia que existe religiosamente hablando, entre los ídolos y Dios, esa debiera existir entre el respeto y la veneración que comunmente suelen inspirarnos y el que debiéramos profesarles en realidad.

Como a diosa, no debiéramos permitirle ni adularle las pequeñeces de un idolillo, ni los caprichitos de muñequita de aserrín. Como a diosa, debiéramos también profesarle un culto especial, dentro de cuyos sagrados preceptos, fueran los más inviolables el respeto y la sinceridad. Respetarla siempre, y no engañarla nunca. Después tan sólo de una generación de mutuo respeto y de mutuo no engaño, la mujer habría totalmente cambiado de modo de ser, y la hallaríamos más cercana a nosotros, más interesada por interesarnos, y sobre todo, más apreciadora de los valores del *hombre,* y no del *vestido* o de la *plata* del mismo, que son un cero a la izquierda de su haber moral y hasta físico, y desaparecería de ellas esa superficialidad que las hace enamorarse de un mequetrefe Adonis y mirar con desdén a un mal trajeado *Varón* noble y sincero, que tiene la franqueza de no querer parecer lo que no es.

Gasolina perfumada.—*¿Será verdad tanta belleza? ¿Será posible que dentro de poco los automóviles vayan perfumando las calles por donde van con intolerable velocidad en lugar de ir despidiendo el insoportable olor en que nos envuelven?*

En Hyderabad, India, se pueden obtener un millón 125.000 litros de combustible para autos, destilando las flores de moura.

Estas flores son muy ricas en azúcar, y una tonelada de flores secas producen 400 litros de espíritu, de un aroma agradabilísimo.

Que sea barata y que esta especie de gasolina tenga mucha aceptación.

El último pueblo caballeresco

Las viejas virtudes antiguas, las prácticas caballerescas, habíanse refugiado en algunos rincones de la tierra, pero allí han ido y van los pueblos civilizados a terminar con ellas para siempre y dentro de poco no serán sino recuerdo en algunas páginas de literatura.



Una calle de Fez.

Así como Italia es arte; Francia, política y buen gusto; Inglaterra, industria, y América, "bluff", Marruecos era una fe religiosa, y esa fe que lo inspiraba todo, desde la ropa hasta la arquitectura, va a desaparecer. Europa la ha herido de muerte con su escepticismo. Los españoles, en sus luchas con los moros, acrecentaron la fe mahometana combatiéndola; los franceses, respetándola aparentemente, la asesinaron. Nuestra sonrisa de menosprecio está envenenando a este pueblo caballeroso y señor. ¡Qué lástima! ¡Qué lástima! Muerto Marruecos, ya no quedará en el mundo un sólo rincón inflamado por las virtudes antiguas. Es el último pueblo caballeresco, que agoniza. Cientos, miles de europeos como esos que las barcas arrojan sin descanso sobre los puertos marroquíes, van a sangrarlo, a llevarse su trigo, su oro, su petróleo, su plomo, y, lo que es peor, a darle en cambio tabernas, cafés cantantes, garitas y "cocottes". Al lado de las ciudades santas del Islam se están alzando urbes modernas. Las rutas trilladas por las caravanas sirven para los automóviles; las praderas infinitas se abren desgarradas por los rieles del tren. Ya hay moros que corren en bicicleta y otros que hacen fotografías, y viajan en tren y "auto", y beben vino y se visten a la europea. ¡Qué horror y profanación! Marruecos muere, se extingue resignadamente. Todavía queda mucho en pie tal como en el siglo XVIII. Fez, casi intacto, sahumado de oraciones por sus cien mezquitas; Rabat, lleno del bramido de sus mares y del recuerdo de sus piratas; Marrakech, como un alarido de fe bárbara; Meknés...

—Marruecos, visión de cal elegante y azul de cielo y de mar; florido de rosas gigantescas y rojas flores de púrpura; henchido del rumor de las olas y del viento, de cantos de almuédano y llanto de guzlas y flautas; bordado por el blando vuelo de las cigüeñas que van a reposar en las ruinas, muy viejas y muy morenas; ornado con la pompa de las higueras, extremecido por la belleza inquietante de esos ojos admirables, los más hermosos de la tierra, que relampaguean a través de los agujeros de una tapada o entre los arabescos de una celosía... agoniza.

Asistimos a la agonía de una fe, de una religión, de una raza que muere.

Fantasía

TIRSO DE MOLINA

por Leopoldo ALAS (Clarín)

QUEVEDO

El siglo tan desmedrado,
¿Para qué nos resucita?
¿Momias no tiene infinitas?
¿Qué harán las nuestras en él?

(Album, al Conde de San Luis).



Evaba sobre las blancas, heladas cumbres. Nieve en la nieve, silencio en el silencio. Moría el sol invisible, como padre que muere ausente. La belleza, el consuelo de aquellas soledades de los vericuetos pirenaicos se desvanecía, y quedaba el horror sublime de la noche sin luz, callada, yerta, terrible imitación de la nada primitiva.

En la ceniza de los espesos nubarrones que se agrupaban en deredor de los picachos, cual si fueran a buscar nido, albergue, se hizo de repente más densa la sombra; y si ojos de ser racional hubieran asistido a la tristeza de aquel fin de crepúsculo en lo "alto del puerto", hubieran vislumbrado en la cerrazón formas humanas, que parecían caprichos de la niebla al desgarrarse en las aristas de las peñas, recortadas algunas como alas de murciélago, como el ferreruelo negro de Mefistófeles.

En vez de ir deformándose, desvaneciéndose, aquellos contornos de figura humana, se fueron condensando, haciendo reales por el dibujo; y si primero parecían prerrafaélicos, llegaron a ser después dignos de Velázquez. Cuando la obscuridad, que aumentaba como ávida fermentación, volvió a borrar las líneas, ya fué inútil para el misterio, porque la realidad se impuso con una voz, vencedora de las tinieblas: misión eterna del Verbo.

—Hemos caído de pie, pero no con fortuna. Creo que hemos equivocado el planeta. Esto no es la Tierra.

—Yo os demostraré, Quevedo, con Aristóteles en la mano, que en la Tierra, y en tierra de España estamos.

—¿Ahí tenéis al Peripato y no lo decíais? Y en la mano; dádmelo a mí para calentarme los pies metiéndolos en su cabeza, olla de silogismos.

—No os burléis del filósofo maestro de maestros.

—¡Ah, señor Cano, como estos vericuetos, ah, señor Nieves, y qué atrasadilla me parece su teología, ahora que he viajado tanto por otros mundos altos!

—No habléis de eso, y busquemos dónde cenar.

—¡Ah, Tirso; ah, fraile! Como vuestro clerigón, ¿no llamaréis a Dios bueno hasta que cenéis? Cenad "ex nihilo", porque otra cosa no hay por aquí a lo que no veo.

—Señores, sin ser yo tan ilustre lógico cual esta gloria de Trento, ni menos teólogo, como no sea en verso, creo que antes de la cena que no es idea simple, que no es categoría, debemos pensar en el sitio, en el lugar, que sí es categoría. Porque yo, por ahora, dudo que estemos en parte alguna. Y donde no hay espacio, no hay cena.

—Pero hay frío, señor Calderón.

—Bien dice Lope. Procuremos orientarnos. Es decir, oriente ahora no se puede buscar, pero según lo que yo pude colegir cuando caímos, ya cerca de este globo, a la luz del sol y antes de penetrar en las nubes de nieve, dentro de España estamos, y sobre altísimas montañas, y del mar no muy lejos; de modo que éstos deben ser los Pirineos, y acaso los de mi tierra, porque yo, señores míos, siento un no sé qué de bienestar de que no me hablan vuestras mercedes.

—Natural me parece, insigne Jovellanos, que seáis vos, de tiempos de mejor brújula que los nuestros, quien nos deja barruntar en dónde estamos. Pero yo daría mi "Buscón" por una buscona que me hiciese topar ahora, no con la madre Venus, sino con su digno esposo Vulcano, para que me fabricase una cama donde dormir, menos fría que este suelo.

—Señores, yo vuelvo a mi Aristóteles, y digo...

—Teólogo, tenéis razón; seamos peripatéticos, discurramos con los pies, y a ver si a fuerza de discurrir probamos algo... algo caliente.

Una voz nueva resonó entonces en aquellas soledades como suave música, y era la de fray Luis de León, también expedicionario, que decía:

—Amigos queridos, esta noche más ha de ser de penitencia, de ayuno, que de hartazgo; porque, si he de hablar con franqueza, nuestra vuelta al mundo terrenal más me parece castigo que otra cosa. Pecamos, pecamos; pequé yo a lo menos, —si en buena teología esto no se puede llamar pecado, llámelo don Melchor como quiera o convenga;— pequé, digo, deseando lo que en soledades de mi dicha, de allá arriba, nunca creí que se podría desear. ¡Ay, sí! El engaño, como siempre. El desengaño, igual. En esta tierra obscura, sepultada en noche y en olvido, ¿qué me había quedado a mí? Si vivía en la alma región luciente, ¿a qué querer, como quise, saber algo de la mísera Tierra? Fué vanidad, sin duda. Movióme el apetito de saber si aquella larva que yo por acá había dejado, y que el mundo llamó mi gloria, se había desvanecido, cual mis despojos, o algo había quedado de ella, aunque no fuera más que un soplo que fuese callado por la montaña...



—¡Ay, señor fray Luis de León!—interrumpió Lope—a todos creo yo que nos escuece el mismo remordimiento. Yo, que al morir dije, según cuentan, pues yo no me acuerdo, que daría todas mis comedias, que eran humo, por un poco de gracia al entregar el alma a Dios, ahora me veo aquí "desterrado" del cielo, si así puedo decirlo, por la pícara vanidad de oler si algo todavía se dice por el mundo del montón infinito de mis coplas.

Todos fueron confesando pecado semejante. A todos aquellos ilustres varones les había picado la mosca venenosa de la vanagloria cuando gozaban la gloria no vana, y habían deseado saber algo de su renombre en la Tierra. ¿Se acordarían de ellos aquí abajo? Y el castigo había sido dejarlos caer, juntos, en montón, de las divinas alturas, sobre aquella nieve, en aquellos picachos, rodeados de la noche, padeciendo hambre y frío.

Como pudieron, de mala manera, empezaron a caminar sobre la nieve, procurando descender, por si encontraban más abajo rastro de senda que los guiara a vivienda humana, o por lo menos a lugar menos desapacible donde aguardar el día y aguantar el hambre. Porque es de advertir que aquellos "desterrados" del cielo, en cuanto pisaron tierra volvieron a sentir todas las necesidades propias de los que andamos vivos por estos valles de lágrimas.

Jovellanos, por varios signos topográficos, y más por revelaciones del corazón, insistía en su idea de que estaban sobre alguna montaña de Asturias. Los otros llegaron a creerle, y como práctico le tomaron, y detrás de él marchaban dejándole guiar la milagrosa caravana por las palpables tinieblas adelante.

—Para mí, señores, estamos en alguno de los puertos que separan a León de mi tierra.

—Pues entonces, a fe de Quevedo, que ya sé quién nos va a dar posada. El oso de Favila.

—Ese no; pero otros no deben de andar lejos.

Notó Lope que el terreno que había llegado a pisar apenas tenía ligera capa de nieve y era llano.

—¡No tan llano, por Cristo!—gritó Quevedo, que dió un tropezón y tuvo que tocar la blanca alfombra con las manos. Sintió al tacto cosa dura y que ofrecía una superficie convexa y pulida.

—Señores—exclamó—aquí hay trampa; con los pies tropecé en una barra, y entre los dedos tengo otra.

Agachóse Jovellanos, y tras él los demás, y notaron que bajo la nieve se alargaban dos varas duras como el hierro, paralelas...

—Esto ha de ser un camino—dijo don Gaspar—¡tal vez los modernos atraviesan estas montañas de modo que a nosotros nos parecería milagroso si lo viéramos... Yo tengo escrito un viaje que llamo de "Madrid a Gijón", y en él expreso el deseo de que algún día...

—¡Jesús nos valga!...—interrumpió Calderón;—entramos en un antro, en una cárcel... aquí toco una pared fría que chorrea... y aquí otra pared...

—Entramos, por lo visto, en la cueva de un oso. Ya tenemos posada. Dios nos libre del huésped...

Interrumpió a Quevedo y pasmó a todos un quejido terrible, intenso, que sonó lejos; un silbido ensordecedor y poderoso, de monstruo desconocido... Y de repente vieron a gran distancia un punto rojo de luz, que se acercaba; y oyeron estrépito de cadenas y mil infernales choques de hierro contra hierro, bramidos horrísonos. Un monstruo inmenso, negro, que se les echaba encima para devorarlos, les hizo, con el terror, caer en tierra. Todos se pegaron, cuan largos eran, a la fría pared, que sudaba una asquerosa humedad. Los más cerraron los ojos; pero algunos, como fray Luis de León y Jovellanos, tuvieron ánimo para contemplar el peligro, y vieron pasar, como un relámpago, inmenso dragón negro, vomitando ascuas, rodeado de humo...

—No hemos caído en la Tierra, sino en el infierno—dijo Quevedo cuando todos estuvieron en pie, algo menos asustados, si no tranquilos.

—Salgamos de esta cueva maldita, si podemos—propuso Tirso.

—Volvamos sobre nuestros pasos...

—Sí, una honrosa retirada.

(Continúa en la siguiente página.)

Tirso de Molina

(Continuación de la página anterior)

Salieron como pudieron de la cueva, antro o lo que fuese; y no teniendo en las tinieblas modo de orientarse mejor, procuraron seguir la dirección que señalaban aquellas barras de hierro que de vez en cuando sentían bajo los pies.

—Esto es un camino, señores; no me cabe duda—dijo el autor del "Informe sobre la ley Agraria".

—Un camino infernal.

—Sí, don Francisco; un camino de hierro, pues hierro es esto que pisamos.

—Bien; pero cosa del diablo. ¿Cómo creéis que estemos en la Tierra? ¿Cría la Tierra monstruos como ese de fuego que por poco nos aplasta?

—¿Quién sabe—dijo fray Luis—si los pecados de los hombres han convertido el mundo en mansión de terribles fieras traídas del Averno?

—¡Y aquí venimos a buscar gloria mundana! ¡Y pensábamos que en la Tierra quedaría memoria de nosotros, y la Tierra es vivienda de sierpes y vestiglos! ¡Oh! ¿Quién nos sacará de aquí?

—Sigamos, sigámos—dijo Tirso.

—Señores, atención—exclamó Lope, que iba delante con Jovellanos.—O el miedo me hace ver las estrellas, o una brilla enfrente de nosotros.

—¿Estrella terrestre? Llámese candil.

—Sí—dijo Tirso;—allí una luz verde... y más abajo, ¿no ven ustedes otra rojiza?...

—Sí, y ésta parece que se mueve...

—¡Ya lo creo! Hacia nosotros viene... ¿Qué hacemos?

—Señores, a fe de Quevedo, que me canso de ser cobarde; yo de aquí no me muevo; venga lo que viniere, más puede en mí el ansia de saber qué mundo es éste y qué monstruos nos asustan, que el amor al pellejo...

Nadie quiso ser menos valiente, y todos, a pie quieto, esperaron el terrible peligro desconocido que se acercaba.

La luz, cerca del suelo, avanzaba, avanzaba... De repente, un silbido estridente hizo temblar el aire; cien ecos de los montes repitieron como un coro de quejidos prolongados el melancólico estrépito... Aunque la obscuridad era tanta, pudieron nuestros héroes distinguir entre la nieve una masa negra que con marcha lenta y uniforme a ellos se acercaba.

Nadie se echó a tierra, nadie tembló, nadie cerró los ojos. Como inmenso gusano de luz, el monstruo tenía bajo la panza bastante claridad para que por ella se pudiera distinguir la extraña figura. Era un terrible unicornio, que por el cuerpo negro arrojaba chispas y una columna de humo. Montado sobre el lomo de hierro llevaba un diablo, cuya cara negra pudieron vislumbrar a la luz de un farolillo con que el tal demonio parecía estar mirándole las pulgas a su cabalgadura infernal...

Pasó la visión espantosa rozando casi con los asombrados inmortales, que, para no ser atropellados, tuvieron que retroceder un paso...

Quevedo, decidido a ser quien era, y Jovellanos con ansia infinita de saber algo nuevo e inaudito, miraron con atención firme, cara a cara, el endriago que se les echaba encima, y los dos a un tiempo, en alta voz, sin darse cuenta de lo que hacían, exclamaron:

—"¡Tirso de Molina!"

—Presente—dijo el fraile.

—No es eso—exclamó el autor del "Buscón".—Es que en el lomo de ese monstruo de hierro que acaba de pasar, a la luz del farolillo de aquel diablo, he leído en letras de oro... eso: "Tirso de Molina".

—¿Mi nombre?

—Sí—dijo don Gaspar.—Tirso de Molina; en letras doradas, grandes. Yo lo leí también.

—¿Y qué debemos pensar?—preguntó Cano.

—Nada bueno—dijo Lope.

—Nada malo—dijo Quevedo.

En aquel momento, el monstruo, que se llamaba como el maestro Téllez, retrocedía deteniéndose pacífico, humilde, sin ruido, cerca de los pasmados huéspedes celestiales. "Tirso de Molina", leyeron todos en el costado del supuesto vestiglo. Un hombre cubierto con un capote pardo, alumbrándose con una linterna, pasó cerca, y se detuvo a inspeccionar el raro artefacto, que por tal lo empezó a tener Jovellanos, adivinando algo de lo que era.

—Señores—dijo el desconocido en buen castellano, al notar que varios caballeros, entre ellos clérigos, y frailes algunos por lo visto, rodeaban la máquina;—señores, al tren, que aquí se para muy poco.

—¿Al tren? ¿Y qué es eso?—preguntó Quevedo.

—Pero, ¿dónde estamos?—dijo don Gaspar.

—¿Pues no lo han oído? En Pajares.

Mediaron explicaciones. El mozo de estación creyó que se las había con locos, y los dejó en la obscuridad; pero Jovellanos fué atando cabos, y, sobre poco más o menos, aquellos ilustres varones supieron de qué se trataba.

Estaban en la Tierra; los hombres atravesaban las montañas en máquinas rapidísimas, movidas por el fuego, ¡y esas máquinas se llamaban... como ellos! Aquella, "Tirso de Molina"; otras, de fijo, se llamarían Jovellanos, Quevedo, Cervantes... como los demás hijos ilustres de España.

—Señores—dijo don Gaspar,—ya lo veis; el mundo no está perdido, ni vosotros olvidados. Ilustre poeta mercenario, ¿qué dice vuestra merced de esto? ¿Sábele tan mal que a este portento de la ciencia y de la industria le hayan puesto los hombres de este siglo el seudónimo glorioso de Tirso de Molina?

Sonrió Tirso, y con toda sinceridad se declaró satisfecho al encontrarse con tal tocayo.

—Verdad es que no lo siento. Pero a mal mundo hemos venido si queríamos para siempre curarnos de vanidades.

—¡Oh, quién sabe, quién sabe! Acaso no lo sean—advirtió don Gaspar.—La gloria que da el mundo no es gloria; pero agradecer el recuerdo, el cariño de los míseros mortales, acaso no sea indigno de los bienaventurados.

LA CARICATURA EN EL EXTRANJERO

MONUMENTO A LOS HÉROES



El muerto es recordado, pero el vivo olvidado.

ENTRE GALLOS



—A mí me echarán al puchero después de carnavales, ¡dichoso tú que eres de barro!...
—Sí... pero de barro cocido.

ACADEMIA DE BAILE



—¿Y ustedes no bailan, muchachos?
—No; a nosotros nos han hecho bailar demasiado.

LOS PANTALONES DE HIERRO, por H. M. Bateman



De *Punch*, *The Tatler* y *L'Esquella de la Torratxa*.

SABROSA COMO LA MIEL.

Antes de conocerse la caña de azúcar, hace unos 300 años, lo único "dulce" que el hombre poseía era realmente la miel, libada por las industriosas abejas en los cálices de las flores. Durante muchos siglos, la miel ha simbolizado lo sano y agradable al paladar. Las gentes dicen que nuestro remedio es tan sabroso como la miel. Así es en efecto. ¡Qué contraste con la mayoría de las medicinas, muchas de las cuales son tan nauseabundas que las personas de gustos refinados no pueden soportarlas, prefiriendo sufrir antes que asquearse y enfermarse a causa de ellas! Y tienen razón, porque tanto las medicinas como los alimentos, para ser beneficiosos, deben sentar bien a la persona que los usa. La **PREPARACION de WAMPOLE** al mismo tiempo que es agradable al paladar, no por ello deja de ser un antídoto poderoso contra el mal; no se ha prescindido de una sola de sus facultades curativas. Es tan sabrosa como la miel y contiene los principios nutritivos y curativos del Aceite de Hígado de Bacalao Puro, que extraemos de los hígados frescos del bacalao, combinados con Jarabe de Hipofosfitos Compuesto y Extracto Flúido de Cerezo Silvestre, lo que forma un remedio distinto de todos los otros, éficaz desde la primera dosis, y tan agradable al paladar que las personas de gustos más difíciles dicen: "Es tan sabrosa como la miel." Sí, y como remedio es mil veces mejor que la miel. Debe usarse en los casos de Anemia, Debilidad General, Bronquitis, Tisis y se quedará seguramente satisfecho. El Sr. Dr. M. P. Depetris, de Buenos Aires, dice: "Certifico haber usado la Preparación de Wampole, con excelentes resultados, en las afecciones crónicas del aparato pulmonar y como tónico en la convalecencia de enfermedades agudas." Es el "dulce" favorito de los inválidos. En las Boticas.

LA VENGANZA FRUCTUOSA
Y UNA FEA PRESUNTUOSA



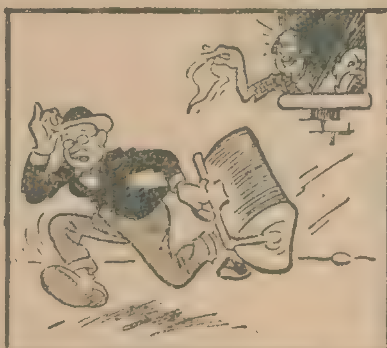
Por querer vivir de balde
desalojan a Albayalde.



Contra la casera avara
una venganza prepara.



Deja un cuadro, a más del clavo.
que hace temblar al más bravo.



Por eso el nuevo inquilino
corre al verlo cual equino.



Un día ve Pancha Urso
que en un baile hay un concurso.



Con ingenio y de esta traza
ella su fealdad disfraza.



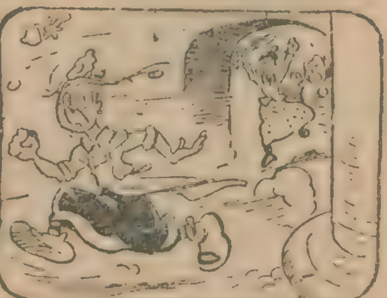
A su beldad rinde honor
el mismo gobernador.



Uno que ve su belleza
pierde el pobre la cabeza.



Recibiendo luego un susto
al ver que le rompe el busto.



Y sale del teatro Pancha
como quien juega a la "mancha".

COMEDIA VULGAR

por E. MÉNDEZ CALZADA

Presonajes: El viejo "de siempre".—Los estudiantes.—Los enamorados.—El guardián. — La niñera.—Meneca y Tito.

(Jardín público.—Atardece.)

EL VIEJO

(Llega caminando pausadamente, trabajosamente, apoyándose en el bastón. Se dirige al banco en que se sienta siempre. Al ver que está ocupado por los estudiantes, se irrita). ¡Vaya! Ya me han quitado el sitio. ¡Idiotas! ¡Más que idiotas! ¿Qué se habrán creído esos mequetrefes?... En fin, paciencia. Será cosa de buscar otro banco. Ya hacía años que no me sentaba en otro, y le había tomado cariño. Debilidades de viejo. Bueno, es que, también, es el mejor banco del parque. Sitio alto, abrigado del viento por ese grupo de acacias, y luego, al lado de esa hermosa "Araucaria imbricata", que le resguarda a uno del sol... Nada, nada: el mejor banco del parque. ¿Qué mastuerzos serán esos? (Se acomoda los anteojos). Parece que están leyendo. Estudiantes han de ser. ¡Estudiad, estudiad, alcornoques!... Valientes tontos, estudiando, y con este día. Después de todo, no se para qué sirve el estudiar. "Quien añade ciencia, añade dolor": el que dijo eso, fué un sabio. Pero la verdad es que cuando yo era joven, tenía también la fiebre de estudiar. Todo lo quería saber, y ahora quisiera olvidarlo todo. La gran ciencia está en pasar lo mejor que se pueda los cuatro días que uno vive. Creo que un tal Epicuro pensaba así, y, en mi modesta opinión, fué uno de los pocos hombres de talento que hubo en el mundo. (Encuentra un banco, sobre el cual proyectan su mezquina sombra las ramas de un árbol. Se sienta). ¡Los libros! Necedades y más necedades... Bueno, este banquito no es del todo malo... No es como "el mío", pero, en fin, se puede estar aquí... (Despliega un periódico que lleva en el bolsillo). A ver qué sucede en la bola de barro llamada mundo... A ver qué dicen estos idiotas... (Se enfrasca en la lectura de los 500 gramos de papel impreso).

LOS ENAMORADOS

(Llegan asidos de la mano, caminando lenta, muy lentamente. El le señala a ella un banco próximo.)

El.—Amorcito, ¿quieres que nos sentemos allí?

Ella.—(Joven, rubia, esbelta, sonriente; una gran sonrisa ella misma). Lo que tú quieras, eso quiero yo. Sentémonos.

(Se sientan ambos, muy juntos. Hablan animadamente, unidas las manos, fijos los ojos en los ojos, como si se quisieran mirar el alma. Nada oyen, ni ven a su alrededor.)

EL VIEJO

(Suspende un momento la lectura, y ve a los amantes.)

¡Hombre, hombre! ¡Una pareja de enamorados!... Ta, ta, ta, ta. Esto sí que está bueno. Años y años que vengo a este parque, y



siempre una nueva pareja. No sé de dónde diablos salen tantos estúpidos... ¿Qué se estarán diciendo esos pazguatos?... Como si lo oyera: "¿Me querrás siempre, amor mío?" "¡Oh, sí, hasta la eternidad!"... ¡Idiotas, más que idiotas! "Siempre", y no saben lo que significa esa palabra. "Hasta la eternidad", y dentro de quince días, ella con otro y él con otra, diciéndose la misma tontería: "¡Siempre, siempre te querré!"... La credulidad humana no tiene límites. En estas cosas de amor, quien mejor entendió el asunto fué el viejo Schopenhauer. Era un sabio en toda la extensión de la palabra... Pero ¡fíjense en ese par de infelices! Tan juntos, que parece que van a comerse... ¡Qué zonzos, Señor, qué zonzos!... Volvamos al diario, otra tontería. Pero, en fin, está visto que sin hacer alguna tontería, no podríamos vivir. La vida ya es una tontería. (Lee).

LA NIÑERA Y EL GUARDIÁN

La niñera.—Diga, guardián: la nena quiere una flor. ¿No me permite tomar una flor para la nenita?

El guardián.—A usted le permito yo tomar hasta mi existencia. ¡Encanto! ¡Preciosidad!

La niñera.—¡Qué amable!

El guardián.—¿Amable? Enamorado es lo que estoy de esa cara que es un pedazo de cielo...

La niñera.—¡Eh, diga, no exagere!

El guardián.—(Galante). Oiga usted,... y disculpe. ¿No querría que uniésemos nuestros corazones en el ara del amor?

La niñera.—(¡Qué guardián tan culto! Habla como los "niños"...) Eso depende de usted. Según sea su comportamiento...

El guardián.—¿Yo? Seré el más sumiso de los fámulos.

La niñera.—Siendo así...

(El coloquio se hace más íntimo. De lo que fué un guardián severo, no queda más que el uniforme.)

EL VIEJO

(Levanta la vista del diario. Ve el grupo de la niñera y el guardián.)

¡Calle! ¿También esos? ¡Pero, Señor, es intolerable!... (Viendo al guardián ofrecer flores a la nenita). Hermoso asunto para un cuadro mitológico: Cupido sobornando a la autoridad. ¡Intolerable, intolerable!... (Torna a leer).

MENECA Y TITO

Meneca.—¿Jugamos a los casados?

Tito.—Bueno.

Meneca.—Yo era la mamá y vos eras el papá y después vos me retabas...

Tito.—Yo ¿tenía que retarte?

Meneca.—Sí, zonzo, como hacen los papás.

Tito.—Y vos, ¿qué hacías?

Meneca.—Yo lloraba y te pedía perdón y vos me perdonabas.

Tito.—¿Y después?

Meneca.—Después nos abrazábamos.

Tito.—¿Y más después?

Meneca.—Mas después... me volvías a retar.

EL VIEJO

(Viendo a los chicos.)

¡Hola! ¿Los chiquilines también? ¡Hombre, es lo que faltaba! Lindo, muy lindo. Creo que fué un señor Dumas quien dijo que los niños son las únicas personas inteligentes; pero hoy, ni eso se puede ya decir.

¡Vea usted, vea usted!

(Se levanta).

Me voy. El mundo está inhabitable.

Ilust. de Hohmann.





Ostentando la adusta fisonomía de un gran emplazamiento de guerra, Portugal se aduerme frente a la inmensidad del Atlántico, como si añorara el glorioso esplendor de su pasada grandeza. Cuna de insignes navegantes e intrépidos descubridores, dijérase que la patria de Camoens aguarda en silencio el turno histórico para lanzarse nuevamente a la realización de memorables empresas.

Entretanto la dulce Lusitania de los romanos fecundada por caudalosos ríos y pródigamente dotada de encantos naturales, disfruta el privilegio de dos primaveras al año, maravilla que le convierte en florido vergel donde entre un aluvión de rosas, claveles, hortensias y magnolias, descuella la notable belleza facial de sus hijas, hábilmente lograda con el uso constante del **Polvo Graseoso Leichner.**

* * *

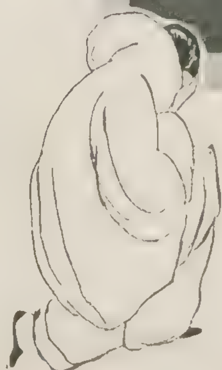
NOTA. — Todas las señoras consumidoras del **Polvo Graseoso Leichner**, pueden recibir gratuitamente "El Eco de la Moda", revista ilustrada de arte, elegancia y distinción en el vestir, si la solicitan al señor Gerente de la Agencia de Publicidad Cenit, calle Guardia Vieja, 4439, Buenos Aires, acompañando al pedido la mitad de la estampilla fiscal, donde aparece el nombre **Polvo Graseoso Leichner**, que lleva adherida cada caja de este artículo.

Portugal

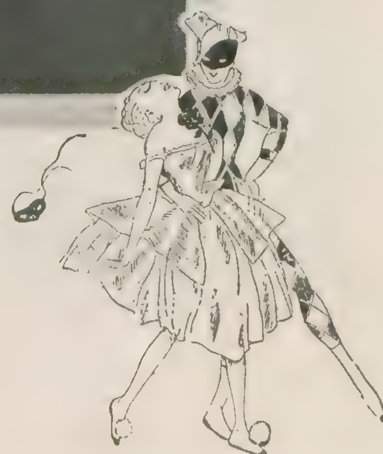
Actualidades gráficas

CARNAVAL





La eterna historia:
Arlequín y Colombina



NUESTRO GRAN MUNDO

Señorita Josefina Madariaga.



Señorita Mercedes de Alvear Elortondo.



Señorita María Ignacia Moreno Hueyo.

Fots. Witcomb y Frans van Riel.

NOTA CARNAVALESCA



Alegre rincón en un baile carnavalesco.

Fot. Cabada.

EL VERANEO EN CACHEUTA



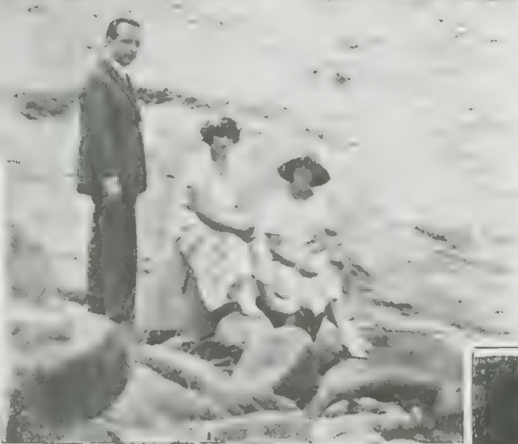
Dos simpáticas y alegres veraneantes.





Una amena distracción.





Señoritas de Lanza y Carbonell, y el doctor Bianchi.





La señora de Pichetto, a la orilla de un caudaloso arroyo.



Señorita de Jordán.



Niños de Rocca.



La familia del ingeniero Tobal.



Señorita de Luque con su señor padre.



En la hora del té.

Fots. Arata.

LAS QUE NO NECESITAN VERANEAR...

Aspectos marplatenses

Se sobreentiende y hasta por sabido se calla, que el veraneo equivale a reposo y los tres meses de la canícula se destinan a recuperar las fuerzas o los kilos perdidos en el trajín de las diarias tareas; resulta explicable así que todo aquel que puede corra a tenderse a la orilla del mar y aquí, en la muda contemplación de las bañistas, acariciado por malos pensamientos, engorde contento.

Cuentan las crónicas de los viejos concurrentes a Mar del Plata, que el bienestar de esta plácida existencia ha producido los efectos deseados por los que vinieron en busca de un fortificante para sus nervios gastados.

Y se ha hecho fama desde los tiempos en que don Patricio Peralta Ramos fundara Mar del Plata, que la bondad del clima ha sido el mejor aliciente para el desarrollo del balneario.

La mayoría de las damas y niñas que aquí veranean no se ocupan de estos detalles y sólo vienen atraídas por el cascabeleo de la vida mundana,



















sin tiempo para darse cuenta observan al final de la estación que han aumentado algunos kilos, con grave perjuicio para la silueta. En Mar del Plata abundan las que no necesitan veranear; pasean por la rambla, juegan al golf, se bañan largas horas para debilitarse y... por la tarde trepan como pueden a las "canastitas" que se alquilan por horas y las rompen sin piedad.

Alguien ha hecho creer a las gordas que el baño de mar adelgaza y no es extraño ver a muchas de ellas convertidas en soberbios ballenatos, soportando con admirable estoicismo las violentas "cachetadas" de las olas. Pero salen de ahí, se van al Bristol, devoran un kilo de camarones, una extraordinaria "entrecôte", media docena de huevos revueltos con tomates y ¡adiós, debilidad. Luego el aire de Mar del Plata engorda con sólo aspirarlo y se narran leyendas de algunos flacos célebres, que llegaron más tarde a formar parte de la sociedad de los cien kilos.

Entre estos ejemplos, se menciona el caso del subprefecto de la localidad, don Juan Carlos Barla, que hace algunos años llegó al balneario por prescripción médica; pesaba entonces 48 kilos.

Hoy, cuando pasea por la Rambla acompañado de don Felipe Pereyra Lucena, crujen los cimientos y la gente les abre paso, como si se tratara de esas enormes figuras que utilizan como réclame algunas marcas de cigarrillos...

Las "gorditas" que le mando y que forman un lote homogéneo, son, en mi concepto, una de las razones que han de pesar para que los futuros directores de los movimientos proletarios hablen de las injusticias sociales.

Estas gordas debían ceder su puesto a tanta chica anémica como anda por Florida, para establecer de una vez por todas la ansiada igualdad.

Tal es el concepto de esta nota que le envío y de otras que irán yendo a medida que anote en mi carnet los diferentes aspectos de este balneario convertido ahora en un inmenso escaparate de vanidades.

Rolando DURANDAL.

EL CARNAVAL DE BUENOS AIRES EN LOS COSOS, SALONES Y PASEOS



Aldeana meridional y fantasía morisca.



El baile del "Club Social Eslava", en el teatro Florida.



Un carruaje en el coso de la Avenida



Señoritas de Pérez Millán, Cabrera, Sucal y Rodríguez Falcón, en el coso de Belgrano.

Una manola de tres años escasos.





Aspecto de la concurrencia en el baile de máscaras del Casal Catalá.



Un Pierrot y una Colombina más.



Dama antigua.



Un palco del coso Avenida, magníficamente adornado.



Baile de disfraz dado a beneficio del Hospital Meléndez en el hotel de "Las Delicias", de Adrogué.



Señoritas Erenchún Martínez, Pedemonte y Tolkenand en un palco del coso de Flores.

Fots. Cabada y Louzan.

NOTAS DE LA CAPITAL, PROVINCIAS Y DE MONTEVIDEO

Capital. — La llegada del aviador Hearne



El aviador Hearne, rodeado de un grupo de amigos y admiradores, momentos después de haber aterrizado en el Palomar.





Llevando en andas al valiente aviador cuyo "raid" de Río de Janeiro a Buenos Aires constituye un título de gloria para la aviación argentina.

Montevideo



Maestras que asistieron a la conferencia dada por el doctor Schiafino en el Museo Pedagógico.

Tucumán



Alumnas egresadas de la academia "Buenos Aires", con sus profesores.

Tres Arroyos



La maestra, señorita María Marchino, y niños que tomaron parte en la velada efectuada en el teatro Español, pro manualidades de la escuela núm. 1.

Fots. Cabada, Adami, Martín y Morilla.

EN LA PLAYA DE LOS POCITOS

Montevideo



Vista general de la concurrida playa montevideana a la hora del baño



Una pequeña bañista pensándolo mucho antes de decidirse por la inmersión.



Sección crónicas y comentarios



Entregándose a la vida natural recomendada por sociólogos, filósofos y santos.



Felicitaciones por la bonita elección del traje.

Fots. Adami.

LA FOTOGRAFÍA ARTÍSTICA







Reflejos

Fot. E. Audretch.



Paisaje de la costa oriental.

Fot. Caivet.



Noche de luna en el puerto de Santa Fe.

Fot. J. M. Colli.

LAS ACTRICES BONITAS



Mary Pickford popularísima y celebrada estrella de cine.



Tres poses de Adele Rolland, intérprete del arte mudo



Betty Blythe, bella artista del film.

EL CHIC FEMENINO



Rico vestido para saraos

Bonito modelo de duvetina y abrigo del mismo género color vino.





Sombrero de felpa de seda marrón



Sombrero de terciopelo verde adornado con encajes al estilo magyar.



Vestido de hilo blanco con finisimos adornos de broderie.



Elegante creación de Chéruit.



Bonito y sencillo vestido de hilo, creado por Poret.



Una famosa actriz Londinense

revela algunos de sus recursos de toilette, a los que debe la ponderada belleza de su cutis

Una de las propiedades peculiares del oxígeno es la de destruir toda la materia gastada que, expelida por el organismo se acumula en el exterior. Los cutis descoloridos, ajados y marchitos, sólo son acumulaciones de materia muerta, adheridas fuertemente a la epidermis. La manera más fácil de extirparlas, sin afectar en lo más mínimo los tejidos sanos, es aplicándoles oxígeno, empleando cera pura mercolizada, tal cual puede obtenerse en cualquier farmacia. Se extiende bien por el rostro y cuello, lo mismo que si fuera cold-cream, por varias noches consecutivas, quitándola por las mañanas, lavándose con un poco de agua tibia. La cera mercolizada en contacto con el cutis lo satura de oxígeno y éste provoca el rápido y total desprendimiento de toda la materia gastada desfigurante. Este tratamiento, que nunca puede ser nocivo, produce en el rostro una gratísima sensación de frescura, al par que alimenta beneficiosamente el cutis.

* * *

Hay muchas señoras que ostentan un fino y molesto vello que afea su cutis. Desaparecerá con rapidez si se le aplica directamente porlac común.

* * *

Asimismo, para eliminar barrillos grasientos y porosos, basta un poco de agua estimolizada. Una tableta de stymol, disuelta en un vaso de agua, es suficiente para librarse de estas fealdades.

* * *

Estas tres sencillas substancias pueden adquirirse en cualquier buena farmacia o perfumería.

UN DOCUMENTO ANTROPOLÓGICO

Es el de que nos ocupamos aquí un interesante documento antropológico, y aunque su descubrimiento data de varios años, no son muchos, aparte antropólogos y hombres de ciencia, los que lo conocen.

Dos sacerdotes franceses, los señores Bouyssonie y Bardon, encontraron hace años, cerca del pueblo de la Chapelle-aux-Saintes, y en terreno cuaternario, restos humanos consistentes en un cráneo, algunas vértebras y parte de las extremidades. Estaban dentro de una gruta y depositados en una fosa cuadrangular poco profunda. Los miembros se hallaban replegados sobre sí mismos, y el cráneo fraccionado en numerosos pedazos, doscientos cincuenta y seis. El profesor Boule necesitó más de cuatro meses para reconstruirlo. Estos huesos, que el Museo de Historia Natural de París adquirió por 15.000 francos, constituyen, por su naturaleza, un documento de inestimable valor.

Hace ya mucho tiempo que una calota craneana, también cuaternaria, encontrada en Neanderthal, era considerada como la representación del más antiguo habitante humano conocido en Europa.

Este cráneo ofrece una cavidad muy reducida en comparación con las demás razas humanas, vivientes o fósiles, aunque muy superior, sin embargo, a la de los cráneos de los monos superiores, lo suficiente para que por ningún concepto pudiera ser atribuída a una nueva especie de estos últimos.

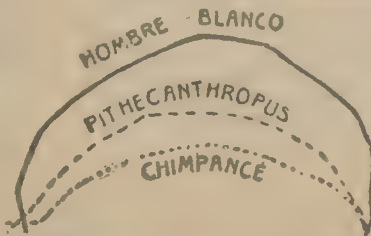
Dicha circunstancia, sin embargo, daba pie para que ciertos espíritus empeñados, no sé por qué, en rebajar la antigüedad del hombre (hecho que nada significa en favor ni en contra de ninguna religión de Europa), se negaran a reconocer la calota en cuestión como espécimen de un tipo normal. Para ellos representaba un caso patológico: era el cráneo de un idiota.

Mas la bóveda craneana de la Chapelle-aux Saintes ofrece los mismos caracteres que la de Neanderthal; y, como ya no es posible admitir tanta idiotez, no hay más remedio que reconocer los dos cráneos como tipos normales de una raza que, en aquellos apartados tiempos habitaba la hoy civilizada Europa.

La conservación de las extremidades avalora infinito el hallazgo. Del exámen de éstas y fundándose en la inexorable correlación entre la función y el órgano, se ha deducido que aunque con un cerebro mucho más desarrollado que el de los monos antropóideos, el individuo de la Chapelle no andaba completamente erguido como los hombres actuales.



M. Marcelin Boule, de la Academia de Ciencias de París.



Perfiles comparados de la bóveda craneana de un chimpancé, del "Pithecanthropus" y de un hombre blanco.

Es muy probable que este detalle acabe por decidir a los antropólogos a constituir, no sólo una nueva especie, sino acaso un nuevo género intermedio entre dichos antropóideos y el hombre.

Y con éste son ya dos los ejemplares de tipo intermediario que poseemos. El otro es el "Pithecanthropus erectus", descubierto en Java por el holandés Dubois en 1891 y 1892.

¿Pero este "Pithecanthropus" — se preguntará quizás—no es igual al individuo de Neanderthal y de la Chapelle?

No. Son dos tipos muy diferentes.

¿Representan entonces dos etapas sucesivas en una línea que va del mono superior al hombre?

Tampoco. Pertenecen a dos líneas diferentes. En efecto, el cráneo del "Pithecanthropus" es de bóveda mucho más deprimida todavía que el hallado en la Chapelle. En el dibujo adjunto están representados el perfil de la bóveda craneana de un chimpancé, el del "Pithecanthropus" y el de un europeo, y viéndolo se afianza nuestro aserto que no nos parece aventurado.

LA LEYENDA DEL HOMBRE DEL CEREBRO DE ORO

(A una dama que me pide cuentos alegres).

por Alfonso DAUDET

Al leer vuestra carta, he tenido, señora, una especie de remordimiento. Me ha pesado el color un poco de "medio luto" que he dado a mis cuentos, y había prometido ofreceros hoy algo alegre, locamente alegre.

Y después de todo, ¿por qué he de estar yo triste? Vivo a mil leguas de las nieblas de París, en una colina bañada de luz, en la tierra de las panderetas y del vino de moscatel. En derredor mío todo es sol y música; tengo orquestas de golondrinas y orfeones de jilgueros; por la mañana los chorlitos hacen ¡cureli! ¡cureli!; a mediodía las cigarras; luego los pastores que tocan el pífano y las muchachas morenas que oigo dar risotadas en las viñas... Verdaderamente, el sitio no está bien escogido para echar negro en la paleta; más bien debería yo enviar a las señoras poemas de color de rosa y cestos llenos de cuentos galantes.

¡Pero, no! Todavía estoy muy cerca de París. Hasta mis pinares llega todos los días el fango de sus tristezas...

En el momento en que escribo estas líneas, acabo de saber la muerte desdichada del pobre Carlos Bárbara, y todo mi molino anda desolado. ¡Adiós los chorlitos y las cigarras! Mi corazón ya no está para cosas alegres... Esta es la razón, señora, de que, en lugar del lindo cuento de chisto que me había propuesto enviaros, no podáis hoy tampoco contar más que con una leyenda melancólica.

Había una vez un hombre que tenía el cerebro de oro. Cuando nació, los médicos creían que se malograría, porque su cabeza pesaba mucho y su cráneo era desmesurado. Vivió, sin embargo, y se desarrolló al aire libre como un hermoso pie de olivo; sólo que su gruesa cabeza seguía tirando de él, y daba lástima verle toparse con los muebles cuando andaba por la casa. Muchas veces se caía. Un día rodó desde lo alto de unas gradas, y fué a dar con la frente en un escalón de mármol, sonando allí su cabeza como un lingote. Se creyó que había muerto; pero al levantarle, no se le encontró más que una ligera herida, con dos o tres gotitas de metal cuajadas entre sus rubios cabellos. Así es cómo supieron los padres que el niño tenía los sesos de oro.

Túvose el caso secreto; y el pobre niño no sospechó nada. De cuando en cuando preguntaba por qué no le dejaban ya correr por delante de la casa con los chicos de la calle.

—¡Porque te robarían, prenda mía!—le respondió su madre...

Entonces le entraba al chico mucho miedo de que lo robasen; y se volvía a jugar solo, sin decir una palabra, arrastrándose pesadamente de una habitación a otra...

Hasta los diez y ocho años no le revelaron sus padres el don monstruoso con que le hubo favorecido el destino; y como le habían criado y educado hasta aquella edad, le pidieron en recompensa un poco de su oro. El muchacho no vaciló; en el mismo instante (no dice la leyenda cómo y por qué medios) se arrancó del cráneo un pedazo de oro macizo del tamaño de una nuez, y se lo hechó orgullosamente a su madre en el regazo... A poco, deslumbrado con las riquezas que llevaba en la cabeza, poseído de locos deseos, embriagado con su poder, abandonó la casa paterna, y se fué por el mundo despilfarrando su tesoro.

Por el tren regio de vida que llevaba, y por el modo con que iba derramando el oro sin llevar cuenta alguna, se hubiera dicho que su cerebro era inagotable... Y, sin embargo, se iba agotando, y bien se advertía cómo se le apagaba la mirada, y cómo se le hundían las mejillas. Por fin, una mañana, después de una desenfrenada orgía, el desdichado, que se había quedado solo entre los restos del festín y las lámparas que palidecían, se asustó de la enorme brecha que había abierto ya en su lingote. Era tiempo de detenerse.

Desde aquel día emprendió nueva vida. El hombre del cerebro de oro se fué a vivir retirado, con el trabajo de sus manos, receloso y tímido como un avaro, huyendo de las tentaciones y procurando olvidarse de aquellas fatales riquezas a que ya no quería tocar... Por desgracia, le había seguido un amigo suyo a su retiro, y aquel amigo conocía su secreto.

Una noche se despertó el pobre hombre sobresaltado con un espantoso dolor en la cabeza; saltó de la cama como fuera de sí, y a la luz de la luna vió a su amigo que huía escondiendo una cosa debajo de la capa...

¡Otro poco de cerebro que le quitaban!...

A poco tiempo, el hombre del cerebro de oro se enamoró, y esta vez se acabó todo... Amaba con toda su alma a una rubita que también le quería mucho, pero que prefería los perendengues, las plumas blancas, y las lindas bellotitas bronceadas que golpeaban sus botitas.

Entre las manos de esta monísima criatura, medio pájaro, medio muñeca, las partículas de oro se derretían que era un primor. A ella todo se la antojaba, y él no sabía negarla nada; por temor de disgustarla, la ocultó hasta lo último el triste secreto de su fortuna.

—¿Conque somos muy ricos?—decía ella.

Y el pobre hombre respondía:

—¡Oh, sí... muy ricos!

Y miraba con amorosa sonrisa al pajarito azul, que se le iba comiendo el cráneo inocentemente. Algunas veces, sin embargo, se apoderaba de él el miedo, le daban tentaciones de ser avaro; pero entonces la mujercita se le acercaba a saltitos y le decía:

—Maridito mío, ya que eres tan rico, cómprame alguna cosita muy cara...

Y él la compraba algo de mucho precio.

Aquello duró como unos dos años. Al cabo, una mañana se murió la mujer, sin saberse la enfermedad, como un pajarito... El tesoro tocaba a su fin; con lo que le quedaba, el viudo mandó hacer a su amada difunta un hermoso entierro. Doblar de campanas, magníficas carrozas enlutadas, caballos empenachados, lágrimas de plata sobre el terciopelo, nada le pareció demasiado. ¿Qué le importaba ya su tesoro ... Dió para la iglesia, para los enterradores, para los vendedores de siemprevivas; lo repartió por todas partes, sin regatear... Así que, al salir del cementerio, no le quedaba casi nada de aquel cerebro maravilloso; sólo algunas partículas en las paredes del cráneo.

Entonces se le vió andar por las calles con aire extraviado y las manos extendidas hacia adelante, tropezando como un borracho. Por la noche, a la hora en que iluminan los bazares, se detuvo delante de un gran escaparate en que las luces hacían resplandecer un barullo de telas y de joyas, y se quedó allí largo rato mirando dos botitas de raso azul forradas de plumón de cisne.

"Bien sé yo a quién la gustarían mucho estas botitas", pensaba sonriendo, sin acordarse ya de que su mujer había muerto; y entró a comprarlas.

Desde el fondo de la trastienda, la vendedora oyó un grito; vino corriendo, y retrocedió de miedo al ver a un hombre de pie, que se reclinaba en el mostrador y la miraba tristemente con aspecto atontado. En una mano tenía las botinas azules con ribetes de cisne, y alargaba la otra mano ensangrentada con limaduras de oro en las puntas de las uñas.

Tal es, señora, la leyenda del hombre del cerebro de oro.

A pesar de su aspecto de cuento fantástico, esta leyenda es verdadera desde el principio hasta el fin. Hay por esos mundos algunos infelices, condenados a vivir de su cerebro y a pagar en finísimo oro, con su medula y con su substancia, las cosas más insignificantes de la vida. Para ellos, cada día es un nuevo dolor, y luego, cuando están hartos de sufrir...



—¿Qué le importaba ya su tesoro?...

Viendo crecer la hierba.—*Sir Jagadis Chandra Bose ha inventado un maravilloso microscopio con el cual se puede ver crecer las plantas.*

El instrumento se compone de un imán en palanca que con sus movimientos hace girar una delicadísima aguja sobre un espejo, lo que hace que se refleje en una pantalla un punto de luz que aumenta de un millón a cien millones.

Una de las cosas más interesantes a observar con este microscopio son los efectos del alcohol sobre las plantas.

Dice Sir Jagadis que no hay nada en los animales que no haya sido anticipado por las plantas. En algunos tejidos vegetales hay pulsaciones que corresponden a los latidos del corazón de los animales, y añade que los estimulantes y venenos producen idénticos efectos en los seres del reino vegetal que en los del animal.

Con referencia a la dificultad que hay para registrar estos movimientos y el crecimiento de las plantas, dice que el lento movimiento del caracol es 6.000 veces más rápido que el de la planta en su crecimiento y que el término medio en que éstas crecen es de una cuatrocientos mil ava parte de centímetro por segundo.

Con el microscopio del sabio indio no hace falta esperar meses para ver el resultado de ciertos experimentos, mejoras, injertos y abonos en las plantas; en pocos momentos se ve lo que adelantan en desarrollo las plantas sometidas a un nuevo cultivo o a agentes especiales.

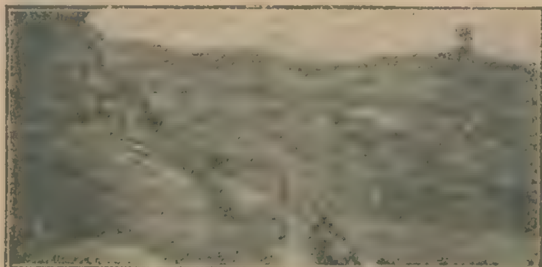
Los pájaros primeros exploradores

Por este artículo, se ve la maravillosa acción de las aves en la vida de nuestro planeta, y la gran evolución que preparan.

De poco tiempo a esta parte, la aviación ha realizado grandes hazañas; las gentes tributan hoy día al aviador un homenaje justísimo; pero a



decir verdad, otros exploradores aéreos existían desde mucho antes que el hombre apareciera y, sin embargo, nadie se ha dignado erigirles un monumento ni registrar sus nombres en los libros. Nos referimos a las aves. Millares de pueblos viven en tierras descubiertas y preparadas por ellas para la civilización. Las aves fueron los primeros animales que atravesaron el mar y poblaron las desiertas islas, sembrándolas con abundancia de semillas.



Campo de lava en la isla volcánica de Hawai, donde se ven los árboles plantados por las aves, que lo cubrirán con el tiempo.

Para llegar al vuelo del aeroplano se han necesitado el pensamiento y la energía de muchos años; el pajarillo, en cambio, con algunas semillas y unos cuantos insectos en el buche, sin ayuda de nadie, ha hecho muchísimo más. Todas las islas de la Oceanía se convirtieron en parajes habitables, por la acción de los pájaros, no del hombre. Ellos fueron los precursores, los que abrieron el camino, los agentes enviados por la naturaleza para cubrir las tierras de vegetación, enriquecer el suelo y transportar las semillas que servirían más



tarde de alimento a la humanidad.



Trampa que usan en la isla de Nauvu para atraer a los pájaros.

Según un sabio, la primera población de América provino de una gran cantidad de islas polinésicas, cuyos habitantes partieron para el continente y lo colonizaron después de haber hecho otro tanto con Nueva Zelandia. Si eso fuera cierto, entonces América debe su población primitiva a las aves, pues éstas prepararon en la Polinesia el terreno para el ser humano.

Casi todas las islas de la Polinesia se hallan cubiertas de espléndida vegetación, y exceptuando los frutos grandes como el coco, llevados por el viento y las mareas, la mayor parte de las plantas que hay allí deben su origen a las aves. La verdad de este hecho puede comprobarse fácilmente, pues si en una isla separada por completo de otra tierra se ha encontrado vegetación, eso quiere decir naturalmente que algún ser la ha llevado. Por otra parte, tal vegetación no se debe al esfuerzo del hombre, porque antes que él apareciese ya estaban las islas pobladas de selvas. Todo ello fué obra del ave, que ha creado a través de los tiempos jardines y arboledas con profusión, transportando semillas en el buche, el pico, las plumas y las patas.

Y adviértase que el transporte de estos preciosos embriones de vida tiene sus inconvenientes. Si un pájaro traga una semilla, ésta no pierde nada mientras se halla en el buche, pues en él no hay ninguna substancia destructiva; pero en cuanto pasa a la molleja, o sea el estómago, corre peligro de echarse a perder. Lo cierto es que no todas las semillas llegan a este órgano, sino de doce a diez y ocho horas después de haber sido tragadas, tiempo durante el cual un pájaro puede estar a quinientas millas del sitio en que las encontró y depositarlas intactas y listas para brotar.

Sin embargo, la semilla que un pájaro lleva en el interior de su cuerpo no suele llegar casi nunca bien a suelo lejano. El germen de vida que llega mejor es el que transporta en las patas embarradas y en las plumas. De esa manera, estos exploradores volátiles atravesaron el Atlántico, conduciendo a Europa productos del Nuevo Mundo. Las aves zancudas recogen en su plumaje toda clase de semillas que flotan en las aguas de los estuarios y las orillas del mar.

Las semillas están adaptadas especialmente por la naturaleza para aprovechar toda oportunidad de vida, para adherirse a las plumas de los pájaros y desprenderse de ellas cuando éstos se introducen en el agua. Darwin tomó cierta vez la pata de una perdiz que tenía pegados 182 gramos de barro seco. El sabio naturalista desprendió el barro del miembro, lo roció con agua y púsose a observarlo, descubriendo que en él se encontraba el germen de la vegetación de una isla. No menos de ochenta y dos plantas brotaron de aquella bola de tierra, entre las que había avena y hierbas excelentes, es decir, alimento para el hombre y los animales. De cincuenta y cuatro gramos de tierra sacados de la pata de otra perdiz, Darwin hizo brotar la semilla de una linaria, consiguiendo que floreciera.

Es curioso observar que los pájaros conocen dónde pueden vivir; y en donde a ellos les es posible habitar, le es posible también a la gente.

Hasta hace algún tiempo, las grandes extensiones de tierra del norte de Australia eran consideradas como un árido desierto en el que no podía vivir nadie. Las aves no fueron, sin embargo, de esa opinión. Exploraron poco a poco el terreno y lo encontraron conveniente. Transportaron semillas y plantaron algodón, demostrando que el tal desierto era una tierra fértil y rica, en la que crecía toda clase de hierbas.

Esto quiere decir, por cierto, que las aves conocían el secreto del agua oculta debajo de la superficie al parecer árida del norte de Australia.

PARA LA GENTE MENUDA

por LA ABUELITA

EL CUENTO DE LA ABUELITA

EL ESCLAVO DE SU OBRA


Fué hecho prisionero y encerrado en un subterráneo donde le ataron con una cadena.

En cierta ocasión—no importa cuándo ni dónde—un famoso herrero fué hecho prisionero y encerrado en un subterráneo, donde lo ataron con una cadena.

Naturalmente, la primera idea que concibió fué la de escapar.

Con este objeto empezó por examinar detenidamente la cadena que lo sujetaba, para ver si era posible encontrar alguna parte defectuosa o débil por donde pudiera romperse con facilidad.

¡Inútil afán! Por algunas marcas impresas sobre la cadena, reconoció que era uno de sus propios trabajos, y por lo tanto imposible de romper. Nunca pudo pensar que la cadena forjada por él fuese un día la que le oprimiese.

¡Cuántas veces forjan nuestras mismas manos la cadena que acaba por abrumarnos y aniquilarnos!

Conviene que no pensemos en hacer cadenas para aprisionar a los demás, no vayan a servir, cuando menos lo pensemos, para aprisionarnos a nosotros mismos.

EL FAMOSO LEON DE GUERONEA


El león de Gueronea.

La antigua ciudad griega de Gueronea fué famosa en la historia por varias batallas, entre las cuales sobresale aquella en que Filipo de Macedonia derrotó a los atenienses el año 338 antes de nuestra Era. Para inmortalizar el heroísmo del célebre batallón sagrado, del que no quedó ni un solo hombre, los tebanos levantaron sobre la tumba de los vencidos un monumento de piedra formado por un león de colosales proporciones.

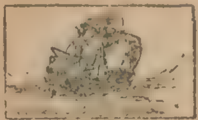
Durante la guerra de la independencia helénica volaron el histórico monumento en la creencia de que ocultaba un tesoro y allí quedaron los fragmentos medio enterrados, algunos de ellos como la cabeza, en buen estado de conservación.

Hace unos años la Sociedad Arqueológica de Atenas, celosa de las glorias patrias, decidió restaurar el famoso león de Queronea, encargando de esta labor al escultor Sokhos, que puso en ella todo el entusiasmo de un verdadero ateniense orgulloso de la historia de su pueblo.

BREVE HISTORIA DE LA NAVEGACION

He dado idea, en uno de los números anteriores, del tronco flotante, de la balsa, de la primera embarcación rudimentaria, de la canoa primitiva, de la barquilla armada de remos y de la galera.

Puesto el hombre en este camino de adelanto y perfeccionamiento no podía retroceder.


Carabela.

En el año 1492 Cristóbal Colón pudo atravesar el Atlántico sobre la carabela, sólida embarcación a vela que reunía toda la comodidad necesaria para una larga navegación.

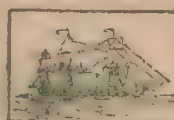

Bergantín.

La navegación creció en importancia y las naves fueron ganando en dimensiones y aumentó el velamen.

En tiempo de guerra fueron armadas de cañones. Así se llegó al siglo XIX.


El Charlotte Dundas.

A principios del siglo XIX, año 1802, la aplicación del vapor revolucionó la navegación. Nuestro grabadito representa el "Charlotte Dundas" el primer paquebote construído.


El Savanneh.

Los paquebotes fueron perfeccionándose rápidamente. En 1819 el "Savanneh" pudo atravesar el Atlántico por primera vez a vela y vapor.


Trasatlántico moderno.

Los viejos paquebotes sufrieron transformaciones rápidas, hasta que el hombre llegó a construir esos majestuosos trasatlánticos que han llegado a realizar el viaje de Europa a acá en sólo doce días.


El submarino.

No contento tento con esto el hombre acabó por lograr la navegación submarina, de la que fué Isaac Peral, marino español, uno de los sabios iniciadores.


Nave a petróleo

Hoy la última palabra del arte de la náutica es la de las naves a petróleo que ni tienen calderas ni ensucian el aire con el humo.

PROVERBIO

La mano negligente hace pobre; más la mano de los diligentes enriquece. El que recoge en el estío es hombre entendido; el que duerme en el tiempo de la siega es hombre afrentoso.

LA NIÑA Y LA ARAÑA


... la niña se puso a lloriquear con cierto coraje.

Una niña había hecho mal un trozo de media. La madre deshizo aquel pedazo y le ordenó que volviese a hacerlo.

Por esa causa la niña se puso a lloriquear con cierto coraje.

Una araña que cerca de ella tejía su tela, le dijo:

—¿No te da vergüenza de entristecerte así, porque tienes que volver a hacer diez o doce vueltas de puntos que hiciste mal por no fijar bien la atención? Pues, entonces, ¿qué debería yo hacer y decir? Esta es la cuarta vez que hago esta tela, y conste que no tengo que tejerla por haberla hecho mal, sino porque me la han destrozado.


—Parece mentira que yo, una mezquina araña, deba enseñarte...

Primero una bocanada del maldito viento se me llevó un pedazo; después, un aguacero destruyó más de la mitad y por último un zángano me la destrozó por el mismo centro. Y aquí me ves continuando mi labor con paciencia.

—Parece mentira—acabó diciendo—que yo, una mezquina araña, deba enseñarte a ti, que eres una mujercita que va a la escuela.

Orsi.

JUAN BART

Juan Bart, hijo de un humilde pescador de Dunkerque, había llegado a ser, gracias a su valor, teniente de navío y jefe de una escuadrilla.

Se cuenta que habiéndole anunciado el rey su ascenso, Juan Bart le respondió con su honrada frnaqueza:

—Señor, hicisteis bien.

Los cortesanos rieron.

—No habéis comprendido—les dijo Luis XIV—lo que significa esa respuesta de un hombre que, seguro de su valor, quiere ofrecerme nuevas pruebas.

Un solo rasgo basta para dar idea de Juan Bart. Llevando a bordo al príncipe de Condé, que acababa de ser nombrado rey de Polonia, los ingleses atacaron su navío que corrió grave riesgo de ser apresado.

Cuando el príncipe le hizo notar su alegría por verse libre, le contestó el bravo marino:

—No era posible que cayéramos prisioneros. Mi hijo estaba en la Santa Bárbara dispuesto a volar el navío cuando fuere preciso rendirse.

LA BONDAD


En ocasiones se da dinero; pero sin la bondad que viene del corazón.

La bondad no consiste en hacer regalos sino en ser dulce y generoso de espíritu. En ocasiones se da dinero; pero sin la bondad que viene del corazón.

La bondad que se limita a dar dinero no vale gran cosa y produce frecuentemente tanto mal como bien; pero la verdad que se traduce por una verdadera simpatía y un socorro oportuno produce siempre los mejores resultados.

EL NIDO

Mira ese árbol que a los cielos
sus ramas eleva erguido;
en ellas columpia un nido
en que duermen tres polluelos.

Ese nido es un hogar;
no lo rompas, no lo hieras;
sé bueno y deja a las fieras
el vil placer de matar.

J. de D. Pesa.

LA NIÑA Y LA HOJA

FABULILLA


—¿Cómo tienes tan buen olor?

Una niña, alegre y feliz, porque se encontraba en vacaciones, había salido a pasear unos días al campo.

Un día, jugando por el jardín, sacó una hoja del canastillo de flores y se le ocurrió olerla.

—¡Oh, qué riquísimo olor!—exclamó.—Dime, ¿eres, acaso, una flor que yo no conozco?

—No, yo no soy una flor—le contestó la hoja.

—¿Entonces procedes de una planta olorosa?

—Tampoco.

—¿Cómo tienes tan buen olor?

—Pues sencillamente, porque he estado mucho tiempo en un ramo al lado de una rosa y he conservado su fragancia.

Este es el efecto de la buena compañía. Las buenas cualidades de aquellos con quienes nos asociamos tienen mucha influencia sobre nuestro carácter. Sus virtudes son un perfume que se nos adhiere si estamos en contacto con aquellos que son virtuosos.

EL QUE LE GUSTA HACER LAS COSAS LUEGO

Creo que conocen a estos dos individuos que marchan por esos mundos de Dios, uno impacientando y perjudicando siempre, y el otro activo y creando no pocas veces esa tranquilidad que nos hace felices.


El que le gusta hacer las cosas "luego"

LUEGO es un amigo falso. Se parece mucho a esos niños y a esos hombres incapaces de hacer nada útil, que se tumban tranquilamente, como si en la vida todo se nos diera hecho.

Yo espero que mis innumerables nietecitos no tengan trato alguno con el perezoso y ridículo LUEGO. LUEGO es un mal individuo que hace aplazar lo que debemos hacer inmediatamente. Por eso suele meter al que lo trata en múltiples dificultades y molestias.

Os aconsejo que huyáis como de la peste de ese LUEGO que acaba por no llegar nunca.


Uno que recogerá bellas flores porque sabe hacer las cosas "Ahora".

En cambio, AHORA, ¡qué individuo más vivaracho! AHORA es, sin duda, nuestro amigo más fiel. Nos ayuda eficazmente a hacer todo lo que nos mandan, con rapidez y alegría; siempre está sonriente y de buen talante y jamás suele ponernos en apuros ni nos crea dificultades ni molestias.

El que huye de LUEGO y procura ser un buen amigo de AHORA, vivirá, sin duda, más tranquilo y más feliz.

EL RIO

El río, escapándose de sus fuentes, desciende y corre por su lecho entre las riberas y hasta se dilata, arrastrándolo todo consigo, para desembocar por fin en el mar.

Entonces penetra como un toro furioso y ruge en la onda que inunda la orilla fecundándola.

Por eso suele decirse que ni mula en el molino ni río por vecino. Sin embargo, ¡pobre del valle que no lame el agua del río!

Porque con el agua corriente de los ríos, de los riachuelos que a él afluyen y de los canales irrigadores encauzados con arte, la tierra se limpia, se refresca, se fecunda... y se quita la sed.

Si no, con el calor del sol, ¿cómo encontraría la fuerza para florecer, fructificar y producir?

EL DINERO

En cierta revista se abrió un concurso ofreciendo un premio al que explicase con más acierto para qué sirve el dinero.

El premio fué acordado a un joven que escribió lo siguiente:

"El dinero es un artículo que puede emplearse como pasaporte universal para todas partes, excepto para la perfección. Con él pueden, además, conseguirse todas las cosas menos la felicidad. San Pablo dice que el amor al dinero es la raíz de todos los males."

LA PIEDAD BIEN ENTENDIDA

FÁBULA

A un manzano podaba un hortelano,
y un muchacho, con íntimas querellas,
—¿Por qué—decía a gritos,—inhumano
del tronco a quitar vas ramas tan bellas?
—Córtalas, podador—dijo el manzano,—
que se me quiere encaramar por ellas.

El tal rapaz, que procuraba arguyo
el bien ajeno en beneficio suyo.

CAMPOAMOR.

EL SENDERO INNUMERABLE

Quizá no existe un lugar de la tierra donde no haya sido vertida generosamente la ibérica sangre. En cualquier rincón del planeta se halla la huella de nuestros antecesores, y en el sitio en que menos podáis pensar, allí estuvieron los hijos de Iberia desfaciendo un entuerto.

Siempre han sido objeto de sangrientas persecuciones los misioneros cristianos que Europa envía al Extremo Oriente, y en particular a los imperios de China y Cochinchina.

En los comienzos del año de 1858 estalló en el Tonkin Central un movimiento revolucionario contra los cristianos, revuelta que en manera alguna trató de impedir el emperador annamita y a consecuencia de la cual en julio de aquel año fueron martirizados más de doscientos misioneros católicos, franceses y españoles, muriendo entre espantosos suplicios 128 de los españoles, entre ellos Fr. Melchor García San Pedro, obispo de Triconia y vicario apostólico del Tonkin Central.



Recepción a las tropas francesas por el pueblo, a su vuelta de Cochinchina.

Ante hechos tales de salvajismo, Francia y España entablaron las más usuales reclamaciones por la vía diplomática; pero el gobierno cochinchino se hizo el sordo y no sólo no les concedió importancia alguna, confiado en la distancia que separaba a su país de los reclamantes, sino que solapadamente favoreció el movimiento xenófobo, alentando con esta conducta el fanatismo popular.

Insistió España en sus reclamaciones ante el cuerpo diplomático, con tal energía que las cancillerías europeas no pudieron menos de llamar la atención de Francia acerca de estos hechos vandálicos, aconsejándole la intervención militar en el Annam; pero Napoleón III, distraído en sus proyectos imperiales, no dió por lo pronto oídos a las reclamaciones diplomáticas y fué necesario para decidirle a obrar que llegasen los embajadores a obligarle moralmente a ello.

De resultas se convino en enviar al Tonkin una expedición militar, a la cual contribuyó España con 1.500 hombres al mando del coronel don Bernardo Ruiz de Lanzarote, que marchó al teatro de las operaciones desde Manila, donde se hallaba. Sus tropas se componían por mitad de soldados españoles y soldados filipinos, todos de la guarnición de aquellas islas.

Sin pactar una alianza, eventual siquiera, con Francia, marcharon los españoles a Cochinchina bajo las órdenes del contralmirante francés Rigault Genoully, y reunidos en Hainam con las tropas francesas dirigiéronse a Turón, plaza annamita defendida por varios fuertes construídos a la europea y artillados con muchos y buenos cañones.

Ruiz de Lanzarote fué enviado en vanguardia con sus 1.500 bravos y dos compañías de ingenieros franceses, con orden de esperar frente a la plaza la concentración de todo el cuerpo expedicionario; pero los españoles, que en operaciones militares no han sabido nunca permanecer ociosos, atacaron briosamente al enemigo, sufriendo a pecho descubierto el fuego de cañón y fusilería y tomaron a escala franca los fuertes que se creían inexpugnables, poniendo en fuga a sus defensores.

Rigault Genouilly se detuvo allí para montar un establecimiento militar, y en el tiempo que permaneció en la plaza sufrieron mucho los soldados franceses a causa del cólera, el calor y la disentería; los soldados de Lanzarote, en cambio, resistieron perfectamente el clima y con su valor y ardimiento animaron mucho a sus abatidos compañeros.

En aquellos días, el emperador de Annam envió un mensaje a Genouilly manifestándole que si en el término de diez días no reembarcaba los soldados europeos, iría con los suyos a degollarlos. En honor del contralmirante francés hay que consignar que la contestación que dió a este "ultimatum" fué avanzar sobre Saigón, plaza fuerte defendida por una formidable ciudadela.

Comenzó el sitio y con él las peripecias consiguientes.

Los cochinchinos se defendieron con vigor durante dos días, pero sorprendida y tomada por asalto la ciudadela, gracias a la temeridad de los soldados europeos, Saigón capituló dejando en poder de los expedicionarios 200 cañones y gran número de prisioneros, a cuya victoria siguieron rudos y brillantes combates, sostenidos casi exclusivamente por los españoles, puesto que la mayoría de los franceses no estaban en condiciones de luchar.

Ascendido Ruiz de Lanzarote a brigadier y sustituído por el coronel Palanca, halló éste la columna española reducida a 233 soldados, lo cual dice cuán dura fué esta campaña ya casi olvidada hasta por los mismos españoles.

Chicas de Buenos Aires

LA NORMALISTA

por Victorina MALHARRO

No sé, mi gentil futura colega, si felicitarte o darte el pésame.

¿Sabes tú lo que ha significado ser *normalista* a través del período breve en la historia y que tan largo parece en nuestras costumbres desde que Sarmiento proporcionara a la joven argentina ese nuevo medio de vida, tan buscado hoy y acogido con tantas suspicacias antaño?

Cuentan las viejas crónicas, de la resistencia de las familias durante muchísimo tiempo a enviar sus hijas a la escuela normal. La conseja del *mal nombre* cundió, sabe Dios cómo ni porqué, con esa prontitud, con ese arraigo que cunde lo falso y que no consigue lo cierto, y tiempo parece que hubo en que matricularse en una escuela normal era un acto de valentía como no lo sería hoy inscribirse en la escuela de aviación donde el mayor peligro que se corre es romperse la crisma, mientras que ser normalista en aquellas épocas ha de haber sido algo así como condenarse una misma a las más penosas sanciones de algo como la actual ley social.

Ese prejuicio se desvaneció gracias a lo que un escritor que tú conoces por dos o tres estudios que figuran en tus antologías, José Selgas, llama *providencial disposición de que el hombre hable por donde mismo come, sin lo cual no habría cómo taparle la boca.*

La profesión de maestra fué y lo sigue siendo, para desgracia tuya según lo verás, la mejor retribuída de las de que podía hacerse la mujer. Ante argumento tan convincente, las familias empezaron a caer en cuenta de que no habría de ser cierto lo del mal nombre y no hubo una sola que no quisiera tener alguna hija *normalista*, o varias, o todas.

Pero todavía no fueron todo flores ni para ella ni para su compañera, la estudiante del liceo.

Hasta hace poco, muy poco, a la mujer le costaba mucho trabajo hacerse perdonar el hacer uso del poquito de substancia gris que Dios le hubiera puesto en la sesera.

Y me temo que todavía tú tengas que saber de este dolor de verse objeto de los más malévolos comentarios porque conozcas el teorema de Pitágoras o la ley de Newton o te intereses por los descubrimientos de Chapadmalal o distraigas tus ocios con la lectura de alguna obra literaria.

Y menos mal si no haces más que leer. Pero como algún día caigas en la tentación de escribir, *¡ay, pobrecita perdiz, más te valiera estar duermes!*

¡Qué hemos de hacerle, amiguita! Quien lo hereda no lo hurta, y si España nos dejó un idioma tan hermoso nos dejó también el prejuicio de que ese idioma, en el que una mujer sin estudio escribió maravillas que asombran aun hoy a los hombres de estudio, no ha de lucir su belleza estampando en el papel sentimientos ni ideas de mujeres.

¡Bachillera! ¡Literata! ¿Conoces tú en castellano término más despectivo para aplicárselo a una mujer?

No, hija, no lo hay. Ese otro que en tiempos de Cervantes podía usarse aun en los salones ducales y que hoy está reservado para desahogo de las iras de conductores de vehículos, es menos cruel. Habrá quien abogue porque no hay razón para despreciar del todo a la que se lo merece; pero, ¡aquellos otros!... el mejor de tus amigos romperá lanzas, en el mejor de los casos, para pedir se te perdone que lo seas; para demostrar que no necesitas perdón, no. Se pondría muy mal con todos si lo hiciera.

Está establecido que la mujer que escribe no lo hace sin pelearse con la escoba, el fogón y la aguja. ¿Conoces tú centenares de mujeres incapaces de escribir ni la lista de la ropa para la lavandera, y que tienen su casa hecha un desbarajuste, cuyo marido no se pone medias enteras sino cuando las tiene recién compradas, y cuyos hijos no toman jamás un alimento a la hora debida?

Yo también. Pero como no escriben, no hay que reprocharlas.

En cambio, como te dé por escribir, no te valdrá tener, con tus habilidades, tu casita hecha una bombonera, ni ser tu propia modista y la remendona de todos los tuyos, ni ser una enfermera como la más solícita hermana de caridad, ni no correr el peligro de enfermar del estómago si por la escasez de servicio doméstico has de ser algún tiempo tu propia cocinera.

¿Escribes? No hay vuelta de hoja: no eres mujer de tu hogar. ¿Qué digo? No eres mujer, por más que conste en tu acta de nacimiento que perteneces al sexo femenino. ¡Qué más te quisieras!

Todas las otras mujeres se casan o no se casan. A ti te ocurrirá lo mismo; pero no será lo mismo.

Vamos a que te casas y tienes muchos hijos y quieres mucho a tu marido y a tus niños y les haces muy felices y que la misma felicidad que sobre ti refluye te inspira y te hace escribir algo muy lindo. ¡Qué lástima inspirarán tu marido y tus hijos, pese a su felicidad!

¿Es cosa de meterse a escribir una mujer casada, en lugar de zurcir las medias del marido?

Mira, chica: esto de las medias del marido de la mujer que escribe es cosa que me ha preocupado siempre tanto, que sólo Dios sabe el esfuerzo que tengo que hacer sobre mí para no cometer la indiscreción de pedirle me muestre los pies cuando tropiezo con algún hombre casado con mujer que escribe o que lo sé interesado por alguna bien avenida con la pluma. Porque tan difundida está la idea de que los maridos de las escritoras han de andar con las medias rotas, que no parece sino que, hombre al que le guste una mujer de letras, ha de tener los pies más curiosos que pueda estudiar un pedicuro.

¿Que no te casas? ¡Claro! Por eso escribes, pues. Y no salgas diciendo que Fernán Caballero se casó tres veces y Tula Gómez de Avellaneda dos, y que en las escritoras francesas las hay casadas y descasadas veinte o treinta veces en diez o quince años.

No vengas con excusas. Tú no te casas, o porque nadie quiere casarse contigo, o porque tú no quieres casarte con nadie. Lo primero no halagará tu vanidad, y en tu caso no te valdrá argüir que nunca falta un roto para un descosido. Pero no lo desmientas porque es lo menos malo que puede decirse de ti.

Lo segundo sí es terrible. Tú no quieres casarte con nadie porque eres una pretenciosa cuyas ambiciones no puede satisfacer ningún mortal de los que te rodean. Y no salgas con que te conformarías con un hombre decente, sano y con el cual congeniaras.

¿Qué hombre no es decente ni sano, y cómo no congeniar con cualquiera cuando se tiene entrañas de mujer?

Porque esto de las entrañas de las mujeres que escriben es tan curioso como los pies de los que se casan con ellas.

Si yo fuera médico me dedicaría a esas dos especialidades: entrañas de escritoras y pies de sus respectivos maridos, novios o... lo que fuera.

No importa, si tan maternales son tus entrañas, que en vísperas de boda la hayas deshecho por no privar de su padre a unos pobres ángeles cuya existencia ignorabas cuando te comprometiste.

No importa si lo has hecho porque un atento examen médico te haya revelado que los hijos que de ti nacieran recibirían una herencia patológica difícil de combatir.

¡Pamemas! Conque, normalista amiga, si después de lo que te digo te da algún día por escribir, no me vengas con quejas.

Confórmate con que siquiera ahora puedes leer sin que los muchachos te miren con prevención, ni tu familia te avergüence de ti, ni les infundas sospechas de mala cristiana a las beatas de tu parroquia.

Y esto último lo escribo para el caso en que profeses tú ideas cristianas, las cuales tanto puedes conservarlas estudiando como perderlas sin estudiar. Y esto que a ti te parecerá perogrullada, ¡no sabes cuánto cuesta hacerlo comprender de ciertos caletres!

Me parece, chica, que las costumbres han adelantado bastante para que el estudio te sea a ti menos ingrato que te hubiera sido hace unos cuantos lustros, y por esto estaría por felicitarte.

Pero pienso en los años en que después de recibida estarás sin emplearte y casi, casi te doy el pésame.



La familiaridad tiene sus límites.

A ti te perjudica el que haya sido hasta hace poco la profesión del magisterio la mejor retribuída para la mujer. ¡Cuánto mal te habrá hecho la misma situación a que yo he llegado!

Porque, indudablemente, que las chicas del futuro llegarán también muy alto y muy lejos; pero tantas son, que las que queden serán muchas más que las que avancen, y como no sé entre cuáles estarás tú, tu porvenir me desconcierta.

¿Llegarás? Supongamos que sí. ¿Cómo?

Dos caminos tienes: el del trabajo meditado, hecho con amor y con tesón, el cual trabajo unas veces es reconocido y otras no, y más frecuentemente combatido que aprobado. Por este camino se sufre mucho, se llega a veces; pero cuando se llega, se llega salvo, y cuando no se llega, como las personas dadas a trabajar así son de aquéllas a que corresponde la primer bienaventuranza en sentido literal, se llenan no la boca, pero sí el corazón con lo del *deber cumplido* y gozan en vida de la misma bienaventuranza... a menos que les ocurra lo que oí glosar de otra a un escultor argentino: "bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos morirán de sed y de hambre".

Y el otro camino se bifurca o polifurca, como que es el de los acomodos. O acomodas tu carita monona y tu gentil palmito, lo que no siempre da tan buen resultado como dicen las malas lenguas, o acomodas tu trabajo a los faroles que se usen en las distintas épocas en que trabajes, y esto, sí, hija, es de resultados seguros e inmediatos.

No te imaginas tú cuánto hace que habría yo llegado más alto que estoy si no hubiera sido mi ningún respeto a la moda y mi aversión a los faroles.

Tal vez por eso me llaman *oscurantista* algunos amigos; pero te aseguro que es mentira.

La luz me encanta, me atrae, me seduce; pero no la dé los faroles. Pero si a ti te gustan los faroles, tienes la mitad del camino andado.

Un tercer camino hay del que hubiera sido lástima olvidarme: hacerte de un marido que te consiga lo que no serías capaz de conseguir tú ni con tu palmito, ni con trabajo, ni con faroles. Y esto del marido es infalible.

Oye tú: hace no diré cuánto, una persona tenía que dejar la dirección de una escuela muy importante. El reglamento dispone que el director sea reemplazado por el maestro diplomado más antiguo. Ocurría en esa escuela, que ya te digo es muy importante, que las maestras de más inteligencia, conocimientos, carácter y demás cualidades que exige una dirección de escuela superior no eran las más antiguas. Y la más antigua de todas era una maestra a la cual no se le había podido confiar nunca un grado ni elemental, porque con decirte que se trataba de una maestra que decía *miñuelo* por *buñuelo*, te doy la medida de lo que la tal era. Y así, a la par del lenguaje, era su capacidad en todo. Pero, bajo una buena dirección, daba muy buenos resultados en grados infantiles y se ganaba el concepto de muy bueno que anualmente le ponía la dirección.

Como que un puesto directivo exige otras cualidades que las que bastan en un grado infantil y, sobre todo, los exige en una escuela superior, la persona que desempeñaba la dirección se apersonó al consejo escolar a pedir que, a pesar de lo dispuesto por el reglamento, no se le confiase el puesto a la diplomada más antigua. Y el secretario del consejo escolar contestó textualmente: "¡Imposible! No hay hombre tan guapo que se atreva con el marido de esa señora, y si no sale su mujer nos saca los ojos".

Y la mujer del guapo salió a pesar de lo de *miñuelo*. Y tal *jetta* tenía la escuela esa, que poco después la dirigía una persona que confundía *termómetro* con *barómetro*; pero que, mal que mal, ascendía en virtud de este y otros méritos propios, no por los méritos consortes.

Conque, hija, si te haces de un marido que meta miedo, ya tienes todo el camino andado.

¿Te descorazona este puñado de verdades de a puño? Tienes razón, mi adorable chica. Yo hubiera llorado cuando estudiante si me hubiesen presentado este cuadro.

Mira, amiga mía. ¿Eres hija de un colono, o estanciero, o chacarero, o de cualquier individuo que se gane el sustento arrancándoselo a la tierra? ¿Sí? Entonces manda al diablo libros y cuadernos de pedagogía y haz como las americanas del norte: vuelve tus ojos a la tierra, que es mujer como tú y yo, y no te desfemenizará porque la conozcas. Trabaja con independencia en medio de la naturaleza, y tu trabajo te rendirá beneficio sin indignidades, sin tonterías, sin guapezas de marido.

Si eres hija de comerciante vuélvete al mostrador; si de industrial, a las máquinas. Busca tu vida por el medio seguro y altivo, que ya no puede ser la escuela normal. Háblalo en mi nombre a tu padre... a menos que tu padre sea escritor, porque, hija, en este caso, huye a la vez de la escuela normal y de la profesión de tu padre.

LOS MILAGROS DE ANTAÑO

Leed en las líneas que a éstas siguen, la descripción de un acontecimiento que semeja asunto de drama calderoniano o de leyenda de Zorrilla, real, sin embargo, si el cronista no es un infundioso.

Don Luis Carrillo, ministro de Felipe III, poseía una hermosa quinta en un extremo de Madrid, próximo a la Puerta de Fuencarral. Sobre la puerta de entrada veíase una pintura representando a Jesús con una oveja sobre sus hombros, alumbrada por dos faroles; y la piedad del pueblo encontró motivo en esto para denominar la quinta del Divino Pastor.

Ocurrió por entonces que la hija del pintor Gregorio Ferrero, muchacha de veinte años, mal aconsejada por su amante, desapareció de la casa paterna, y para acudir al punto de cita que le había señalado su seductor, tuvo que pasar por delante de la casa de don Luis Carrillo. Era al anochecer, y en la calma y en el silencio propios de un sitio tan apartado de la población, el reflejo de aquellas luces que iluminaban la efigie de Cristo, atrajo sus miradas produciéndole un extraño efecto de angustioso temor. La contemplación de la imagen a que se veía obligada por la inexplicable tardanza de su amante, acabó por despertar en su alma el remordimiento; y como su soledad se prolongase, no tardó en apoderarse el terror de su ánimo. En tal situación sintió impulsos de abandonar aquellos sitios para volver a casa de su padre; pero falta de fuerzas para arrostrar las recriminaciones del anciano, quizá su maldición, permaneció quieta frente al Cristo que parecía protegerla. La desesperación hizo presa en su espíritu al verse abandonada, y la idea del suicidio acudió a su mente. Escuchaba en aquel silencio majestuoso el crujido de la noria que funcionaba en la huerta, y resolvió introducirse por las cambroneras y arrojarse al pozo. Pero cuando iba a poner en práctica su intento oyó el ladrido furioso de algunos perros y vió el resplandor de una linterna. El espanto la dejó inmóvil; los perros avanzaban ladrando, hasta que el portador de la linterna, advertido de que era una mujer con quien debía habérselas, contuvo con sus voces la furia de los animales.

La hortelana, que era la que había sorprendido a la joven, la interrogó acerca de su presencia en aquel sitio a tales horas, y como la joven, verdaderamente acongojada no supiera qué responder, condújola cariñosamente a su cabaña, sospechando el triste motivo de su intrusión por el penoso estado de su ánimo. Ya al calor de la lumbre y confortado el espíritu con las frases consoladoras de la mujer, la joven le refirió el suceso. Y entonces la hortelana le prometió interceder cerca de su padre para que le perdonara aquella aberración que, gracias a la imagen amorosa del Cristo, no había terminado en una tragedia.

Don Gregorio Ferrero, que adoraba a su hija, y que al notar su ausencia habíala buscado angustiado por todas partes sin encontrarla, experimentó la inmensa alegría de volver a estrecharla entre sus brazos tan honrada como había salido de su casa; y atribuyendo tanta ventura a la intervención de la sagrada imagen, no vaciló en rendirle culto, ofreciéndole una función solemnísima en acción de gracias.

Conocido el suceso, a pesar de la reserva que quiso guardarse acerca de él, fué objeto de la veneración popular la imagen de Jesús, y en memoria de aquel suceso fué bautizada la calle con el nombre de "Divino Pastor", que hasta entonces había llevado la quinta de don Luis Carrillo.

DIEGO VELÁZQUEZ DE SILVA



Diego Velázquez de Silva, el más grande de los pintores españoles y uno de los genios pictóricos de la humanidad está estudiado en el artículo que aquí se inserta.

Con este nombre se le designa en muchos documentos de su época, aunque en los de su mano firmaba Diego de Silva Velázquez, como correspondía a los apellidos de sus padres, pues el gran pintor, que nació en Sevilla en junio del 1599, era hijo de Juan Rodríguez de Silva y Jerónima Velázquez. La extraordinaria afición del niño a la pintura hizo a sus padres desistir del propósito de dedicarle a las letras y a la filosofía y ponerle a estudiar dibujo con Francisco Herrera, el "Viejo"; pero era tan desabrido y violento el carácter del maestro, que Velázquez, no pudiéndolo soportar, se fué a la escuela de Francisco Pacheco, centro entonces de la intelectualidad sevillana. Cinco años fué su discípulo, al cabo de los cuales, y cuando Velázquez contaba diez y nueve de edad, el maestro lo tomó por yerno, y el 23 de abril de 1618 se casó con doña Juana Pacheco.

En las obras del primer estilo de Velázquez opina muy juiciosamente don Pedro de Madrazo que se advierte que, si Herrera el "Viejo" y Tristán formaron su paleta, Pacheco y los doctos sevillanos de su círculo artístico y literario formaron su gusto.

A la depuración de éste, así como al mayor desarrollo de sus excelentes aptitudes artísticas, contribuyó poderosamente su viaje a la corte, efectuado en 1622.

La contemplación y estudio de las obras de grandes maestros, de las colecciones reales de Madrid, El Prado y El Escorial, fuéronle de grandísimo provecho, y con este caudal en el espíritu regresó a Sevilla un año después, aunque contrariado por el momento por no haber trabajado en Madrid. Unicamente hizo, por encargo de su suegro, el retrato del famoso poeta D. Luis de Góngora, y por mucho empeño que su protector, el canónigo Fonseca, puso en que retratara al rey D. Felipe IV, no hubo modo de lograrlo. No cesó su valedor en sus gestiones, y al año siguiente recibía Velázquez en Sevilla una carta del conde duque de Olivares mandándole ponerse luego en camino para la corte, remitiéndole al efecto cierta cantidad.



Retrato ecuestre de la reina Isabel de Borbón.



Menipo.

El desquite de su primer viaje no pudo ser más rápido ni más completo. Hizo un retrato ecuestre del rey y fué expuesto al público en la calle Mayor, frente a las gradas de San Felipe, y fué tal el efecto que en los cortesanos produjo, que trataron de que nadie que no fuera Velázquez pudiera retratar al rey, y éste, en octubre de aquel año (1623), le admitió en su real servicio.

Hallábase a la sazón en Madrid el entonces príncipe de Gales y después infortunado rey de Inglaterra, Carlos I, que había venido a pedir la mano de la infanta doña María, hermana del rey, y Velázquez comenzó a pintar su retrato y obtuvo grandes elogios y distinciones del príncipe; pero el retrato, que prometía ser admirable, quedó sin terminar por la repentina retirada del augusto pretendiente.

Hubo por el año 1627 un certamen para pintar un cuadro de la expulsión de los moriscos, en el cual tomó parte Velázquez en competencia con los pintores acreditados Caxes, Nardi y Carducho, y fué premiado, obteniendo la plaza de ujier de cámara que el rey había ofrecido al vencedor. Al año siguiente, y con la misión de concertar las paces con Inglaterra, vino a Madrid de embajador extraordinario de S. M. británica el ilustre pintor flamenco Pedro Pablo Rubens, a quien Velázquez acompañó en sus excursiones a El Escorial, y Rubens le tomó gran afecto, y le recomendó vivamente fuese a Italia. Siguió Velázquez puntualmente su consejo, y pidió al rey licencia para emprender aquel viaje. Otorgóscla gustoso Felipe IV. y dejando al soberano su famoso cuadro de Baco coronando a unos borrachos, por el que percibió cien ducados, y 300 más por otras obras para ayuda de su viaje, partió para Italia, donde permaneció año y medio.

Por cierto que al embarcar en Barcelona fué en el mismo barco que el marqués de Spínola, capitán general de las armas españolas en Flandes, al que sus pinceles habían de inmortalizar después en el portentoso cuadro de la "Rendición de Breda", llamado vulgarmente "de las lanzas".



Retrato de Velázquez

Su permanencia en Italia, donde las cartas de recomendación del conde duque de Olivares le abrieron las puertas de las galerías más famosas, le permitió estudiar concienzudamente a Tintoretto, Miguel Angel y Rafael, modificó su primer estilo sin perder su personalidad y fué siempre original como el que más, cultivando y afinando sus propias aptitudes y avivando su paleta, cada vez más realista y natural. De Italia trajo, entre otros, el magnífico lienzo "La fragua de Vulcano".

Desde 1631, en que volvió a Madrid, creció más todavía su reputación con las obras que pintó en los diez y ocho años que mediaron hasta su segundo viaje a Italia.

Varios cargos palatinos había venido desempeñando, y fué comisionado a Roma para procurar el mejor ornato del Real Alcázar y traer buenos modelos para una Academia que se trataba de fundar en la corte. Mientras cumplía en Roma esta artística misión hizo el admirable retrato del pontífice Inocencio X, que se conserva en el palacio Doria, y fué nombrado "académico romano". A su vuelta a España fué elegido, a su instancia, aposentador del rey, y después de muchos y excelentes servicios, al regresar de Fuenterrabía, donde había acompañado al rey para la entrega de la infanta doña María Teresa al rey Luis XIV de Francia, enfermó de fiebres perniciosas que le arrebataron la vida el 6 de agosto de 1660.



Esopo.

"La fragua de Vulcano", lienzo de su segundo estilo, tiene 2.23 metros de alto por 2.90 de ancho. El dios Apolo, en figura de un mancebo coronado de laurel con una luminosa aureola, aparece en el taller de Vulcano, que en unión de cuatro herreros trabaja, y le refiere la infidelidad de su esposa Venus con el dios Marte. Vulcano, sorprendido con tan terrible noticia, suspende el trabajo y queda con el martillo en la diestra, y en la izquierda las tenazas que sujetaban sobre el yunque la pieza que estaban forjando. Los cuatro oficiales del dios herrero escuchan suspensos también el grave relato. La escena está iluminada por la luz natural, la aureola de Apolo y la roja llama de la fragua.

CURIOSIDADES, RAREZAS Y EXTRAVAGANCIAS


Nagopate, jefe de las tribus que pueblan el archipiélago de las Nuevas Hébridas.

La primera exploradora de las Nuevas Hébridas. — El archipiélago de las Nuevas Hébridas va a ser pisado por vez primera por una mujer blanca, Mrs. Johnson, la esposa del doctor Johnson, explorador que se propone recorrer aquellas islas. Damos el retrato del jefe Nagopate, actual monarca, llamémosle así, del mencionado archipiélago, y dueño y señor de una población de cuarenta mil antropófagos.

* * *

Donde viven las ballenas.—Sabido es que las altas latitudes marítimas se encuentran llenas de los más grandes cetáceos que se conocen, y es indudable que no pudiendo pasar por el Estrecho de Bering, dan una vuelta enorme a lo largo del Pacífico hasta llegar a habitar en aquellos mares.

Se ha notado que la ballena de Norte América es más formidable que las que se encuentran por los mares de Islandia, isla de Juan Mayer y Cabo Norte, por el lado de Europa; pero en cambio es más productiva, y en la actualidad los balleneros prefieren la que habita la costa de Labrador, donde hay gran abundancia de ellas.

* * *

Un fenómeno de glaciarismo. — Durante el día 24 de septiembre del año 1920 y la siguiente noche, un fenómeno del Mar de Hielo destrozó el valle de Chamonix. El fenómeno se produjo en dos tiempos. Primeramente, hacia la una de la tarde, una gran crecida del Arveyron, el río de desagüe del glaciar, las tierras ribereñas quedaron inundadas, y el río Arve al recibir tal caudal de agua se desbordó a su vez.

La segunda fase del fenómeno fué más grave. De repente, a media noche se oyó un estruendo formidable y una avalancha de barro líquido, lleno de grandes trozos de hielo y de piedra, se extendió por el valle del Arveyron, invadió la aldea de Godenets y la orilla derecha hasta el camino de hierro de Argentiere. Pronto llegó a las márgenes del Arve, que no pudiendo contener se desbordó, inundando el barrio de la Estación de Chamonix.


El valle de Chamonix.

Gracias a no estar esta ciudad alpestre metida en un barranco, el fenómeno de glaciarismo no ha tenido las funestas consecuencias que la catástrofe que ocurrió en 1892 en el valle cercano. Afortunadamente, no ha habido que deplorar sino los daños materiales.

Este accidente no tiene sino relación indirecta con las abundantes precipitaciones atmosféricas que han ocurrido en los Alpes, especialmente en Saboya, unos días antes del fenómeno. Los de esta naturaleza son glaciales y no pluviales.

No es la primera vez que los glaciares de Chamonix engendran peligrosas inundaciones. Un documento conservado en sus archivos relata que en el año 1610 el Mar de Hielo, "por el desbordamiento de las aguas que había tenido aprisionadas, había destrozado y arrasado muchos terrenos en el llano, y que el glaciar vecino de Argentiere, en el mismo año, había soltado las aguas, destrozado los terrenos y se había llevado varias casas".

Estos accidentes se producen casi siempre en las épocas de crecida glacial, los que acabamos de indicar han ocurrido después de la mayor extensión conocida de los glaciares del Monte Blanco.

Actualmente, éstos se alargan, si no de un manera considerable, por lo menos muy sensible; conviene, por lo tanto, que Chamonix esté alerta.

* * *

Esterilizando las aguas sagradas. —Las autoridades sanitarias británicas en la India, estudian la manera de desinfectar y esterilizar los ríos, estanques y lagos sagrados del Indostán, verdaderos focos de horribles plagas que causan terribles estragos no sólo en el país sino en el mundo entero.

El cólera, la influenza y otras epidemias que desgraciadamente hemos tenido la ocasión de presenciar y soportar, tienen su cuna en las aguas pestilentes de la India.

A orillas del Ganges, el río sagrado por excelencia, acuden todos los años en peregrinación más de veinte millones de mahometanos. Allí acuden de todas partes de Asia y Africa, y en sus aguas bañan sus sucios cuerpos y los de las reses y acémilas que consigo llevan. Por miles, por docenas de millares, se zambullen en el agua, y las ya fangosas y pestilentes aguas removidas recogen la mugre de los bañistas, y aquellos billones de microbios infestan el aire y producen las terribles epidemias que el mundo sufre.


Fakir indio lanzándose, en el Ganges, desde una gran altura para alcanzar la bendición de sus aguas.

La última, de influenza, causó más víctimas en cuatro años que la temible guerra que el mundo acaba de presenciar.

Como los ríos y estanques sagrados ocupan una extensión inmensa, las obras de esterilización de todos esos lugares han de costar una verdadera millonada de libras esterlinas, y si esto les tiene un tanto perplejos para empezar la magna obra, esta dificultad no es insuperable; el gran inconveniente está en que precisamente los focos principales de infección se encuentran en los lugares más sagrados y se teme que el fanatismo musulmán no consienta que los blancos cristianos intervengan en las sagradas aguas del sacratísimo río.

Para que vean nuestros lectores hasta qué punto llega el fanatismo de los indios, basta contemplar al fakir que se lanza desde tan gran altura al agua del Ganges, salto peligrosísimo que muchos pagan con su vida.

Vencer este fanatismo es lo que más detiene a los higienistas y autoridades británicas de la India.

* * *

La trayectoria de los rayos.—Es sorprendente la distancia que los rayos recorren a través del aire.

M. D'Abaddie midió algunos rayos en Abisinia, y comprobó que algunos de ellos recorrían ocho kilómetros desde la nube donde nacían al punto donde chocaban con la tierra.

M. Petit asegura haber medido en Toulouse (Francia) uno que tuvo que recorrer más de 20 kilómetros.

M. Foulevet llevó a la Academia de Ciencias de París la fotografía de un rayo cuya trayectoria formaba con la Tierra un ángulo de 40 grados. Estaba dividido en cuatro ramas principales, aparte de otros aros pequeños, en número de treinta y siete.

EL BUEN HUMOR DE LOS DEMÁS

Anécdotas de varios.—Mientras Rabelais era médico del cardenal Bellay, se le sirvió a éste, en una comida, una anguila asada. Rabelais se acercó gravemente al plato y, golpeándolo con su varita, dijo:

—Difícil de digerir.

El cardenal, que tenía en mucho su salud y que no temía a nada tanto como a las malas digestiones, hizo retirar inmediatamente la anguila.

Rabelais se la hizo servir en seguida y comenzó a comerla con el mejor apetito.

El cardenal, extrañado, preguntó a su médico:

—¿Cómo se ha servido esa anguila, si es de difícil digestión?

—Monseñor, se equivoca —repuso Rabelais—lo que yo señalé como indigesto era el plato, y no la anguila.

Embajadores de Alejandro llevaron cierta vez ricos presentes a Foción, de parte de su amo.

—¿Por qué vuestro príncipe me envía estos regalos?—preguntó Foción.

—Porque te considera el mejor de los atenienses.

—Pues bien, decidle que me deje ser lo que cree que soy.

Un jorobado se burló de León Bisante, que era bizco y que contestó así a la mofa de que era objeto:

—Llevas sobre tu espalda la venganza del reproche que me haces por la imperfección de mi vista.

LOS QUE MANDAN



—¡Caramba! ¿Por quién me dijo mi mujer que votara?

Rafael y los cardenales.—Dos cardenales fueron a ver al famoso pintor Rafael de Urbino y estudiaron detenidamente un cuadro en que San Pedro y San Pablo estaban representados.

Cuando hubieron mirado ese cuadro, dijeron al autor que les parecía demasiado rojo el rostro de los apóstoles.

A lo que Rafael contestó:

—Eminencias, eso no debe sorprenderos, pues he pintado a los apóstoles como deben estar en el cielo, y ese rubor se justifica por la vergüenza que deben sentir de ver gobernada la Iglesia que ellos fundaron por hombres como vosotros.

Anécdotas de Cicerón. — Una vez que uno de sus ex compañeros de estudios se quitaba desvergonzadamente la edad, Cicerón le dijo:

—Entonces, ¿cuando estudiábamos juntos, tú no habías nacido todavía?

Los maestros del humorismo

Doctor Francisco de Villalobos

Siglo XVI

DE LA RISA FINGIDA

La risa falsa es una simulación de risa y de gozo, que fingen unos hombres para engañar a otros, y para darles a entender lo que no es... Esta risa es pasión y propiedad de una alimaña que se llama corte. Este es un animal que siempre se anda riendo, sin haber gana de reir tiene dos o tres mil bocas todas muertas de risa: unas desdentadas como bocas de máscaras; otras culmilludas como de perros; otras grandes como de calaveras, que descubren de oreja a oído; otras fruncidas como ojales de botones; otras barbudas, y otras rasas; otras masculinas, otras femeninas; otras vocingleras, y otras roncas; otras gruñidoras y otras gomitonas; otras a boca cerrada y otras regañosas; otras enrubiadas y otras teñidas de negro. Cosa es cierto de ver, no considerando que son muchos hombres, sino muchos miembros de un animal.

Sobre los ancianos desmemoriados, decía Cicerón que "no había conocido todavía ninguno lo bastante olvidadizo como para no saber dónde había guardado su dinero".

Pasando cierta vez ante la casa de Ansidio, que no salía nunca de ella y pasaba su vida en la ociosidad, dijo:

—Aquí está enterrado Ansidio.

Durante una época de convulsiones civiles, su yerno Dolabela, que era muy bajo, entró en casa de Cicerón con un enorme sable.

Cicerón dijo:

—¿Quién ha atado a mi yerno a ese sable?

Vida de avaro.—El avaro Cutler de que habla Pope en sus "Epístolas", creyendo dar un excelente consejo al pródigo duque de Buckhingham, le decía:

—¿Por qué no vive usted como yo?

—Vivir como usted, Cutler, ¿para qué? Siempre podré hacerlo, cuando me haya arruinado.

LA CARTA DEL ESPOSO



—"Querida María: vuelve pronto. Te extraño muchísimo."

Rivalidad oratoria.—Los atenienses decidieron levantar un templo a Palas y consultaron sobre su propósito a dos arquitectos.

El primero, poco conocedor del carácter ateniense, trató de obtener la obra mediante las más bellas y exageradas promesas, pasando todo el tiempo de su exposición en describir su proyecto.

El segundo, hábil y experimentado, se contentó con decir, cuando le correspondió tomar la palabra:

—Todo lo que mi colega ha prometido, yo lo ejecutaré.

Fué, naturalmente, el preferido.

Deseo inteligente.—Algunos envidiosos hacían correr rumores sobre la paternidad de la "Alzira" de Voltaire y pretendían insinuar que no era del célebre autor.

Uno de los amigos de éste, ante los que propalaban esas calumnias, declaró tranquilamente:

—Desearía, de todo corazón, que otro, y no Voltaire, fuese el autor de "Alzira".

—¿Por qué?

—Porque tendríamos un buen autor más.

Mujer irreemplazable.—Voy a pedir divorcio: mi mujer hace seis meses que no me dirige la palabra.

—Como quieras; pero te aseguro que no encontrarás otra mujer como esa.

Alegato elocuente. — Primer abogado. — ¿Resultó convincente el alegato?

Segundo abogado. — Tanto que el defendido por ese alegato fué condenado a diez años de penitenciaría.

SINDICALISMO



—Yo, señora, soy un sordomudo sindicado, de modo que debe usted darme la limosna que le reservaba a este otro ciego que no pertenece al sindicato.

Una cita.—Ella.—Esté usted mañana a las 6 en Esmeralda y Cuyo.

El.—¿Y a qué hora llegará usted?

Para marcar indeleblemente manteles.—"Tómese dulce de guindas y póngaselo ante un niño, al que se dejará sólo durante diez minutos".

Enfermedad no contagiosa. —He sabido que su padre está enfermo. ¿Se trata de alguna enfermdad contagiosa?

—Creo que no: el doctor dice que es por exceso de trabajo.

Fecha indecisa.—¿Qué tiempo hace, buena mujer, que su esposo está sin trabajo?

—¡Ah, señora! No puedo decirle porque nunca me acuerdo de si me casé en 1880 o en 1881.

Colegas corteses.—Cuando el virtuoso de Mesmes, primer presidente del Parlamento de París, fué elegido académico, Boileau, el severo Boileau, le dirigió este cumplido:

—Señor, vengo a verlo para que me felicite de tenerlo a usted como colega.

Partida desigual.—Voiture había ofendido a un grande de la corte con un rasgo malicioso de ingenio, y el ofendido buscaba una ocasión para vengarse.

Esta se presenta y el noble quiere batirse a espada.

Voiture le dice:

—La partida no es igual: usted es grande y yo soy chico; usted es valiente y yo soy cobarde; usted quiere matarme, ¡y bien!, yo me doy por muerto.

Su enemigo, desarmado, olvidó la injuria.

(Ilust. de *Le Rire* y *Fantasio*).

El jardín de nuestros poetas

Al pasar

por Armando HERRERA

La calle es como un gran río
de gente que viene y va,
que de pronto se apresura
o se detiene a charlar.

Todo es alegre, sonriente,
sonoro como un cristal.
Semejan una colmena
las calles de la ciudad.

Todo el mundo se ha lansado
a hacer compras, a pasear;
y se refleja en las caras
inmensa felicidad.

Da la tarde que agoniza
su caricia vesperal.
Se encienden como luciérnagas
las luces de la ciudad.

Bocinas estrepitosas
y campanas de metal,
pueblan el aire de ruidos
y ensordecen al pasar.

Siento una angustia secreta.
¡Víspera de Navidad!
Dios mío, ¡cuánta alegría!
Me dan ganas de llorar.

Crepuscular

por Julio VARGAS

Se desmaya la tarde en los cristales
que dan al campo extenso.
En el ciprés más alto silabea
sus canciones el viento.

Y fué una tarde así que nos juramos
aquel amor inmenso,
que creíamos hilar eternamente
nuestro dorado sueño...

¡Amor, amor! Te alejas en la sombra
del sendero desierto,
y tu silueta antigua me parece
la silueta de un viejo...

Siesta andaluza

por Isabel MILLÉ GIMÉNEZ

Bajo el verde follaje de la parra,
que la ancha puerta del zaguán som-
[brea,
la frescura incitante de la jarra
sobre la arena cálida gotea...

Un compás soñoliento en la guitarra
con mano perezosa alguien rasguea,
y responde el clamor de la cigarra
que en la copa de un árbol aletea.

Es la hora de la siesta perezosa
y en plomiza quietud todo reposa
bajo el peso de un sol feroz y altivo.

Y entre la llama viva del ambiente
la vida se desmaya y todo siente
sólo el fastidio de sentirse vivo.

Destino

por E. CORREA ROBIN

Dije un día: no cantaré mis penas.
A nadie gustan píldoras amargas.
Será mi canto una canción de vida
o, en silencio llorarás, mi alma.

Dije y al punto la experiencia hice
para saber que aunque la dicha tenga,
jamás mi lengua alabará a la vida
si no me muerde el corazón la pena.

Canción de la serpentina

por Ismael E. DOZO

Soy algo alado... Soy mariposa
para las manos de raso y rosa,
que tras mi vuelo me harán caer.
Soy la que a veces—tal es mi empeño—
abro el camino de algún ensueño
desde los dedos de una mujer.

Mi imperio dura sólo un momento;
cuando en el mundo vibra el contento.
Se van las farsas y me voy yo...
llevando en mi alma de serpentina
la indiferencia de Colombina
y la tristeza del buen Pierrot.

Mal me rotulan con la Alegría,
que entre la burla y la algarabía,
al distenderme, suelo llorar...
Callo mi cuita que es vieja y buena;
tengo una pena... tengo una pena...
¡y nadie sabe de mi penar!

Cuando la fiesta ríe en la noche,
¡oh! cuántas veces, de coche a coche,
soy la cadena de una ilusión.
Y cuántas veces caigo muy leve
sobre un divino seno de nieve,
cerca... muy cerca del corazón.

Soy algo alado... Soy mariposa
entre las manos de rosa y rosa
que me aprisionan para mi mal.
Y cuando Momo se va en su caja,
soy el Olvido... ¡Soy la mortaja
del Carnaval!

Invocación

por Alberto BENSADON

Si en tu sueño una sombra misteriosa
te hablara de grandezas siderales;
si dúctil deshojara madrigales
a tus plantas de virgen y de diosa;

si posara en tu testa esplendorosa
coronas de nenúfares liliales;
si un mundo de visiones ideales
te entreviera con pausa majestuosa;

acógete al silencio, sé discreta...
No interrumpas ¡por Dios! es tu poeta
que modula silente su agonía...

Es tu enfermo, tu eterno enamorado
que a pesar de saberse un derrotado
pretende ilusionarse todavía!...

Nostalgia

por Ricardo BUCCICARDI

Juguetea la brisa por entre los rosales
y una abeja golosa en un pétalo sueña,
mientras que el sol muriente su caricia sedeña
deposita en las cosas con motivos nupciales.
Hay en todo el jardín ansias primaverales
desde el agua que surge de la fecunda peña,
hasta el perro celoso que su estampa diseña
y los trinos festivos de mixtos y zorzales!...
La noche se avecina, y en silencio emotivo
recoge respetuoso el tañir persuasivo
de la rústica iglesia que invita a la oración;
Y a pesar de lo místico y sacro de esta hora,
el cerebro angustiado todavía te añora.
¡Y gimen los ex votos dentro del corazón!

DE NUESTRA COSECHA Y LA AJENA

¿PASARA CON NIKITA LO QUE CON CONSTANTINO?

He aquí lo que leemos en una correspondencia de Viena, publicada por "El Sol", de Madrid:

"Montenegro parece que seguirá el ejemplo de Grecia; esto es, que piensa con cierta nostalgia amorosa en su rey destronado, en Nikita Petrovich-Negus. Andriya Radovich, ex presidente del consejo montenegrino, adversario irreductible de Nikita, y heraldo de la unión con Serbia, fué *maltratado* por sus compatriotas y *derrotado* en las elecciones."

Derrotado y maltratado...



El viejo Nikita.

MOVIMIENTO MIGRATORIO Y POBLACION GALLEGA

Dice el señor Antonio Valcárcel en "El Sol", de Madrid:

La emigración gallega en el quinquenio de 1911 a 1915, por ejemplo, es la que se expresa por los siguientes tantos por ciento:

	Población por provincias	Tanto por 100 de emigración	Emigrantes en el quinquenio
La Coruña	676.708	0,09	61.513
Pontevedra	495.356	10,72	53.102
Lugo	479.965	10,81	51.954
Orense	411.560	12,82	52.762
Totales..	2.063.589		219.331

(He elegido para ejemplo el quinquenio de 911-15 porque acerca de él hay datos más completos y que acusan más normalidad que los referentes a los años de 915 a 920).

Las estadísticas dan una inmigración por quinquenio de unos 60.000 gallegos, cifra que representa un 27,85 por 100 de la emigración en igual período.

Fijando, pues, como cifra mínima de emigración por año la de 40.000, y calculando en un 30 por 100 de esta cantidad la inmigración, tendremos un regreso anual de gallegos que alcanza a 12.000, o lo que es lo mismo, un movimiento migratorio anual que oscila entre 50.000 y 60.000 pasajeros, como así es en realidad.

LOS BENEFICIOS DE LOS FERROCARRILES Y LOS CAMBIOS

Dice el suplemento comercial iberoamericano del *Times*:

Todas las compañías de ferrocarriles argentinos han obtenido beneficios considerables a consecuencia de las condiciones ventajosas de los cambios; las ganancias del Ferrocarril del Sur ascendieron a £ 1.230.733 y a £ 698.943 las del Ferrocarril del Oeste. Aparentemente (al parecer) las ganancias del ferrocarril fueron poco más o menos de 1 ¼ millones; pero no debe olvidarse que estos beneficios disminuirán a medida que baje el cambio.

La ventaja a que alude el *Times* es la siguiente: con el cambio a 50 peniques por peso oro, por ejemplo, si una compañía de ferrocarriles gana 227.270 pesos papel, igual a cien mil oro, puede girar a Londres cinco millones de peniques, igual a £ 20.833 y 8 peniques. Pero con el cambio a 55 peniques por peso oro, puede girar cinco millones y medio de peniques, igual a £ 22.916 y 16 peniques.

Pero para que en Inglaterra se considere eso una ganancia real en oro—y decimos así porque las libras de que se trata son papel,—es necesario que el cambio inglés, hoy no muy lejos de la par, haya estado realmente bajo, es decir, que el precio a que se obtenían los giros sobre Londres expresara realmente una diferencia de cambio y no una depreciación del papel inglés. Un ejemplo aclarará cualquier obscuridad que pueda haber en nuestra explicación. La libra papel, con el oro a la par,

Si para juzgar del valor del papel inglés quisiéramos guiarnos por el precio a que se cotiza en Londres la onza de oro, no adelantaríamos nada, porque a ese precio el valor en oro de la libra resulta al tipo del cambio norteamericano, con arreglo al cual oscila el precio en libras de la onza de oro. Si la libra no valiese más oro que el que expresa el precio de la onza, la coincidencia de este precio con el tipo del cambio norteamericano, haría que este cambio estuviese realmente a la par, y evidentemente, y aunque ha mejorado mucho últimamente, el cambio inglés está bajo en Nueva York.

CASTIGO A LA AVARICIA

Un mercader perdió una bolsa que contenía cincuenta escudos. Al día siguiente, como es de uso y costumbre, apareció en los periódicos el siguiente anuncio:

"Se ruega a la persona que haya encontrado una bolsa con cincuenta escudos, que se perdió en el día de ayer, la entregue a su dueño... quien dará, además de las gracias, una gratificación de diez escudos."

El hallazgo no se hizo esperar. A las pocas horas un hombre pobre, según las apariencias, se presentó en casa del mercader.

—Amigo—le dijo éste, recogiendo el dinero y cerciorándose de que estaba cabal,—siento decirle a usted que ha sido una equivocación haber anunciado que la pérdida era de cincuenta escudos; mi bolsillo contenía sesenta, y faltando aquí diez para componer esa suma, son los que yo había pensado dar de gratificación, y que usted sin duda ha tomado. Puede usted, por consiguiente, tomar ahora el portante.

El pobre hombre palideció: los diez escudos con que contaba se habían evaporado entre las manos del mercader.

—Señor—exclamó,—puedo jurarle a usted que yo me hallé la bolsa tal como está, y por consiguiente, exijo los diez escudos que me corresponden.

—Eso sería obligarme a que perdiera veinte. Vaya usted con Dios, o de lo contrario daré parte al juez del distrito y le contaré la substracción que usted ha cometido.

El acusado tomó una resolución extrema y desesperada.

—Y yo, si usted no me entrega mis diez escudos, no me moveré de este sitio, y haré a usted responsable de los perjuicios que esto me ocasione.

Poco después el avaro mandó llamar al juez del distrito. Contóle el suceso, y le previno arrojara de su casa al miserable que quería cobrar dos veces el premio del hallazgo.

El juez impuso silencio a los contendientes, y preguntó al mercader:

—¿Usted anunció la pérdida de una bolsa con cincuenta escudos?

—Sí, señor.

—¿Pero la bolsa contenía sesenta, según ahora dice usted?...

—Eso es.

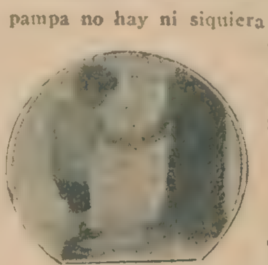
—Pues bien; entonces devuelva usted los cincuenta escudos a ese infeliz; no es esa la bolsa que usted ha perdido. Y vos, pobre hombre, guardaos ese dinero; pero tened cuidado, y la primera bolsa que encontréis con sesenta escudos, entregádmela, porque será seguramente la del señor.

EL FEMINISMO EN EL JAPÓN

El Japón es uno de los países donde la propaganda feminista es más general, pues a ella cooperan las mujeres de todas las clases sociales. Un escritor francés nos dice con amargura que todavía la mujer japonesa va a alcanzar antes que la francesa la igualdad política. Pero también nos dice que esto no carecería de explicación. A diferencia de lo que pasa en Occidente, la mujer japonesa prepondera en la vida industrial de su país, a tal punto que, según una estadística de 1913, el personal de 372.027 miembros perteneciente a 10.502 fábricas, esta-

¿POR QUÉ NOSOTROS NO TENEMOS TAMBIEN ALGO?

En Venecia hay palomas, en el Parque Central de Nueva York hay ardillas, y en la pampa no hay ni siquiera el ombú. Pero no íbamos a hablar de la pampa, sino de la capital federal. En nuestras plazas y parques también pudiera haber algún animal característico, como las ardillas plateadas del Parque Central de Nueva York. Las aves, y aun ciertos reptiles, nos parecen preferibles a los mamíferos. La municipalidad debiera poner teros, chajás—¿y por qué no también lagartijas, puesto que son tan lindos animales?—en nuestras plazas y parques. Pero sobre todo teros y chajás. Sería lindo y barato, como dicen los mercachifles turcos.



Las ardillas del Parque Central de Nueva York hacen buenas migas con los niños.

EL COCOLICHE EN ITALIA

De Julio Camba, bajo el título de "El hombre de dos idiomas":

Un día, en el bar de un hotel, vi a un señor que se entendía trabajosamente con los camareros hablándoles castellano.

—¿A qué hora principia el teatro?—les decía.

—*¿Il teatro?*—le contestaban.—*Alle nuove. Principia alle nuove.*

—¡Ah! A las mueve—exclamó el señor.

Y para sus adentros, estoy seguro de que pensaba:

—¡Qué bien me manejo en el idioma del Dante!...

La seguridad de que el señor en cuestión se hacía una reflexión de este orden me la da el hecho de que cuando yo me acerqué a él preguntándole si era español, me miró muy sorprendido.

—Sí, soy español—me dijo;—pero, ¿cómo ha podido adivinarlo usted?

Yo me acordé entonces de Sherlok Holmes, cuyas deducciones, una vez explicadas, perdían todo su mérito a los ojos del vulgo.

—¿Que cómo he adivinado que es usted español? La verdad, me pareció... Quizá haya sido por el traje...

—En efecto—dijo el hombre.—Este traje me lo hicieron en Madrid el año pasado. No hay como Madrid para vestirse. Tela inglesa... Corte inglés... Un traje español se conoce en seguida...

Nos pusimos a charlar amistosamente, y mi compatriota me explicó que llevaba mucho tiempo en Italia, que tenía varios amigos y que hablaba el italiano con toda soltura.

—Es un idioma muy fácil—me dijo.—Para un español no tiene ninguna dificultad.

Y, en efecto, para un español que esté decidido a no hablar en Italia nada más que español, ¿qué dificultades va a tener el italiano? Porque con los italianos mi nuevo amigo no hablaba, desde luego, más que español. Ponía, quizás, una intención italiana en sus palabras; pero estas palabras eran españolas. ¿Cómo sacarle de su error? ¿Cómo decirle, sin causarle una desilusión llena de amargura, que durante meses y meses, cuando su italiano le había brotado más flúido y más corriente, era cuando había tenido menos de Florencia y más de Valladolid?

—Sí, sí—decía mi amigo.—Yo sé mucho italiano.

Y lo curioso es que, realmente, lo sabía. Mientras le oí hablar con los empleados del hotel, yo no me di cuenta de ello; pero lo vi muy claro en cuanto comenzó a habar conmigo. Sabía mucho italiano, sólo que este italiano sólo le salía al hablar español.

—Es muy molesto—recuerdo que me dijo a poco de comenzar nuestra conversación—esto de viajar ahora con un *grosso bagaglio*...

Constantemente exclamaba: *¡Ma che!*... Y por último, para preguntarme si yo tenía sellos de correos, me preguntó si tenía *franco-bolios*. Estoy seguro de que a un italiano le hubiese pedido un

EL CÓMEDIANTE Y EL POETA

Fué María Ignacia Ibáñez una de las más famosas comediantas del siglo XVIII, y por ciertas particularidades de su vida—y aun de su muerte—su biografía resulta por demás curiosa e interesante.

Nació en Carabanchel de Abajo, como quien dice a las puertas de Madrid, y fué bautizada el 31 de julio de 1745. Su padre, José Ibáñez, era uno de aquellos poetastros que tanto abundaron en España durante la decadencia de la dramática española, que andaba siempre detrás de los cómicos al objeto de que le representasen las muchas obras de todos géneros que producía en número espantable.

Quizás de las aficiones del padre nacieron las de la hija, quien desde la más tierna edad manifestó vocación irresistible por la carrera del teatro y las más felices disposiciones para brillar en él. Pero entonces era muy difícil, casi imposible empezar esa carrera en Madrid, y la jovencita María Ignacia Ibáñez hubo de trasladarse a Cádiz, que era por aquel entonces una especie de antesala artística de la corte.

Pronto se distinguió como actriz de grandes esperanzas, y de allí la trajeron los comisarios de Madrid—usando del tradicional derecho que tenía la coronada villa de embargar los cómicos que más sobresalían en provincias,—en 1768, colocándola de "sobresaliente" en la compañía de María Hidalgo, viuda de Manuel Guerrero, que actuaba en el teatro de la Cruz.

Al año siguiente ya ascendió a primera dama en la compañía de Juan Ponce, conservando este puesto con aplauso entusiasta hasta 1771, fecha en que el célebre conde de Aranda concibió y realizó la desdichada idea de suprimir uno de los dos teatros que desde tiempo inmemorial venían funcionando en Madrid, formando una sola compañía que puso a las órdenes del *autor* Manuel Martínez, con cuya *reforma* el mal aconsejado conde dejó en la calle y, por consiguiente, en la miseria, a buen número de cómicos y danzantes.

¿Verdad que este parece el título de una de esas nefandas novelas que a precios módicos suelen producir ciertas fábricas de literatura? Y lo es, pero de una novela romántica de verdad que aquí se puede leer.

De esa compañía modelo fué nombrada primera dama María Ignacia Ibáñez, "con lo cual vino a sancionarse ser la actriz de mérito más sobresaliente que había entonces en España", según consta en el Archivo municipal de Madrid, sección de Espectáculos, legajo 1-346-2.



... pasaba la mayor parte del día en la iglesia de San Sebastián, arrodillado sobre la piedra que cubría el sepulcro de la cómica.

Don Leandro Fernández de Moratín, arrimando el ascua a una mediana tragedia de su señor padre—*Hormesinda*,—dice que la representación de esta obra hizo recomendable a la Ibáñez ante el público. A este propósito dice el sabio erudito señor Cotarelo:

"Antes al contrario, bien puede asegurarse que la actriz hizo que el público, desfavorablemente prevenido, tolerase durante seis días la tragedia de su padre."

Todas las referencias de la época concuerdan con esta autorizada opinión.

La cualidad principal y esencialísima de esta cómica famosa fué la sensibilidad más exquisita. Sus contemporáneos *"vieron* por su rostro correr muchas veces las lágrimas representando a *Doña Inés de Castro"*.

Parece, en efecto, que las que más encajaban en sus condiciones eran las obras sentimentales.

Lo más saliente de la vida íntima de María Ignacia Ibáñez fueron sus románticos amores con el bizarro militar e inspirado poeta don José Cadalso, quien compuso para su amada la tragedia *Sancho García*, que se estrenó en el teatro de la Cruz, con éxito muy mediano, el 21 de enero de 1771. No obstante los esfuerzos de la Ibáñez y de sus compañeros, *Sancho García* sólo alcanzó cinco representaciones, tres de ellas con poquisima entrada y las dos últimas en la más completa soledad. Mientras tanto, llenaba el público el coliseo del Príncipe para aplaudir la zarzuela de don Ramón de la Cruz, titulada *Las segadoras de Vallecas*.

Todas las poesías de Cadalso—que son muchas—dedicadas a *Filis*, que firmó con el seudónimo de *Dalmiro*, fueron escritas para la Ibáñez, llegando a concebir por ella una ardiente y loca pasión. La comedianta le adoraba del mismo modo, y por él rechazó las pretensiones amorosas de infinitos pretendientes, algunos de la primera nobleza, pues era bella y espiritual y atractiva en grado máximo.

La preferencia y la constancia de su amada cautivaron de tal suerte el ánimo del poeta, que resolvió casarse con ella, propósito que espantó a todos sus amigos por el mal concepto moral que entonces se tenía de las gentes de teatro. "En vano el respetable don Juan de Iriarte (dice un cronista) trató de disuadirle de tal proyecto y acaso tampoco hubiera bastado la autoridad de su jefe el conde de Aranda, si no resolviese el conflicto la súbita muerte de la cómica."

Murió María Ignacia Ibáñez el 22 de abril de 1771, cuando aún no había cumplido veintiséis años, de una enfermedad aguda, acaso de pulmonía, que tras pocos días de padecimiento la arrebató la vida. Vivía, cuando ocurrió el fallecimiento, en la calle de Santa María, y fué sepultada en la capilla de Nuestra Señora de la Novena, de cuya congregación era hermana.

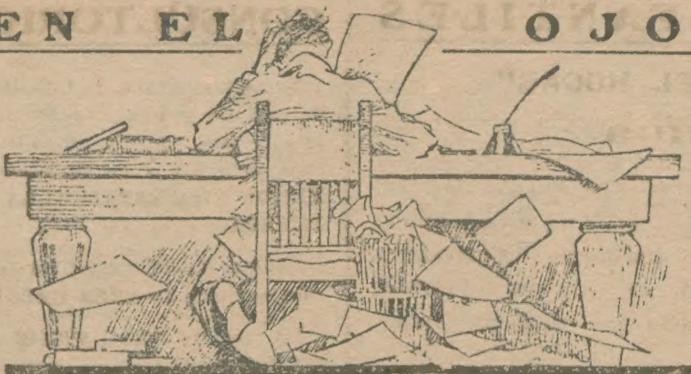
Hablando del desastroso efecto que produjo en Cadalso la muerte de su amada, dice un escritor contemporáneo:

"Cayó en tan miserable estado, que pasaba la mayor parte del día en la iglesia de San Sebastián, arrodillado sobre la piedra que cubría el sepulcro de la cómica, y al fin paró su locura en el extraño capricho de querer desenterrar y robar el cadáver, lo cual realizó en parte y hubiera llevado a término a no impedírselo el conde de Aranda, que le envió a Salamanca. Entonces compuso las *Noches lúgubres*, que son la relación casi histórica de este dramático suceso."

En Salamanca recobró poco a poco la perdida calma. Siguió escribiendo cosas ya menos lúgubres, aunque siempre melancólicas, y llenando sus deberes militares, hasta que, andando el tiempo y en ocasión infausta y memorable, halló una muerte gloriosa delante de Gibraltar...

Pocas mujeres habrán sido amadas con tanta vehemencia como lo fué María Ignacia Ibáñez por el soldado-poeta don José Cadalso. Para encontrar términos de comparación fuera preciso evocar la triste historia de los amantes de Teruel y otras semejantes.

LA PAJA EN EL OJO AJENO...



por Pescatore di PERLE

"Tit-Bits", número 360, pág. II:

—*¡Ah!—exclamó mi amigo asombrado llevándose las dos manos a la cabeza y sacudiendo con la otra la ceniza del cigarrillo.*

¡Quién tuviera un amigo así, con tres manos... para exhibirlo en el Parque Japonés!

* * *

El señor Modesto Cero (hijo) me pide la reproducción del siguiente artículo:

Un grand nombre de méchants écrivains ne tirent leur subsistence que de la sottise du public, qui ne veut lire que le produit du jour. Je parle des journalistes. Ils sont dénommés à merveille! En d'autres termes, ou pourrait les qualifier de "journaliers".

A. Schopenhauer
("Parerga et Paralipomena"). (1)

La enciclopédica ignorancia de nuestro periodismo está fuera de discusión. Los seis años y pico que lleva el *Pescatore di Perle* analizando las sandeces ajenas—y callando las propias—nos dan la pauta del valor intelectual de la prensa. En sus tiempos ya lo decía Oscar Wilde: "¿Qué diferencia hay entre la literatura y el periodismo? Que la literatura no es leída y el periodismo es ilegible". Y de entonces a estas fechas—especialmente en estas ubérrimas tierras—hemos retrocedido hasta las lindes del analfabetismo.

Bien es verdad que el factor económico agrava hoy el problema, como me lo observaba muy sutilmente cierto distinguido editorialista de un gran diario nacional:

—¡Me cach'en dié! ¿Qué quieren? ¿Que por un sueldo de 150 pesos tengamo que aprender la castilla?

Sin embargo, hay excepciones. En nuestros mismos grandes diarios—y quizás parezca audaz la afirmación—existen redactores que saben "la castilla", tienen sentido común a ratos y serían capaces de escribir discretamente. Pero no pueden hacerlo, a riesgo de ser tildados de impertinentes, cuando no de revolucionarios. Y se amoldan, claro está, al *climax* reinante.

La labor del *Pescatore* es, con todo, útil, pues si no logra corregir a nadie, divierte a todos sus colegas por aquello de lo que se goza con el mal ajeno, por lo de "hoy contra mí, mañana contra ti", y, en fin, por lo de "mal de muchos, consuelo de... etc."

Y eso que al *Pescatore* se le escapan—por miopía adquirida en el oficio o por natural ignorancia—las perlas más voluminosas. Para muestra basta un botón.

Raro es el día en que "La Nación", "La Prensa", "La Razón" o cualquier otro rotativo no publiquen noticias de este jaez:

"El Jockey Club, alto exponente de nuestra cultura..."

"El culto público del Colón..."

"...Estos violentos diálogos no condicen con nuestra tradicional cultura parlamentaria..."

"La manifestación de los conservadores desfiló sin incidentes, revelando la cultura..."

Etcétera, etcétera. Y así, estamos atiborrados de cultura por todas partes: en el club, en el teatro, en casa, en la calle, en Mar del Plata...

Pero, ¿a qué llaman cultura nuestros periodistas? ¿Qué entienden por "culto"?

Culto, por lo visto, es el caballero que viste bien, que habla con mesura, que no cocea, que no muerde... De modo que así somos cultos casi todos, y tenemos aquí en esta cartaginesa Buenos Aires, más cultura que Atenas en tiempo de Pericles.

El equívoco de estos excesos culturales está en que nuestros incultos periodistas, y con ellos todo el público lector, toman por cultura a la urbanidad más elemental. Y la urbanidad es "civilización" y no "cultura".

La diferencia la puntualiza muy bien Kant.

(1) Cito la excelente traducción francesa de Mr. Augusto Dietrich, porque *cantada y en italiano gana mucho la moral.*

Semanalmente se premiará con una libra esterlina al que remita la mejor "perla" a juicio de nuestro "Pescatore".
No se admiten "perlas" anónimas, es decir, sin documentación. Todo envío debe acompañarse con el recorte del diario, revista o libro donde se hizo el hallazgo. "E si non, non".
Esta semana corresponde la áurea moneda a Juan Z. Pintos, de esta capital.

Dice así: "Somos cultos en alto grado por el arte y por la ciencia: somos civilizados hasta la importunidad, hasta toda clase de cortesías y buenas maneras. Pero nos falta todavía mucho para que podamos creernos moralizados, puesto que la idea de moralidad forma también parte de la cultura; pero cuando esta idea no da otro resultado que introducir una apariencia de moralidad en el amor del honor y en la urbanidad exterior, no hay más que civilización".

Cultura y civilización no son sinónimos.

Se puede ser civilizado y no ser culto. Así lo prueba F. A. Wolff cuando escribe: "Excluímos sin vacilar de nuestras fronteras a asiáticos y africanos, pueblos no *cultivados* literariamente, sino tan sólo civilizados".

El muy metafísico Ortega Gasset define el término con su habitual filosófica vaguedad: "Cultura es fidelidad consigo mismo, una actitud de religioso respeto hacia nuestra propia y personal vida".

Fichte, no menos metafísicamente nebuloso, la explica así: "La cultura es el ejercicio de todas las fuerzas, para llegar a la plena libertad, para llegar a independizarnos plenamente de todo lo que no es nosotros mismos, de todo lo que no es nuestro puro yo".

Cultura es—volviendo a Kant—el metódico cultivo de nuestra inteligencia, en tanto que civilización es cosa más objetiva: el progreso material, la urbanidad, la "politesse". Lo prueba, por otra parte, la etimología de ambos vocablos: "Cultura" es voz figurada que tiene por origen el cultivo de la tierra, es decir, el campo. "Civilización" y con ella "urbanidad", "politesse" y "cortesía" vienen de "ciudad".

De esta manera:

Urbanidad, urbanitas, urbanus.	= Urbis	Ciudad
Política, politesse, poli. . .	= Polis	
Civilización, civilidad, civil.	= Civitas	
Cortesía, courtoisie, cortesy.	= Curtis	

En los orígenes de nuestra raza ya se acentúa la diferencia. Los arios—según se desprende de la obra de von Jhering—ignoraron la ciudad. No fueron civilizados. Por otra parte, no conocieron ningún cultivo, excepto el del espíritu. Así, pues, se da la paradoja de que tuvieron la "cultura" en su acepción figurada antes que en su original significado. Los semitas, creadores de la ciudad, fueron los primeros artífices de nuestra civilización. De su cultura... nos queda la Biblia.

El pueblo semita, inagotable fuente de cuanto estúpido fanatismo ha padecido el mundo, no podía originar la cultura. Ella debía venirnos de la riente y escéptica Hélade, que tan pocos descendientes cuenta hoy, porque, como lo dice Anatole France: "La faculté de douter est rare parmi les hommes; un très petit nombre d'esprits en portent en eux les germes, qui ne se développent pas sans culture".

Estos ligeros y desordenados apuntes, consignados a vuela pluma, explicarán quizás al lector lo errados que andan nuestros plumíferos cuando adjudican cultura hasta a los diputados y a los autores nacionales...

Y también podrán servir para iluminar un poco cierto distingo—nunca bien explicado—y cierta oposición que nuestra prensa vió siempre entre la "Cultura nórdica" y la "Civilización" latina.

* * *

En nuestras escuelas se enseña a los niños muchas rarezas. En un libro de texto, "La señorita Raquel", escrito por la doctora Ernestina López de Nelson, se lee:

El buen sol no está en la cama
cuando yo de noche duermo;
de la tierra en torno viaja...

Repite el chico este disparate astronómico fuera de la escuela, y se gana tres coscorrones por lo menos.

* * *

En el diccionario de don Miguel de Toro y Gómez, tercera edición, *revisada, corregida y puesta al día*, en la pág. 1036:

Ituzaingó.—*Villa de la provincia de Córdoba (Rep. Argentina) célebre por la victoria de Alvear sobre los brasileños en 1828.*

Todo lo cual es cierto, salvo que Ituzaingó no está en Córdoba, ni la batalla se libró en 1828...

* * *

Me pregunta un lector si "La Nación" hace bien o no, escribiendo *santafesino*.

Ha de saber el lector que aquí cada uno escribe como le da la gana. Para eso tenemos—según nuestros pedagogos—un *idioma nacional* vago, indeterminado, y un *lenguaje*, que tanto puede ser el del abanico como el del mate. Por eso "La Nación" dice *santafesino, recital, justitud, develar, chofer, educacionista, conscripto*, y muchas otras cosas que no recuerdo en este momento.

Por otra parte, tenga a bien el preguntador *pignorar* por ahí un Diccionario de la Real Academia, edición de 1914, y lo que no encuentre en ese léxico, acháqueselo al *idioma nacional*.

Las amigas del silencio



Un artístico perfil de Lila Lee, conocida estrella del cine.

CONCURSOS INFANTILES

60° CONCURSO DE "EL HOGAR"

100 PREMIOS

La Abuelita invita a todos sus nietos y amiguitos de "El Hogar" a iluminar la escena infantil que va en esta página, empleando para ello el procedimiento que mejor les parezca: acuarela, lápices, pastel, gouache, óleo, etc. Una vez coloreado el cuadrito debe recortarse con el cupón que va al pie, remitiéndosé bajo sobre a:

LA ABUELITA — "El Hogar" — Maipú 393

La admisión de cartas se cerrará el día 3 de marzo próximo a las 12, publicándose el resultado en el número correspondiente al 11 del mismo mes.

Cada niño puede enviar la cantidad de cuadritos que desee.

Los premios a distribuírse entre los vencedores son:

100 hermosos juguetes

Los premios pueden retirarse dentro del mes siguiente a la clausura del concurso. Pasado este plazo, el ganador no tiene derecho a la recompensa.

El concurso de La Abuelita.—No siéndome posible, por razones de espacio contestar en esta página a los millares de nietos que diariamente me escriben, ruego a los buenos amiguitos de "El Hogar" que desean recibir respuestas, adjunten a sus cartas el franqueo necesario (una estampilla de 5 centavos para la República Argentina y de 10 centavos para el exterior). Tendré mucho gusto en escribir a mis queridos nietos. — **La Abuelita.**

Córtese por aquí



Córtese por aquí

Nombre ....

Domicilio ....

Población .... (1)

CONSULTORIOS DE "EL HOGAR"

Todos los lectores de "El Hogar" tienen derecho a formular consultas de carácter general, o referentes a las distintas secciones que figuran en esta revista, en la seguridad de ser solícitamente atendidos, dirigiéndose cada pregunta a los directores de las secciones respectivas, e **INCLUYENDO UNA ESTAMPILLA DE CINCO CENTAVOS PARA LA RESPUESTA.**

Cada carta debe referirse especialmente a una sola sección y no puede contener más de **TRES PREGUNTAS.**

La consulta **DEBE VENIR ACOMPAÑADA CON EL RECORTE DEL CONSULTORIO** a que corresponda. Para ello, debe cortarse con tijera el avisito que figura en esta misma página, y adjuntarlo a la carta.

Sin este requisito, **NO SE CONTESTARAN LAS PREGUNTAS.**

MEDICINA

Esta sección está dedicada exclusivamente a contestar, por carta, todas las preguntas que se hagan relacionadas con la ciencia médica y orientar a los lectores sobre las dudas que las enfermedades les susciten, siempre sin indicación de tratamiento cuando se requiera el examen médico.

Escribir a

"Sección Medicina"
"El Hogar"—Buenos Aires

PRACTICAS Y USOS SOCIALES

Todo lo relacionado con la etiqueta y el arte de conducirse en sociedad será debidamente atendido por la conocida autora del "Código Social Argentino", a quien debe ser dirigida la correspondencia pertinente, remitiéndose las consultas a la

Señorita Sara H. Montes
"El Hogar"—Buenos Aires

ASUNTOS LEGALES

Complemento ineludible de toda publicación moderna informativa es una sección sobre asuntos legales que se interponen en los problemas de la vida. Personal competente y de autoridad en la materia resolverá diligentemente toda consulta que se dirija a

Doctor Héctor A. Burgos
"El Hogar"—Buenos Aires

MUSICA

Todo género de informaciones técnicas, biográficas, etc., relacionadas con este arte tan cultivado, serán prolijamente atendidas (con exclusión de juicios críticos) en respuesta a los pedidos que se hagan por carta dirigida al

Señor Julián Aguirre
"El Hogar"—Buenos Aires

LABORES FEMENINAS

En esta sección, a la que siempre hemos dedicado especial preferencia, nuestras lectoras pueden encontrar una información amplia y autorizada sobre todo género de labores modernas, gustos artísticos y cuanto se relacione con el adorno del hogar, consultando por carta al

Señor A. Asplanato
"El Hogar"—Buenos Aires

CONSEJOS A LAS MADRES

Cualquier consulta que interese, con respecto al cuidado y crianza de los recién nacidos, alimentación de los niños, así como cuanto se refiere a la confección de prendas y todos los menesteres que convengan al sano y robusto desarrollo de los bebés, será solícitamente atendida, dirigiéndose en carta bien detallada a

Mater
"El Hogar"—Buenos Aires

BELLEZA

Cuanto satisfaga la más vital exigencia de la mujer moderna, que es el cultivo de la belleza, es preferentemente atendido por esta revista. Nuestras gentiles lectoras, para conseguir la información que necesiten en este ramo y en el de la higiene que provee al perfeccionamiento físico, deben dirigirse por correspondencia a la

Doctora Equis
"El Hogar"—Buenos Aires

VARIAS

Los lectores de "El Hogar" encontrarán en esta sección toda información de orden general ajena a las diversas secciones de esta revista, exponiendo sus consultas concretas y claras sobre el tema que les interese y dirigiéndose a

Consultorio General de "El Hogar"
Buenos Aires

TEMAS ESCOLARES

Todo lo que atañe a la educación infantil, y a asuntos relacionados con la administración escolar, debe constituir una seria preocupación para las familias. En esta sección tendrán los lectores los datos y referencias de carácter técnico é informativo, que les interesen, consultando por carta a

"La Señorita Palotes"
"El Hogar"—Buenos Aires

MODAS

En esta sección tendrán nuestras lectoras la información que mejor resuelva los deseos y predilecciones de la mujer moderna. Consulten sobre confecciones, vestidos, moldes, adornos, etc., y cuanto atañe a los atributos de la elegancia en el vestir impuestos por la moda, dirigiéndose por carta a la

Señorita "Mary"
"El Hogar"—Buenos Aires

CORREO INFANTIL

Nuestros pequeños lectores, los niños, tendrán siempre en "El Hogar" un amable y cariñoso mentor, si dirigen sus confidencias y preguntas, por correspondencia, a la que tanto se complace en atenderlos:

La Abuelita
"El Hogar"—Buenos Aires

ARTE, TEATRO Y LITERATURA

Los que, sobre cualquiera de estas tres ramas, deseen tener referencias de obras, autores, etc., etc., pueden dirigirse por correspondencia al director de esta sección:

Señor Bernardo H. Montalvo
"El Hogar"—Buenos Aires

LA MESA Y LA COCINA

Se contestará toda pregunta de nuestros lectores sobre arte culinario, economía doméstica, y cualquier otro de los muchos problemas de este género que diariamente se le presentan a la mujer hacendosa, escribiendo a

Consultorio Culinario de "El Hogar"
Buenos Aires

SPORTS

Los aficionados a los modernos sports, pueden obtener las informaciones que deseen sobre cualquiera de éstos, dirigiéndose por correspondencia al encargado de la sección:

Señor José C. Susán
"El Hogar"—Buenos Aires



Hermosura Juvenil

La gallardía de su silueta,
que en ella triunfa porque es coqueta
como una diosa primaveral,
vibra en el estro de su poeta
con las mil gracias del madrigal.

Pero de todos sus atractivos,
que al vate inspiran hondos motivos
de amor y extática devoción,
no habrá ningunos tan sugestivos
cual los del rostro, por su expresión.

He aquí el secreto, gentil lectora,
de la hermosura que ella atesora:

CREMA HIGIÉNICA y POLVO GRASOSO

Brissac.

Recordamos a nuestras gentiles favorecedoras que cada caja del perfumado Polvo Grasoso BRISSAC contiene un lindo espejito y un cupón de regalo.

Precio de la Crema: $ 2.— el tarro
Precio del Polvo . . . : $ 1.40 la caja

SE VENDEN EN TODAS LAS TIENDAS, FARMACIAS y PERFUMERIAS.

ÚNICOS CONCESIONARIOS:

L. AUBERT & Cía.

3443, Jorge Newbery, 3455 - Buenos Aires









Facsímile del espejito

Impreso en Buenos Aires, en los talleres heliográficos de Ricardo Radaelli, para la casa editora Empresa Haynes, Maipú 393, Buenos Aires : : : : :